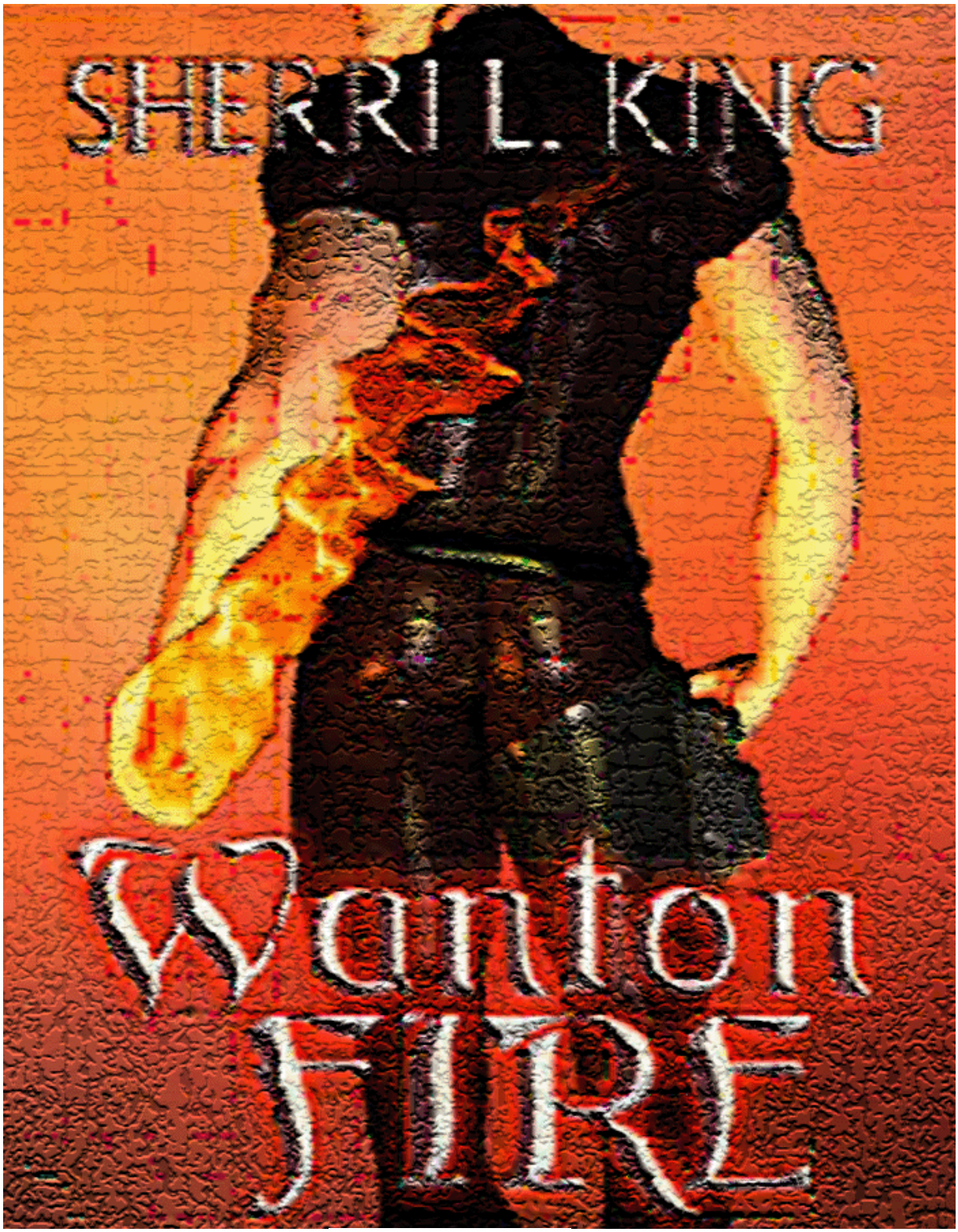
FUEGO VOLUPTUOSO

SHERRI L. KING



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Prólogo

Estaban rodeados por los Demonios; el grupo entero estaba atrapado por los monstruos, que se suponía eran demasiado tontos como para lograr tal hazaña. Pero estos Demonios eran diferentes de sus antecesores. Eran espantosamente diferentes. Parecían una unidad coordinada que trabajaba con poderes de razonamiento estratégico y lógica, lo cual era casi imposible. Las bestias eran estúpidas. Eran malvados y crueles eso era seguro, pero estúpidas por igual. Pero este grupo, estas siete criaturas, habían luchado unidas contra los tres guerreros Shikar, encerrándolos espalda contra espalda, teniendo que quedar al final mostrando las caras contra sus enemigos.

Los Shikars estaban cansados, más allá del agotamiento. Para ellos esta había sido una larga noche de caza y de matanza de estas bestias en los Territorios en peligro de la Tierra. Habían salvado las vidas de incontables personas esta noche, pero quizás ellos no serían capaces de salvarse a si mismos. No contra estos enemigos formidables. Los guerreros estaban sin aliento, apretando sus dientes ante el dolor cortante de sus heridas, extenuados y preparando su cuerpo contra el mal. Era todo lo que podían hacer. Su orgullo como guerreros les exigía que se mantuvieran firmes en su terreno y afrontaran su muerte con valor y coraje. No se rendirían sin presentar una buena pelea.

Los monstruos daban vueltas alrededor de ellos, como si valoraran las fuerzas de los Shikars y la mejor forma de atacarlos. Sus ojos amarillos en llamas, como ardientes ventanas al infierno, entradas directas al ardiente hoyo, buscando algún punto débil para abrir el ataque. En ese momento los malvados depredadores parecieron recibir una orden. En el próximo minuto, como un todo, se precipitaron hacia los Shikars, atacando en masa.

Los chillidos de batalla y de muerte se escucharon en la noche. Después todo fue silencio.

Capítulo 1

Hamburgo, Alemania

— ¿Dejarías de hacer eso? ¡Estas avergonzándome! Solo camina normal e indiferente, y te podrás mezclar con la gente.

— Cady, hemos estado interactuando con la gente, desde mucho antes de que nacieras —gruñó Obsidian. — Sabemos lo que hacemos.

— Sí. Seguro. Entonces si estás tan malditamente cómodo aquí afuera ¿por qué te lanzas en medio de los coches, te agachas en las esquinas, girando sobre tu hombro cada pocos minutos, y básicamente actuando como si fuéramos unos lunáticos? Llamas demasiado la atención con tus payasadas. ¡He notado que no eres tan bueno escondiéndote…y eso que solo hemos recorrido la mitad de la ciudad!

— ¿Cómo quieres que actúe, Cady? ¿Nos harías estar de pie en medio de la calle y esperar el ataque desde cualquier lugar? ¿Es esto lo qué preferirías?

— Eres un idiota, Sid. Solo actúa indiferente como te dije, y sígueme. — Cady aspiró el aire de la noche. — Ah ¡ajá! Espera. Vuelvo en seguida. —Se lanzó a través de la sucia y mojada calle, entrando en una tienda alumbrada profusamente al otro lado de la calle. Dejando a su grupo atrás esperándola.

— No me siento cómodo con esto —dijo Obsidian.

La voz de Edge no traicionó su nerviosismo, a pesar de sus palabras.

— Yo tampoco. Pero Cady piensa que encontraremos algo aquí. Solo tendremos que tener paciencia con ella hasta que averigüe más.

— Odio como apesta este lugar. —Cinder frunció el ceño. —Prefiero las tierras de labranza a las que hemos ido esta tarde. El olor de los animales y las cosechas no es como esto, tan poco natural. —Señaló a los coches que pasaban, la gente que caminaba, los restaurantes de comida rápida y los antros que abundaban en la sórdida calle de la ciudad.

— ¿Piensas que disfruto de esto más que cualquiera de vosotros? Estaría mejor en casa, jugaría con mi hijo o le haría el amor a mi mujer hasta que me diera otro hijo. Pero tenemos un deber aquí y maldito si volvemos a casa antes de que matemos a unos Demonios esta noche. —Obsidian observó a su alrededor, no si un ligero resquemor de inconformidad. Cady podía visitar frecuentemente el mundo de los humanos, ella era una antigua humana después todo, pero él definitivamente no lo era. Mientras Edge y Cinder a menudo frecuentaban la superficie para buscar compañía femenina, él no había encontrado tiempo para si mismo antes de Cady, su esposa. No se sentía a gusto aquí, en la superficie.

Recordó la primera reunión entre él y su amor… si es que una palabra tan domestica como *"reunión"* podría ser usada para describir el efecto catastrófico que habían tenido el uno sobre el otro aquella primera noche. Habían luchado como gatos monteses cada uno hiriendo al otro, luchando por la supremacía en aquellos primeros momentos de confrontación con un fervor incansable. Ellos todavía luchaban por la supremacía, por ganar en casi cada situación, no importaba cuan insignificante fuera. Aunque ahora en vez de terminar sus escaramuzas con el derramamiento de sangre y contusiones, por lo general terminaban por arreglar las cosas en la cama.

Obsidian sonrió maliciosamente. A menudo disfrutaba pinchando el carácter de su compañera, sólo porque añadía especia a los juegos amorosos. Ella era una amante ardiente. Coincidía sobremanera con los apetitos voraces de los Shikar. El Sexo con ella era explosivo y realmente violento, y cuando terminaban quedaban sensibles, se llenaban de besos apacibles y dulces votos de amor eterno. Él nunca se cansaría de ella. Y procuraría que ella nunca se cansara de él.

La amaba más que a sí mismo.

Y ahora tenían un hijo, Armand, nombrado así en memoria del hermanito perdido de Cady, quién fue una víctima trágica de los Demonios. Su hijo era la imagen de él, con la traviesa sonrisa de su madre y pensamientos maliciosos. Era perfecto. Nunca en su vida había esperado ser bendecido por la felicidad en un tiempo tan corto. Pero ahora era esposo y padre…y ahora más que nunca juró derrotar la amenaza que podría un día arrebatarle aquellas vidas que eran tan preciosas para él. Cady y Armand eran su vida. Él los protegería con toda su fuerza, su ser y más.

Cady surgió de la tienda con una bolsa en la mano. Regresó a su lado con una expresión ligeramente satisfecha, y una sonrisa burlona de golfo en su cara, alejando a Obsidian de sus reflexiones.

— ¡Ya está! Ahora esto nos ayudará a que parezcamos turistas en vez de inútiles vagos. ¿Alguna vez me he equivocado en el trabajo?

— Yo siempre me equivoco cuando trabajo. —dijo Cinder.

— ¡Ajá!, ¡ajá! Eres único. Pienso que eres excelente en tu trabajo, aunque prediques lo contrario. —Cady sacó un paquete redondo de papel aluminio y se lo dio. — Inténtalo te gustará. Esto es mucho mejor que el cordero habitual Shikar, cultivado o en grano, si me lo preguntas. Puaff. Estoy tan cansada de comer día tras día lo mismo. Tal vez Tryton estaría dispuesto a importar algo de comida rápida de vez en cuando si me preguntan. —Dijo distribuyendo sus tesoros a Edge y Obsidian, manteniendo uno para ella, luego les mostró como abrir y comer los hot dogs sin quedar todos manchados de mayonesa o kepchut.

¿Perros calientes? Cinder miró a Edge preocupado, preguntando con la mirada*. ¿Realmente Cady esperaba que comieran perro?* Edge se encogió de hombros, con la mirada tan confusa como se sentía. Cinder olió la comida y se estremeció. Esto olía fuertemente a rancio y estaba seguro que la crema blanca de encima no era comestible.

— ¿Qué es esto? —Preguntó, tomando un pedazo del caliente bocado.

— Vinagre. Esto ha fermentado la col. Inténtalo —le dijo firmemente— te gustará. —Cady le dio un gran bocado y Cinder luchó por no vomitar.

¿Col Fermentada? En otras palabras, esto estaba putrefacto. Se condenaría antes de comer algo putrefacto. Cinder sonrió y como un favor hacia Cady, le dio un diminuto bocado al pobre perro cocinado. ¡El perro sabía mucho peor de lo que olía! Rápidamente giró su cabeza y escupió la ofensiva comida en la calle. Sostuvo el perro caliente en su espalda, concentrando su energía, y al momento unas llamas salieron de su mano y quemaron el hot dog. Dejó que las cenizas se esparcieran inofensivamente en el viento tras él.

Edge le envió una mirada enfadada. Él no se escaparía tan fácilmente como Cinder. No tenía la habilidad de un Incinerador. Edge estaba sólo.

Cinder le envió una sonrisa burlona y quitó el polvo del ofensivo alimento de sus manos.

— ¿Ya lo terminaste, Cin? Bueno debías de haber tenido hambre, ¿por qué no lo dijiste antes? Aquí, tengo otro. —Cady metió la mano en la bolsa de papel y sacó otro de los horribles perros.

Cinder intentó no abatirse. — ¿Ves? Te dije que eran sabrosos. —Cady sonrió, pero Cinder podría haber jurado que de algún modo Cady sabía lo que en realidad había hecho con el primer perro.

Cinder soltó un gemido y aceptó otro hot dog de la mano de Cady. Edge rió en silencio y mordió de forma atrevida su perro. Cinder quedó sorprendido cuando dio otro mordisco más grande, después del primero. Probablemente Edge tenía una tolerancia mucho más alta que él para el horrible alimento humano.

— ¿Qué es lo que buscamos exactamente aquí, Cady?

— ¿Qué es lo que siempre buscamos, Cin? Demonios.

— ¿Pero aquí, en medio de la ciudad? De todos los sitios que han frecuentado últimamente, no he sabido de uno que implique un lugar tan poblado.

— ¿Y por qué piensas eso? ¿Alguna pista? A menudo me he preguntado por qué estas criaturas solamente no atacan una ciudad y toman su alimento de toda la gente que deambula por aquí —presionó Cady.

— Tal vez los psíquicos sólo frecuentan áreas no pobladas —intervino Edge, quien todavía masticaba felizmente su perro caliente.

— Nuevamente, ¿Por qué? ¿No te preguntas algunas veces sobre estas cosas?

— Sin duda, hasta alguien tan embotado como los Demonios, saben que es mejor no tentar al destino y que los descubran por entrar en ciudades grandes. —suspiró Obsidian, claramente impaciente. — Pero no estamos aquí para hacer preguntas sobre sus costumbres, de esa manera gastaremos un tiempo precioso. Estamos aquí para protegerlos y yo no veo a nadie que necesite de protección en este momento.

— Confía en mí, Sid. Tengo un presentimiento. Tenemos que estar aquí esta noche. Solo lo siento así, ¿vale?

Obsidian suspiró y la apretó contra si.

— Estaremos alerta y cerca uno del otro. Nos avisarás cuando sientas algún cambio, si yo no los siento primero. —Guiñó un ojo a su esposa. Ellos estaban siempre en competencia el uno contra el otro, para ver quien tenía las habilidades de Cazador más fuertes. — Pero no me gusta estar en un lugar tan atestado. No me gusta pensar que un Demonio pudiera venir aquí y causar estragos. No me agrada esto en absoluto.

— Ni a mi —estuvo de acuerdo Cady.

El grupo estuvo silencioso durante varios minutos mientras el mundo humano seguía adelante en su ignorancia. Cinder rápidamente quemó su segundo perro caliente y observó a la gente que caminaba por las calles. Un grupo tan extraño, la humanidad. Él tenía poco conocimiento de ellos, realmente. Ni él ni ningún otro Shikars que él supiera. Sólo actuaba recíprocamente con ellos cuando necesitaba una mujer... o dos. Él hacía el amor con las mujeres humanas. Sus brazos suaves, muslos redondos, corazones sensibles y cuerpos que daban la bienvenida, eran la materia de

sus sueños decadentes. Habría lamentado que la raza humana se extinguiera tan solo por la pérdida de sus mujeres.

Cinder fue sacado de sus pensamientos cuando Cady se quedó quieta. Algo estaba mal.

El aliento de Cady empañó el aire cuando exhaló un largo suspiro, reprimiendo el aliento. Se inclinó en la noche, alejándose de los brazos de Obsidian, con los ojos pesados y distantes. Cinder observó el proceso con alarma creciente. La fuerza de Cady como un Guerrero Shikar Cazador y Casta de Incinerador crecía a pasos agigantados cada día. Nunca dejaba de asombrarlo lo poderosa que se había vuelto. Intentó recordar como había sido su vida antes de que se hubiera unido a sus filas. Ella había sido una mujer humana entonces. Había sido un guerrero asombroso aún entonces. Pero ahora… era materia de leyendas.

— Santas Hordas, están cerca. —Su voz era ronca, y hablaba con esfuerzo.

— ¿Cómo de cerca? ¿Cuántos? —Preguntó Obsidian.

— No lo sé. —Su voz se rompió. — Se sienten tan diferentes. Su presencia parece tan fuerte un momento y luego se desvanecen.

— ¿Cómo puede ser eso? —Preguntó Edge.

Cady no le hizo caso.

— Hay algo por ahí.

— ¿Cuántos están allí, Condenación?

— ¡No lo sé, Sid! —Los brazos de Cady se agitaron con frustración y su larga trenza azotó sobre sus hombros y su espalda. — No estoy ni siquiera segura de que lo que siento sea la presencia de un Demonio o de algo más. Todo lo que se, es que esto es fuerte, y este es el camino. Tan solo seguidme, ¿de acuerdo?

— En guardia cada uno —advirtió Obsidian.

Él no tuvo que advertirlos dos veces. Cinder sintió el fuego que siempre estaba justo bajo su carne, comenzar a encender y a chispear. No le gustaba esta situación. A ninguno de ellos. Pero él se ocuparía de que esta gente se mantuviese a salvo de cualquier amenaza, si esa fuese la voluntad del Mayor, Tryton, y en realidad esa era.

Últimamente Tryton parecía bastante obsesionado con los humanos.

Los cuatro se movieron de manera eficiente por las aceras atestadas hasta que encontraron un estruendoso club nocturno por casualidad.

— ¿El Solitario? —Dijo Edge, fácilmente traduciendo el anuncio en alemán que colgaba encima del establecimiento, las palabras parpadeaban en colores brillantes de neón que desmentían la oscuridad del nombre.— Suena pintoresco.

— Es un club industrial o techno, creo. —Cady revisó el lugar con cuidadosa atención.

— ¿Qué diablos significa eso? —Preguntó Obsidian.

— Industrial y techno son tipos de música. Música muy ruidosa, y pesada con golpeteo. Esto es todo lo que sé. Yo no era una admiradora muy entusiasta en mi juventud, realmente no tenía mucho tiempo para la música.

— ¿Te gusta esta gente? —Preguntó Edge murmurando en su lengua Shikar para no ofender a los habitantes del país.— Parecen tan sombríos con sus caras blancas y trajes de funeral..

— No todos ellos. —Cinder intentó no quedarse con la boca abierta cuando vio a una mujer con un traje de piel de dos piezas en varios colores y las sombras del arco iris. Cinder encontraba muy interesantes sus piercing. Tenía anillos y barras en sus oídos, cejas, la nariz, labios…incluso tenía tachones de plata en hilera encima de cada antebrazo de alabastro. Nunca había visto algo como eso antes. Ella llevaba un top con puntos rojos colocados exactamente encima de sus pezones, y una falda larga roja. — Wow —susurró Cinder, incapaz de apartar sus ojos del espectáculo.

— Bien. Vamos a entrar.

— Espera. No puedes hablar en serio, cariño, seguro que no.

— No quiero entrar ahí más de lo que vosotros queréis, Sid. Pero tenemos que hacerlo, hay algo ahí.

Cady sacó un fajo grueso de dinero humano, Tryton los enviaba bien suministrados para sus misiones en la superficie, aunque como obtenía él los fondos era un misterio y probablemente era mejor dejarlo como estaba sin preguntar. Fueron a la puerta y pagaron sus entradas. Cinder iba delante del grupo, curioso por ver lo que los esperaba en este extraño lugar. Pasaron por una puerta en un vestíbulo débilmente iluminado. Allí, un hombre musculoso en pantalones de látex negros les pidió una identificación. Cady le proporcionó sus falsificaciones de documentos de alta calidad, procuradas por Tryton, para que el hombre las viera, y fueron admitidos por otra puerta.

Era un lugar caótico, estruendoso y oscuro. Destellos de luz blanca pulsaban sobre ellos en la oscuridad, revelándoles por momentos a un grupo enorme de cuerpos ondulantes humanos. Los Shikars estaban entrando a una pista de baile, siendo empujados por la multitud, que bailaba y se balanceaba con la música embriagadora. Cinder se estremeció. El aire era espeso como jarabe. Lo empujó como si tuviera peso, y cada estruendo de música golpeaba su pecho con fuerza casi física.

— Esto no esta tan mal —Gritó Cady para se la oyese sobre el alboroto.

— ¿Estas loca? Esto es horrendo. Esto me recuerda el Puente…excepto que ahí el aire es más fácil de respirar —Edge retrocedió.

— Esperaba algo mucho peor. El DJ es bastante bueno.

— ¿De qué estas hablando? —Edge se ponía cada vez más inquieto con la música alrededor de ellos de la misma manera que truenos o latidos del corazón gigantesco de la Multitud.

— DJ-Disc jockey. Me pregunto quien es

— Me rindo. Has perdido por completo el juicio, pero no me preocupo. No puedo quedarme aquí. El ruido, la muchedumbre, las luces, es demasiado. Por Grimm, ¿qué se supone que encontraremos aquí?

— No lo sé. —Cady tuvo el descaro de reírse cuando Edge frunció el ceño. Cady nunca carecía de descaro.

Cinder miró a su alrededor. El lugar estaba repleto de humanos. Era un lugar salvaje y ocupado, este club nocturno. Él nunca había visto algo igual al caos y a la celebración que… parecía que la gente estaba decidida a hacer. Celebrar. Bebían alcoholes pesados, se besaban y acariciaban en un mar de

extremidades húmedas, afectivas, y bailaban al ritmo de la música. Él los vio a todos como probablemente no les habría gustado. Criaturas frágiles, vulnerables que no duraban mucho tiempo en el mundo, aunque ellos lo dieran por sentado. Una pequeña mujer tropezó contra él, luego giró y frotó su cuerpo suave, redondeado. Él la tomó en sus brazos y ondulo hacia atrás con ella, maravillado de que esa pequeña y deliciosa criatura podía acercarse a un ser tan peligroso como él sin ningún temor por su propia seguridad.

— No te apartes demasiado, Cinder. —Escuchó a lo lejos que Obsidian le hablaba, pero fue tragado por el mar de los cuerpos que se movían y quedó atrapado. Su compañera se pegó a el, presionando su cuerpo, escasamente vestido, más firmemente contra él, y lo besó de lleno en los labios.

Cinder probó el alcohol y las anfetaminas en su aliento, pero la besó de todos modos. Su lozana mortalidad, preciosa lo atrapó como un perfume espeso. El beso se terminó y Cinder claramente vio en sus ojos una invitación para un juego más serio. Pero él la evito con una sonrisa apacible y usó su velocidad sobrenatural para escaparse sin que se diera cuenta. Estuvo seguro de que ella estaba demasiado embriagada para notar su desaparición. Él dejó que la muchedumbre lo envolviera totalmente.

La música había cambiado el ritmo pero él no pudo recordar cuando. Ahora no era tan rápida, era una pesada y lastimera melodía. Las luces que destellaban se aunaban para que no pudiera encontrar ninguna paz en su visión, incluso cuando cerró sus ojos. Los hombres y las mujeres igualmente se rozaban contra él en un baile brutal, sexual que hacía que sus sentidos se tambaleasen. Nunca se había sentido tan falto de control, tan fuera de armonía en un caos que prometía al mismo tiempo la promesa de amor y la lujuria de la carne, al mismo tiempo que locura y confusión. El tiempo perdió todo el significado. La música sonaba y fue forzado a escucharla como todos los demás.

Cinder luchó por respirar, su boca tenía el gusto salado del dulce sudor humano. No podía ver a nadie de su grupo entre la confusión destellante, y sólo en ese momento se dio cuenta de cuanto tiempo se había sumergido en este pagano baile, buscó un camino hacia Edge en la pista de baile. Finalmente se liberó y tuvo un momento para mirar alrededor, concentrándose y tratando de calmar sus sentidos borrachos.

Un destello de cabello rosado atrapó su mirada y lo fascinó. El cabello vibrante pertenecía a una mujer, joven de cuerpo y de cara. Una mujer encantadora. Cinder podía ver, incluso a esta distancia, que estaba excesivamente maquillada, inmensamente sumergida en el papel de la atmósfera de este extraño lugar.

Sus labios brillaban, con un tono de brillante rojo, su boca llena y deliciosa. Sus grandes ojos color avellana estaban bordeados con pestañas gruesas negras, sus cejas y pestañas estaban pintadas del mismo tono negro. Llevaba un traje apretado que se le ajustaba como una segunda piel, de algún extraño y brillante material sintético, sin mangas que también dejaba su abdomen al descubierto, los pantalones ajustados a sus delgadas caderas como las de un chico, y botas altas ajustadas hasta los muslos. De toda la gente en el club, ella era la única que se veía como si la ropa hubiera sido hecha exclusivamente para ella. Lucía la ropa con un estilo negligente que impresionaba y no se le podía quitar la vista de encima, al menos en su caso.

Ella estaba de pie sobre una tarima o un estrado, su cuerpo bañado en un halo de azul y luces rojas. Llevaba unos extraños auriculares en su oído, mientras se movía al ritmo de la música. Era deliciosamente besable, sus labios estaban fruncidos con concentración cuando estudió la mesa y los discos que estaban sobre ella. Cinder instintivamente adivinó que la música que despiadadamente se escuchaba por todo el lugar era su obra. Ella era responsable del sonido intemporal que lo había atrapado como un ladrón en busca de su alma.

No podía separar su mirada de la chica. Había algo indefinible en ella, manteniéndola apartada de la gente que se reunía a sus pies. Parecía una especie de diosa pagana cuando la muchedumbre levantó los brazos suplicantes, pidiéndole más, pidiendo a gritos que la música siguiera fluyendo. Él nunca había visto nada como eso en sus muchos años como guerrero. Nunca había visto nada como ella.

Estuvo allí de pie por… no podía saber por cuanto tiempo*. ¿Minutos? ¿Horas?* No se preocupó. Miraba a la etérea diosa orquestar su música, bailar su música, contar los tonos de su música cuando cambiaba de una canción a otra. Podría haber pasado una eternidad y él no se habría preocupado de ello, solo mientras pudiese seguir mirándola.

Un hombre de pelo verde salió de la muchedumbre, se acercó a ella y susurró algo en su oído. Cinder tuvo un sentimiento inconsolable de celos y pérdida. El hombre se comportaba de forma demasiado familiar con ella. Él la conocía íntimamente; tenía que hacerlo para tomarse esas libertades, como besarla seductoramente sobre sus hombros. Él no tenía ningún derecho de sentir tales cosas por la mujer, era estúpido sentir tal pasión por un humano. Pero él se sentía débil en lo que a ella concernía, en un modo que nunca antes había sido. Quiso dar la vuelta y alejarse, quiso dejar este lugar loco que estaba lleno de tentación, deseo y necesidad.

Pero justo cuando daba vuelta para alejarse, justo cuando encontró la fuerza para alejarse de la sirena de detrás del tocadiscos, la música cambió. La mujer se distanció de la mesa y flexionó sus hombros como si le dolieran. Las ondas rosadas y negras de su cabello moviéndose sobre ella, cuando con desenvoltura descendió de la tarima y desapareció entre la multitud, dejando que Cinder absorbiera la longitud aparentemente interminable de sus piernas cuando caminaba. Su corazón retumbó.

A Cinder le agradaban especialmente las mujeres con extremidades largas…..y ella tenía el par de piernas más largas que alguna vez había visto.

Una voz sonó sobre el altavoz cuando la música aumentó lo suficiente como para despertar a las Hordas enteras.

— ¡Vamos…un aplauso para nuestra incomparable DJ, Steffy Stealth! —El anuncio fue expresado con espesas palabras alemanas.

Cinder esperó un momento, luchando contra sus impulsos, que se habían quedado irracionalmente obsesionados por la mujer… y entonces la siguió a través de la multitud.

Capítulo 2

Las luces intermitentes de los estroboscopios en lo alto hipnotizaron a Steffy. El primitivo, rítmico golpear de la música aporreaba sus venas como la miel dulce, calmándola. Ella hacía música. Era una con ella cuando hacía girar los discos sobre su tocadiscos, excluyendo el golpeteo en su cabeza con facilidad y habilidad. Se sentía elemental, poderosa y viva. Con control de sí misma y del mundo a su alrededor. Detrás del tocadiscos, rodeado por su equipo de sonido, era el único momento donde alguna vez ella se sentía realmente libre de preocupaciones o tensiones.

Éste era el único momento donde se sentía relajada.

Steffy se balanceaba con la música, contaba el golpeteo que resonaba en los auriculares que llevaba sobre un oído y cambió los discos, sin perder nunca el ritmo para que las melodías ingeniosamente fueran mezcladas en una canción en curso, infinita. La muchedumbre tronó su aprobación golpeando muy fuerte de los pies mientras bailaban y se movían, con la música que palpitaba por el sistema de sonido del club. Steffy miraba por su cubierta y sentía una emoción embriagadora viendo el balanceo de la muchedumbre como un cuerpo gigantesco serpenteante bajo las luces. En perfecto acuerdo con su ritmo musical.

Steffy vio al coordinador de bienvenida del club paseando encima de ella sobre la plataforma y le envió una brillante sonrisa. El hombre era realmente delicioso, vestido con ropa cautivamente brillante, negra, con su pelo corto verde claveteado encima de su ingeniosa cabeza. Era algo bueno para su libido, ya que Dika era homosexual o si no, ella babearía cuando él estuviera más cerca.

— Has estado dirigiendo esto durante tres horas, Steffy, amor. ¿Por qué no tomas un descanso? —Le preguntó en un alemán densamente acentuado, gritando sus palabras en su oreja para ser oído sobre el alboroto.

— Solamente déjame acabar esta próxima pista y tomaré quince minutos —gritó hacia atrás.

— Nos tienes estallando esta noche, amor. No he visto tanta muchedumbre aquí desde... bueno, nunca. —Sonrió él. — Te has hecho un nombre, querida. Y pensar que hace un año simplemente transitabas por la calle y exigías un trabajo, sin experiencia previa. Estoy tan contento de haber lanzado la precaución al viento y haberte dado una posibilidad. ¡Es la mejor decisión que alguna vez tomé!

— No lo olvides. —contó el golpeteo en su mente, manteniendo una parte de su atención en las palabras de Dika y otra parte, la parte más importante, en la música. Un grueso y despeinado mechón de pelo rosado de neón se cayó en su ojo izquierdo pero estaba demasiado absorbida en otras cosas para retirarlo de fuera de su línea de vista. — Ahora déjame sola, sólo entonces podré terminar esta sesión —dijo sarcásticamente.

Dika se inclinó y, como era habitual, presionó un coqueto beso pero totalmente sin significado en su desnudo hombro antes de guiñarle un ojo y salir al trote, sacudiendo su parte posterior con la gracia de un modelo como lo había sido. Unos minutos más tarde su grupo llegaba al final y suavemente cambió la pieza a otro disco en el CD de debajo de la mesa. Cuando Bestrafe Mich de Rammstein sonó por el sistema de sonido,

abandonó su posición detrás de la cubierta de tocadiscos y se abrió camino por la muchedumbre, hacia la barra.

— ¡Vamos a oír el aplauso para nuestra incomparable DJ Steffy Stealth! — La voz de Dika anunció su nombre por el altavoz del sistema y aplausos ensordecedores fueron el resultado, así como felicitaciones y elogios de mucha de la gente a su alrededor.

¡Dios!, estaba cansada.

Este cansancio había estado creciendo en ella durante el pasado año, no podía evitarlo. Sólo la música tenía el poder de distanciarla de la desolación que amenazaba con tomarla. El fuego de vida que siempre se quemaba tan intensamente dentro de ella iba disminuyendo.

Había estado disminuyendo después de que hubiera vuelto de su estancia, como estudiante extranjera de intercambio, en los Estados Unidos. Necesitaba acelerar su inspiración y el entusiasmo y lo necesitaba pronto, antes de que se perdiera a esta desesperación.

El aburrimiento siempre era su mayor enemigo.

Pensaba en el aburrimiento. Como este había abastecido dentro de ella todos los problemas que alguna vez hubiera tenido a lo largo de los años y que habían sido en abundancia. Era lo que había hecho su padre borracho, cuando la golpeaba hasta la sumisión, durante los quince primeros años de su vida, el bastardo. El aburrimiento era la que había hecho finalizar su educación temprano, el año en que cumplía su décimo quinto cumpleaños, para tomar las calles durante los solitarios y tranquilos días que habían seguido a su graduación y vuelta a casa. Esto había hecho de ella una buena ladrona de coches para el siguiente par de años, buscaba la emoción y el peligro de la vida de un delincuente. Lo que le había permitido dejar su vida atrás, después ella lo convirtió en su mejor arte, tal como era, para matricularse en el colegio y posteriormente participar en un programa de intercambio.

Donde había encontrado a Raine.

Steffy empujó estos pensamientos de su mente. Mejor sufrir el aburrimiento que el dolor que deja aquel camino de recuerdos.

— Me gustó muchísimo su música.

Steffy comenzó a girarse para afrontar al dueño de la voz que ronroneaba. Que ella pudiera oírlo por encima del sistema de sonido demostraba como él había conseguido estar tan cerca sin que lo hubiera notado, ninguna mísera hazaña con sus sentidos aumentados. Estaba directamente sobre ella. Por los tiros de cañón del estroboscopio alumbrando, pudo ver a un hombre alto, de anchos hombros y con cabello platino. Estaba vestido asombrosamente de negro con un traje tradicional desde su cuello grueso hasta sus grandes pies calzados.

— Danke*. —le dio las gracias y se dio la vuelta para irse.

— Esto es el caos y la oscuridad. Nunca había oído algo parecido antes.

Entonces era uno de esos, que tenían la necesidad de ver algún significado y alguna pasión subyacente en la música que ella, esencialmente, ponía según su capricho. Le gustaba la música, le gustaba ponerla, pero más allá de eso, no tenía ningún significado verdadero. Al menos, no le

* palabra alemana que significa Gracias.

gustaba pensar eso. Era sólo matemática, realmente. Ritmos y modelos y números en su cabeza.

— Gracias —dijo otra vez y caminó hacia la barra. — Un vodka solo — solicitó al camarero. Seguía el ritmo de la música en la superficie de la barra con sus uñas pintadas de negro.

— Mi nombre es Cinder.

¿Cinder? Ella se rió.

— ¿Tener esa dura imagen gótica no te aleja de nosotros?

— ¿Por qué lo dices? —Él pareció sinceramente perplejo.

Steffy sacudió la cabeza con una sonrisita sarcástica, tomó asiento sobre uno de los taburetes de la barra, y aceptó su bebida. Se reforzó y tragó el líquido claro, ardiente bajando por su garganta. Le llevó toda su concentración no jadear o toser, pero lo consiguió. Dentro de segundos se sentiría un poco mejor, el frío infinito de sus huesos disminuiría por el calor de la bebida, y estaría un poco menos irritable con el hombre que había tomado asiento a su lado sin invitación.

— ¿Por qué lo dices? —repitió él su pregunta.

— Por nada. ¿Es Cinder su verdadero nombre, entonces? —suspiró ella rindiéndose, comprendiendo que el hombre no se marcharía pronto.

—Sí. Mi padre me lo dio en la víspera de mi nacimiento. —Él se calmó, mirando con desconfianza. — Lo siento. El ruido que tiene este lugar me desequilibra.

— ¿En serio?.

— ¿Cómo te llamas?

Steffy podía ver en sus ojos el quemar del deseo. La explosión de llama de sus lentes de contacto naranjas amarillentas sólo incrementaba el efecto y se estremeció. Instintivamente sabía que este hombre era un peligro. Se levantó de su asiento y caminó hacia la muchedumbre, buscando la fuga en el camuflaje de las masas.

Su mano casi chamuscó su carne cuando él cogió su brazo.

— ¿Te he ofendido? Lo siento.

Steffy apretó los dientes. Odió su familiaridad, su fuerza, la cual era bastante fácil de sentir para ella, con o sin la ayuda de su misteriosa intuición.

— Déjeme —dijo ella suavemente, peligrosamente, mirando a sus ojos.

La cara del hombre se endureció y se puso sombreada bajo las luces intermitentes.

— Eres muy grosera. No sé por que esperé más de ti.

— Yo no lo hago tampoco. Tan solo lárgate. —Ella usó la frase favorita del argot de Raine. Los americanos tenían una frase de su jerga para cada ocasión, o eso parecía.

El hombre se apiñó contra ella, el calor de su cuerpo casi la sofocaba. Se movía con el reflujo y el flujo de la gente que los rodeaba, tomándola fácilmente en un baile en el que no tenía ningún deseo de participar. Sus ojos quemaban a los suyos, intimidando y cazando, y por momento Steffy sintió que su coraje vacilaba. Sentía algo en él que podría asustarla si se dejaba.

Ella no lo haría.

— Si no me dejas pasar en este instante, llamaré a seguridad y te sacaran fuera.

— Inténtalo.

Ella sintió como sus ojos se abrieron con la fuerza de su choque.

— ¿Me amenazas?

— No. Te desafío. Llama a tu seguridad. Vamos a ver que pasa.

— ¿Eres una especie de caso mental o algo?

— Todo lo que quiero es tu nombre.

— Definitivamente estas loco.

Su mano apretaba su brazo, acercándola hacía el. Era alto. Muy alto. Ella era alta para ser mujer, con su casi metro ochenta, pero él la sobrepasaba a pesar de su estatura. Esto no era una pequeña incomodidad, estar tan vigilada por él hasta tal extremo. Miró sus rasgos, que eran exóticos y únicos. Parecía tan salvaje y decididamente extranjero, de algún modo indefinible, que tenía que estudiarlo más detenidamente para saciar su completa e hipnotizada curiosidad.

Era diferente de cualquier otro hombre que alguna vez hubiera visto, por la suma total de su aspecto parecía ajeno a sus aturdidos sentidos. Sus pómulos y nariz eran láminas afiladas bajo la lisa piel dorada. Su boca era casi cruel en su sensualidad. Su barbilla era difícil y fuerte. Increíblemente obstinado. Otra vez sintió que era peligroso.

Demasiado peligroso para subestimarlo.

— Tu nombre —ladró él.

— No conseguirás nada de mi nombre, asno. Cada una de las personas en este lugar me conoce. Si intentas algo, lo lamentarás.

— ¿Por qué es tan difícil darme tu nombre? ¿Tu hombre de pelo verde se pondrá celoso si lo compartes conmigo?

— ¿Hombre de pelo verde? ¿Te refieres a Dika? —se rió.— Dika solamente es un amigo. Además, es gay. — ¿Qué la había poseído para admitirle tanto? No debería haber dicho tanto.

Sus ojos ardieron con algo cercano al triunfo, Steffy amargamente lamentó haberle dado tanta información. Sus dientes resplandecieron blancos con su risa.

— Bien, si cada una de las personas de aquí te conoce, entonces podría conseguir tu nombre de ellos con muchos menos problemas. Pero preferiría oírlo de ti. Y con tu obstinado rechazo de compartirlo, me has desafiado. Nunca he sido capaz de resistirme a un desafío.

Steffy sentía su brazo quemarse bajo su mano.

— Tu nombre. Por favor. —Él ablandó su tono y su agarre. El calor de su toque disminuyó.

— Stefany Michanke. Soy el DJ aquí. La gente me echará de menos si me voy —le advirtió con una dura mirada.

— Stefany, ¿eres tan dura? —Sus labios torcidos en una pequeña risa. Se inclinó sobre ella, balanceándose contra ella despacio, de forma sexy. Inhaló un largo aliento. — Hueles bien.

Bien. Él se estaba acercando demasiado para su gusto. Tiró para librarse y se dispuso a escapar, pero algo captó su mirada antes de poder fugarse.

Un hombre de pelo negro, más alto y más grande que Cinder, había aparecido a su lado. Sus sentidos debían estar fallándole esta noche, nunca había sido sorprendida, como hasta ahora, antes, dos veces en una noche. Tal vez fuera el vodka... pero Cinder la había encontrado antes de que ella lo hubiera bebido.

— Cinder, ven inmediatamente.

Y tan rápidamente como llegó, se fue. Si Steffy hubiera parpadeado se habría perdido a los dos hombres alejándose, altísimos sobre la gente, en la muchedumbre, de algún modo no sólo por sus alturas, sino por su gracia y porte. En cualquier parte donde ellos iban sobresalía su intención mortal.

Steffy miró como abandonaban el club. Eran diferentes de la gente que los rodeaban. Algo sobre el modo el que se sostenían, caminaban y hablaban... la dejaban perpleja. La intrigaban. Ella no había logrado notar que sus ojos abarcaban su entorno como si ellos fueran excavando el lugar, tranquilizándose de las ventajas o las desventajas de sus posiciones dentro de él. Ella podría apostarlo todo a que los hombres conocían exactamente donde estaban todas las entradas y salidas. Que conocían donde cada miembro de seguridad estaba colocado.

Eran peligrosos, los dos, ella podía sentirlo.

Steffy apretó los dientes en contra de un repentino, inexplicable y tonto impulso. Intentó ignorar ese impulso... pero era desesperado. Esperó varios minutos, en guerra consigo misma, sabiendo que estaba a punto de hacer algo probablemente estúpido. No podía ayudarlo. Tenía que hacerlo.

El aburrimiento se había ido. Su interés había sido picado. Si antes, a ella le hubiera gustado alejarse de Cinder, dejándolo solo en el sitio, bastante contenta de no verlo nunca más, ahora estaba lista para perseguirlo. Obstinadamente. Quería conocer a donde iba. Señalando a Dika que iba a salir a la noche, se abrió camino por el laberinto de gente. Con los sentidos agudizados y preparados, siguió la dirección que los dos hombres habían tomado.

* * * * *

Steffy anduvo hacía las curvas de los callejones traseros, sintiendo, más que sabiendo realmente, que esa era la dirección que habían escogido. Poco después, se acercó a lo que ella conocía por una parte abandonada, sobre todo ahora, de una vieja gasolinera, dilapidada pudriéndose en medio de ella. Desde la oscuridad le vinieron sonidos que al instante entendió y gritos reconocidos, gemidos, y el sonido de golpeteo de carne contra carne. Siendo ella misma una antigua delincuente, no era extraña a la cacofonía inequívoca de un derribo, de signos de lucha.

Se preguntó ociosamente si los dos hombres estaban juntos en algún tipo de banda.

Probablemente. Se veían bastante peligrosos, que era lo más seguro, incluso si ambos realmente parecían demasiado bien criados para tales actividades. Parecían más bien agentes salvajes de la CIA, en realidad, que miembros de una banda.

Un destello de fuego iluminó la noche.

Steffy chilló suavemente por la sorpresa.

Un cuerpo salió como un rayo de la oscuridad que siguió, echándola a la tierra con un ruido sordo discorde.

— ¿Quien eres tú? joder —dijo una furiosa voz femenina. Un calor terrible provenía de la mujer, casi escaldando la piel de Steffy.

Steffy la esquivó, enviando a rodar a su atacante. Se puso de pie y la persiguió, pero la oscuridad cubría a su enemigo en secreto. Oyó un chasquido en su oído parecido al amartillado de una pistola y se congeló. La mujer había logrado acercarse por detrás de ella en la oscuridad. Asombrando considerablemente a sus sentidos agudizados, hasta en esta oscuridad.

— ¡Jesús! ¿Cómo es que estas aquí, chica DJ?

Los sonidos de batalla eran fuertes, más caóticos ahora sobre ellas. La música que siempre sonaba en la cabeza de Steffy se elevó a un crescendo en el ritmo con ellos y ella apretó sus dientes, perdiendo un poco de la adrenalina que se levantó dentro de sus venas.

— Seguí a Cinder, genio.

Una risa cortada salió de la temible voz.

— Realmente me gustas. Quédate aquí. Toma esto. Y por Dios, no salgas a la vista.

Empujó una gruesa pistola con poca elegancia en sus manos.

— ¿Sabes cómo usarla? —la voz preguntaba con impaciencia.

Otra bola de fuego alumbró la noche, iluminando los rasgos de la mujer. Ojos brillantes naranja amarillentos quemaban a Steffy desde una hermosa cara, orgullosa. La mujer guerrera más bien parecía una gatita sexual con su traje de ébano que un miembro de una banda. El momento era tan surrealista que casi le hizo reír.

— Sí, seguro, sé como usarla. Tú sólo apuntas y disparas. — ¿Qué respetable ex-callejera no sabía como usar un arma?

— Bueno. —La mujer sonrió abiertamente. Su comportamiento peligroso había disminuido, haciendo su mirada más joven, más bonita. — Ahora quédate en esta pared. —Steffy miró alrededor y sólo entonces notó que ella estaba detrás de una de las paredes que se derrumbaban de la vieja gasolinera.

La mujer siguió, con palabras cortas y prosaicas.

— Si algo raro viene hacia ti, dispara esta arma hasta que este vacía y pide ayuda. ¿Vale?

La mujer había pasado de un alemán impecable a un inglés igualmente impecable. Por suerte, Steffy era elocuente y entendió sus palabras.

—Bien —contestó ella. — Seguro. —La situación le pareció más bien un poco absurda, de manera dramática y estaba perpleja para algo más que dar una respuesta suave.

En un destello la mujer se fue.

La tierra tembló cuando la batalla siguió más allá de la pared. De allí vino un grito salvaje, inhumano, y luego el rugido de una llama. El rápido sonido de una ametralladora resonó… la música en la cabeza de Steffy cambió el ritmo, acelerando la velocidad y la urgencia.

¿Qué demonios ocurriría?

Su piel avanzó lentamente. El cabello erizado sobre sus brazos y nuca. Apretó sus dedos sobre el mango del arma que tenia en la mano. Algo estaba cercano, algo peligroso y amenazante. Cada instinto clamaba en ella para no

tener curiosidad… pero pudo con ella y echó una ojeada por detrás de su escondrijo.

— ¡Scheiße*! —chilló y se retiró detrás de la pared, jadeando, con el corazón latiendo rápido.

Su mente no quería, no podía, procesar la imagen que acababa de ver, de algo que era incomprensible o creíble. Que el cielo la ayudara pero tenía que mirarlo otra vez. Si sólo se tranquilizara seguro que esa… *cosa*… no estaría ahí. Que de algún modo se lo había imaginado.

Temblando echó una ojeada otra vez. Sus ojos se encontraron con orbes naranjas inyectados de sangre. — ¡Santo infierno! —gimió y cayó hacia atrás a la pared una vez más.

¿Había visto eso en la oscuridad? Eso estaba a varios pies de distancia y ella estaba encubierta por la oscuridad… quizás no la había visto eso. Ella estaba de repente, asquerosamente segura, que algo había. Su estómago se revolvió y ella tuvo arcadas. El olor de la muerte asaltó su nariz sensible y se dobló, vaciando el contenido de su estómago en un ímpetu acalorado en la tierra.

¿Qué horrible abominación había conseguido escapar de su prisión en el infierno esta noche? Eso que había vislumbrado no era ningún monstruo de cuento de hadas, ninguna imaginación podría haber engendrado una visión tan salvaje como esa, seguramente. Eso era un diablo o un demonio o un monstruo. No había ninguna palabra adecuada en cualquier lengua para lo que aquella cosa era.

Un gruñido ronroneó en su oído. Suspiró, armándose a sí misma instintivamente para afrontar al mortal peligro al que sabía que tenía que enfrentarse. La realidad había chocado contra su conocimiento en el momento que había encontrado a Cinder. Ahora era tiempo para la acción, no la racionalidad. Otro gruñido sonó… y la pared encima de su cabeza explotó.

— ¡Scheiße! —gritó otra vez y saltó hacia atrás, levantando el arma mientras se retiraba con horror.

Examinó la cara del demonio… y sabía que su vida nunca volvería a ser la misma.

No vaciló más, disparó, a un punto en blanco, dentro de la llena boca de colmillos de la criatura. Un lodo espeso negro, como el alquitrán o la cola, salió volando a chorros, caliente sobre su frente cuando la cara del monstruo explotó. Steffy jadeó y saltó más lejos hacia atrás. Su mano paralizada sobre el arma y su visión nublada. La música aporreando en su mente, su propia banda sonora personal que nunca la dejaba tranquila y los latidos de su corazón bombeando a un ritmo violentamente furioso.

Después… su corazón casi dejó de golpear. La adrenalina asumió el control y casi se habría caído si no fuera por su vigorizante apoyo. El monstruo jadeó, rociando el estiércol negro una vez más con el bramido de su respiración… y avanzó.

— ¡Joder! —disparó el arma hacia su cara otra vez.

Eso vaciló. Se ahogó en un gruñido. Se puso recto y continuó avanzando.

Steffy gritó por la rabia y el miedo y vació el arma en el monstruo rasgado y rezumando la cabeza. Y de todos modos la criatura iba hacia ella. El arma

---

* palabra alemana significa Scheibe.

estaba vacía, desprovista de más balas. La criatura extendió la mano hacia ella y ella lo golpeó con sus manos agarradas en el arma, aporreándolo muchas veces. Y de todos modos eso vino hacia ella.

— ¡Ayuda! —Gritó, y se dio la vuelta, escapando de la criatura como nunca había escapado de nada en su vida. — ¡Ayúdenme, maldita sea!

No tenía ninguna idea en que dirección debía correr. Su mente era un dilema de turbación, miedo, y desesperación. ¿Cómo algo podría vivir después de recibir tantos tiros directos en la cara? ¿Cómo ella alguna vez sería capaz de dormir cómodamente, otra vez, sabiendo que estas cosas existían? Su mundo era un caos, un terror absoluto.

El fuego alumbró la noche, iluminando su camino... cuando ella escapó directamente hacia el camino de otra criatura.

Se detuvo tan rápido que se deslizó hacia adelante, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás sobre su trasero. Sus manos la salvaron de contusiones terribles, pero por poco. El asfalto que se incrustaba debajo de sus cortes y raspaba sus palmas sangrientas conjuntamente con el dolor, sirvieron a dios gracias para afilar sus sentidos como los bordes afilados de un cuchillo. Ella reptó hacia atrás, como un cangrejo, y desesperadamente intentó levantarse nuevamente.

La criatura de antes rugió y el sonido se repitió en su mente, mezclándose con la música. El monstruo estaba sobre ella. No tenía ningún lugar donde ir. Estaba desarmada.

Iba a morir.

Apretó los dientes, se reforzó a sí misma. No se enfrentaría a la muerte con un grito en sus labios. Si este era su final, lo afrontaría con tanto coraje como pudiera. No dejaría este mundo sin perjudicar a su asesino... de alguna forma.

Una sombra pasó ante ella. Un viento, como el aliento fresco de una muerte apacible, jugaba con su pelo, rayándolo a través de sus ojos tanto que la cegó. Sacudió los mechones de su camino, parpadearon sus ojos borrosos, y jadeó por la escena que se reveló ante ella.

Un hombre cubierto de negro se movía con calma, con gracia interceptando a su atacante, estaba de pie casi sobre ella, como si ella no estuviera allí. Él extendió despacio su mano ante él, como si se moviera en la niebla espesa de un sueño. Su palma extendida, aterrizando con cuidado sobre el pecho de la bestia cuando eso cargo hacia él. El hombre desapareció. El monstruo vaciló, luego se cayó, y Steffy apenas lograba moverse, se apartó cuando eso vino a estrellarse a la derecha de la tierra donde ella había estado sólo un momento antes. El hombre apareció una vez más, detrás de la criatura caída, tan tranquilo y seguro como había estado durante la entera confrontación. Mirando hacia ella con su rostro encapuchado, todavía parado como una estatua. Inmóvil como la muerte.

Steffy ahogó un grito, si de terror o temor, no podía haberlo dicho.

Una larga tela negra bailó sobre su cuerpo en el viento, el cual no estaba allí. La mano del hombre todavía estaba levantada ante él, sólo que ahora, esta sostenía el pulsante órgano del gigante. El corazón del monstruo. Steffy sabía instintivamente que eso era el corazón del monstruo. De algún modo, sin violar la pared del pecho de la criatura, el hombre había tomado su corazón y con ello la vida que golpeaba dentro de eso.

— Cinder. —La voz del hombre se parecía al toque de las campanas del infierno. Terriblemente, dando miedo... y aun así, indescriptiblemente hermosa. Atrayendo, ésta podría tentar a cualquier hombre o mujer a vender su alma sin escrúpulos. El hombre lanzó el corazón sobre su cabeza, aturdida, ella miró hacia atrás para ver a Cinder cogerlo en su mano. Este lo quemó hasta convertirlo en ceniza, aunque Steffy no le había visto encenderlo con un fósforo o un mechero.

El hombre encapuchado giró entonces hacia otro monstruo que había detrás de él, y en menos de un parpadeo de ojos había tomado el corazón de aquella criatura de una manera similar al primero. Como realizó él tal truco ella no podía adivinarlo. Pero la noche estaba llena de magia, mala y buena, o así parecía, y no importaba que nada de ello tuviera cualquier sentido lógico.

Steffy lo intentó dos veces antes de que encontrara una voz con la cual hablar.

— Gracias —le dijo al hombre encapuchado. Se levantó, se dio la vuelta, y amplió las gracias hacia Cinder y se sobresaltó cuando él avanzó y la empujó hacía los brazos del otro.

— Sácala de aquí, Viajero —gruñó él.

— ¿Y dónde quieres que la ponga? —preguntó sardónicamente sobre ella cuando el hombre encapuchado la estabilizó contra él con manos fuertes y firmes.

— Demonios, fuera de aquí —dijo la voz de la mujer cuando ella se precipitó hacia delante de ellos en una carrera muerta. — ¡Tienen que venir más!

Cinder le envió una ardiente mirada, entonces cabeceó al hombre que la sostenía.

— Consíguele seguridad. Trataremos lo que ella ha visto más tarde.

Él siguió tras la mujer, abandonando a Steffy sola con el tranquilo y encapuchado hombre.

— ¿Qué demonios ocurre aquí? ¿Qué son esas cosas? —Ella intentó soltarse del cuerpo que la tenía atrapada pero era difícil.

Su visión se volvió débil, el mundo se disolvía alrededor de ella, y cuando se enderezó otra vez le pareció estar en otro mundo con el que no estaba familiarizada. La gasolinera no estaba. Estaba de pie en una cámara débilmente alumbrada de hierro y piedra.

— Espere aquí —dijo la hermosa voz desde la capucha. Y el hombre desapareció, abandonándola allí.

— Scheiße —ella respiró y se cayó de rodillas sobre el embaldosado, sacudiéndose.

No había duda sobre ello. El aburrimiento era de verdad la fuerza más peligrosa que conducía su vida.

Capítulo 3

Steffy había examinado el departamento dos veces y le pareció que la única salida era una maciza puerta de hierro que estaba cerrada con llave. Había estudiado la puerta, mientras pensaba y consideraba su problema, y había una sólo una opción ante ella. La cerradura era vieja, antigua. Uno podría esperar verla en una iglesia vieja o en un hogar ruinoso.

Sería un juego de niños abrirla.

Steffy se inclinó y sacó algo de una de sus negras y brillantes botas. Atado a su tobillo había un pequeño aparato que abría cerraduras y que formaba parte de su equipo como constante compañero, desde sus días de pequeña ladrona. No es que le hubiera dado mucho uso en los recientes años. Salvo esa época en que ella y su amiga Raine habían robado en uno de los dormitorios y habían tomado el sistema PA para tocar un CD en un volumen ensordecedor.

Steffy envió lejos este recuerdo antes de que tuviera tiempo de… extrañar a su amiga. Era muy doloroso recordarlo. Y ahora no tenía tiempo para ser débil. Quitó el aparato de su tobillo y lo puso en el suelo delante de la puerta.

Realizó una respiración profunda. Y permitió a sus instintos tomar el mando.

Después de menos de sesenta segundos la puerta se abrió y ella estaba colocando en su bota el mecanismo atándolo una vez más a su tobillo.

— *Todavía recuerdo los movimientos, el cielo me ayude* —se murmuró a sí misma.

La puerta estaba fría contra sus manos cuando la abrió cautelosamente en un suave crujido, lo bastante como para que pudiera saber si había moros en la costa. Agradecida, abrió más la puerta y rápidamente sacó su cabeza fuera, hacia el pasadizo, para dar una buena mirada hacia los alrededores. La luz era débil en el corredor, pero lo suficientemente luminosa como para que pudiera ver alrededor con relativa facilidad.

Parecía, entonces, que el cuarto de detrás de ella era un lugar mucho más seguro que lo que se veía más allá de la puerta. No tenía idea de donde estaba, salvo que su innato sentido le decía que parecía ser profundamente subterráneo, y esto la puso nerviosa. Insegura tuvo que obligarse a dar un primer paso hacia afuera de la piedra y del cuarto. Por suerte, cada paso siguiente parecía más fácil hasta que se deslizó silenciosamente con facilidad y velozmente hacia abajo por oscuros corredores que la llevaban fuera de su prisión.

Sus ojos miraban con cautela buscando señales de peligro o amenazas que podían estar ocultas. No había ninguna. El pasadizo estaba vacío ante ella, entonces avanzó hacia adelante hasta que la oscuridad tragó su avance mucho más allá.

¿Qué tipo de lugar era éste?, los techos eran tan altos que la luz oscura apenas podía alcanzarlos para iluminarlos *¿Y esta superficie circundante tallada en piedra sólida, a veces llana y sencilla y a otros tan profundamente ornada y decorada que empequeñecía las catedrales más viejas y más grandes incluso en belleza?* Steffy tuvo que tragar su miedo instintivo ante un lugar tan extraño mientras lo recorría con pasos furtivos. Se sentía pequeña. Agobiada.

Le llegó el sonido de pasos dentro del corredor que conectaba con otro. Steffy se agachó sobre sus rodillas en un relieve de la pared para ocultarse del grupo que pasó ante ella. Tres hombres altos, hermosos, fuertes y determinados, marchaban silenciosos como una tumba, sus caras eran solemnes y austeras. Ella se preguntaba quiénes serían y qué buscarían. Parecían demasiados serios y un aire de peligro impregnaba el espacio sobre ellos.

Inhalando profundamente, Steffy se apresuró hacia adelante por el corredor. Muy profundamente comprendió cuán desesperada era su situación en este extraño mundo subterráneo. No conocía la salida. Quizás no había ninguna. Quizás la magia del hombre cubierto era la única manera de salir de este mundo. No le gustó este pensamiento, la idea de estar en una trampa en la que extrañas personas decidían su destino.

Menos de tres horas antes si alguien le hubiera hablado de monstruos y teletransportación y hombres que podían hacer aparecer llamas en sus manos como por arte de magia, habría hecho una seña a seguridad pidiendo ser escoltada fuera del club. Pero ahora su mundo parecía inmensamente diferente al que tenía hasta hace poco tiempo atrás. Ahora sabía que había monstruos en la oscuridad de la noche y que la magia existía de hecho. No que cualquiera de ellos le importara. Lo único que verdaderamente le importaba ahora era escapar. Dejar este nuevo mundo de oscuras maravillas, descansar para siempre en su memoria, no quería ninguna otra cosa más, aparte de eso.

Quería salir de ese lugar. Ahora.

Sin aliento, debido al nerviosismo o al esfuerzo no sabría decirlo, hizo una pausa y tomó nota del entorno. El interminable vestíbulo estaba débilmente iluminado. Antes había notado la luz, pero no había notado de dónde provenía esa ligera fuente que la originaba. Ahora lo hizo y se sobresaltó por lo que vio. Los hermosos candelabros de metal, adornados salían desde las paredes de piedra y de ellos pelotas de llama. No había antorchas, ni velas, ni fósforos. Sólo perfectas antorchas en candelabros que iluminaban los corredores con un fuego mágico.

La única manera de no ceder ante un sentido aplastante de pánico era ignorar los fenómenos de las antorchas. Steffy paseó su mirada fuera de ellos y rechinó sus dientes contra el impulso de sollozar en el desvalido miedo y la confusión. Concentrándose en la familiaridad de la música que jugó en su mente, huyó más abajo del corredor, mientras ignoraba significativamente ahora sus ambientes.

El sonido de numerosos pies que marchaban hizo eco delante de ella. No había ahora ninguna hendidura ni agujero conveniente para poder agacharse. Steffy miró buscando una ruta de escape, mientras el sonido crecía más ruidoso, más cerca. La suerte, parecía, estaba todavía con ella. Había una puerta grande diez pasos detrás de ella. Corrió a toda velocidad hacia allí, la tomó y la abrió, y se agachó dentro. Su respiración escapaba ahora fuera de sus pulmones, pero con agradecimiento, ya que no había manera de que pudieran oírla detrás de esa puerta. La madera era gruesa y fuerte. Estaba segura.

Una garganta se aclaró delicadamente detrás de ella.

Steffy giró alrededor, con una boqueada que explotó de sus labios.

Cuatro pares de amarillos ojos femeninos la observaban en silencio.

— Uh. — ¿Qué podía decir para salir de este lío?— Estaba buscando el,.. el baño de... uh...cuarto de baño y me perdí. —Ella intentó no hacer una mueca de dolor. Eso había parecido una mentira obvia, incluso a sus oídos.

Una de las mujeres se rió antes de que lo enmascarara educadamente con una dramática tos.

— Eres humana. —Las palabras eran en alemán, y según Steffy habían sido, perfectamente acentuadas pero extrañamente extranjeras en la boca femenina que las dijo

— ¿Usted no lo es? —dijo Steffy defensivamente, mientras su mente corría buscando algún plan de escape.

La mujer sonrió.

— Yo soy Desondra. Éstas son Ágata, Fauna, y Levine.

Las cuatro mujeres parecían no ser amenazantes. De hecho, su presencia estaba tranquilizándola extrañamente ahora que Steffy se dio más tiempo para estudiarlas.

— Soy Steffy —respondió, cuidando parecer tan cortés como Desondra, la rubia platino de un largo y hermoso tono de gato

— Nunca había visto tan estrechamente de cerca a un humano antes. — dijo Ágata, una mujer con los ojos anchos, boca ancha, y las caderas anchas. Parecía bastante agradable, pero Steffy no estaba lista para permitirse bajar su guardia, incluso ni un segundo.

— Shh. Se supone que ni siguieras has visto a un humano ni de lejos Ágata —le avisó la pelirrubia Levine.

— Bien, nosotras no tenemos que estar callados delante de ella, ¿verdad? —dijo la cuestionada Ágata en un cuchicheo.

— ¿Cuándo hemos contado alguna vez a cualquiera fuera el Concilio, tonta? —dijo Fauna que era mucho más pequeña y evidentemente más joven que las otras.

— Excusa su rudeza, Steffy. —La voz de Desondra era mansa, apesadumbrada. — Veras... —hizo una pausa para un momento largo, entonces pareció tomar alguna decisión cuando continuó —Nosotras somos los ojos y oídos del Concilio en el mundo de la superficie, El Territorio. Nosotras somos Observadoras. Es nuestro deber vigilar, de vez en cuando, registrar eventos significativos que tienen lugar en la superficie e informar a nuestros líderes. Ni siquiera nuestra propia gente sabe esto e, incluso mi marido no lo sabe, sólo el Concilio, nuestro cuerpo de gobernantes legisladores sabe sobre nuestras actividades. No puedes decírselo a nadie.

— ¿A quién podría decírselo? Además, apenas entiendo lo que están diciendo. ¿Está diciéndome que son espías o algo así?

— Sí. Nosotras tres, y algunas otras además de nosotras.

— ¿Por qué tanto secreto? ¿Por qué no sólo agarran un periódico o algo? Por qué no sólo leen las noticias, o mejor todavía, consigan una cita con un diputado local para conseguir su información

— Nosotras no somos como tú. No somos humanas, ya lo has visto eso. Si nos reveláramos tan abiertamente provocaríamos un verdadero shock en todo el mundo. El caos se sucedería. No podemos llegar a eso. Es la seguridad de la humanidad la que nos preocupa, por eso debemos evitar el descubrimiento a toda costa. ¿Nos entiendes?

— Ésta es la noche más rara de mi vida. Claro que no lo entiendo. Estoy

mal de la cabeza —admitió Steffy. ¿Cómo podía entenderlo? Su mente estaba abrumada por el intento de procesar lo que se había visto obligada a asimilar durante la noche.

— Tengo el presentimiento de que pronto lo entenderás bastante bien — Desondra sonrió. — Ven. Siéntate con nosotras. Tenemos alguna sidra para refrescar tu garganta reseca si te gusta.

Cuán bizarro y raro pareciera Steffy se negaba a ser engañada. No se atrevió a beber o comer algo en este lugar encantado. — No gracias. Yo… yo no puedo quedarme. Estaba buscando la manera de salir de aquí. —admitió.

Las mujeres intercambiaron miradas significativas y Steffy decidió que debía dejar el cuarto de inmediato. Se dio la vuelta y soltó un lamento ahogado. De algún modo Desondra había dejado su asiento y ahora estaba de pie ante ella, mientras bloqueaba su salida.

— ¿Cómo hiciste eso?

Desondra sonrió, sus ojos de un tono amarillo-naranja quemaban con destreza innata que Steffy casi le temió en ese momento.

— No tengas miedo. Nadie te hará ningún daño aquí. Nosotras somos tus amigas.

Steffy intentó pasar pero Desondra cortó ágilmente su camino, bloqueándola una vez más.

— Permíteme pasar.

— Me gusta mucho tu ropa, Steffy —llegó la voz de Fauna de detrás de ella. — ¿Cuánto tiempo te tomó hacerla?

Steffy nunca alejó sus ojos de Desondra.

— No la hice yo. Es manufacturada.

— ¿Y eso que significa? —Ágata susurró la pregunta a Fauna pero Steffy la oyó.

— La compró en una tienda, prehecha —le contestó Fauna.

— Permíteme pasar —Steffy rechinó una vez más hacia afuera.

Desondra suspiró.

— No lo harás, no podrás dejar este cuarto. La única manera sería ir a tu tierra con nosotras, y nosotras no podemos ayudarte sin el permiso de nuestro Concilio, o con un miembro de la Casta del Viajero, y todos ellos están fuera en patrullas. Lo hacen todas las noches ahora que estamos en guerra abierta con los Demonios. ¿Por qué quieres salir? Ciertamente no se te ha tratado mal

— No quiero ser un prisionera aquí.

— ¿Es una prisionera? —Ágata era la de las preguntas sin duda.

— ¿Quién te trajo aquí? —Desondra ignoró a su amiga, mientras se concentraba totalmente en Steffy y resistía con los dedos de los pies colocados delante de la puerta

—No lo sé. Cinder le dijo a ese tipo que me llevara a un lugar seguro en alguna parte y aquí estoy. Pero no pertenezco aquí. Ni quiero esperar por ahí. Quiero salir.

— Entonces El Viajero te trajo. Él regresará con los otros, con el equipo de Cady cuando llegue el alba ¿No puedes esperar hasta entonces? ¿No quieres hacernos compañía? Cuéntanos historias de tu mundo

La mente de Steffy daba vueltas sobre como salir de esta extraña situación

en la que se encontraba. Desondra hacía el intento de retenerla y aunque parecía bastante buena, Steffy seguía manteniéndose cauta. Desondra, aunque bonita y de un hablar suave, claramente era una fuerza a ser contada por Steffy. No sabía qué hacer.

La puerta detrás de Desondra se abrió y una voz masculina cortó el silencio.

— Tendrá tiempo después para las historias, Desondra. Gracias por mantenerla sana y salva. Steffy me seguirá ahora hacia el cuarto principal

Parecía que no tendría nada que decir sobre lo pasado en esta noche.

El hombre caminaba en la luz del cuarto y Steffy se permitió el lujo de mirarlo. Era alto, ¿es que acaso los hombres de este extraño lugar no crecen más allá de seis pies y medio[*]? Su pelo era de un brillante rubio platino, no tan pálido como el de Cinder pero casi. Caía hasta sus nalgas, y estaba atado con un lazo de cuero en su nuca. Su cara era fuerte, leonina, con una belleza indomable que al instante reflejaba un férreo carácter a cualquiera que lo mirara. Estaba de pie, alto y orgulloso, en su camisa castaña oscura y pantalones que no dejaban a ninguno de sus músculos y su masculinidad a la imaginación.

Pero eran sus ojos, de un luminoso y claro color amarillo, lo más desquiciante. Su cara y aspecto lo hacían parecer como de cuarenta años pero sus ojos contaban una historia completamente diferente. Al examinarlos Steffy se sumergió con el sentimiento de una edad ilimitada, antigua.

Su cabeza nadó con la esencia embriagadora de un espíritu inmortal cuando él se acercó a su alrededor. Un nuevo tipo de miedo la poseyó. ¿Cómo este hombre podía parecerle tan viejo y también parecer tan joven? Era imposible.

Una mirada de perplejidad y curiosidad llenó los ojos del hombre. Era como si se diera cuenta de su reacción frente a él y se preguntara sobre ella.

— Ven conmigo, Steffy.

¿Qué opción tenía? El hombre gesticuló para que ella lo precediera hacia afuera en el corredor y ella cumplió. Él la siguió, silencioso y estudiando cada uno de sus movimientos. Steffy sentía su mirada que la encendía antes de que él tomara su brazo en un gesto refinado y la llevara hacia abajo del corredor. Instintivamente se dio cuenta de que no había esperanza para escapar de este hombre. Estaba en una trampa

¿Quién la salvaría ahora?

Ahora que Steffy no estaba corriendo a través de los corredores, intentando la mejor manera de permanecer oculta en la sombras, podía observar mejor los detalles de los ambientes. Este lugar, donde quiera que estuviese, era inmenso. Tan grande como una ciudad. Más grande. Los corredores eran por lo menos de cien pies[*] de anchos. Los techos eran, de hecho, mucho más altos Había puertas macizas que cruzaban hacia cualquier lado del pasadizo, y cada varios cientos de pies o había una bifurcación en el corredor, que se bifurcarían en otro, o una antecámara grande con los hogares llameantes y los muebles cómodos.

Algo así era el cuarto al la llevó el hombre rubio.

---

[*] 1'98 metros

[*] 30'48 metros

— Por favor. Siéntate. Ha tenido una noche de desgracia, señora. —Su voz y palabras eran corteses y.... Steffy fue asaltada nuevamente por la idea de que sentía que este hombre era en verdad increíblemente viejo. Steffy se hundió alegremente en la silla de cuero, profundamente acolchada, hasta que él gesticuló. Al menos ella esperaba que no fuera el legítimo o... algo más siniestro como de piel humana. Casi se rió sobre cómo de oscura se había vuelto su imaginación en el curso de la última hora. Aunque estas personas eran extrañas y no poco intimidantes, ciertamente ellos no eran malos.

Esperó.

El hombre la estudió atentamente por un largo momento. Sus ojos amarillos estaban sorprendentemente atentos mirándola, y un poco demasiado cuidadoso al respecto.

—Es muy joven bajo toda esa pintura en su cara —fueron sus primeras palabras para romper el hielo entre ellos.

Steffy se erizó, aunque por qué, no podría decirlo. Era joven y parecía aún más joven. Pero al oírle decir esto... bueno la llevaba a pensar que la estaba desaprobando.

— Tengo veinticuatro años.

— ¿Tiño su pelo así a propósito?

Sus palabras fueron dichas tan cuidadosamente que Steffy supo que difícilmente. Podría tomarlo como una ofensa Tocó un espeso y ondulado mechón de su brillante pelo rosa y lo enroscó alrededor de su barbilla. Había pasado tanto tiempo desde que se permitió volver su pelo a su castaño natural que casi no podía recordar exactamente de qué color lo había tenido. Ahora su pelo era negro con reflejos rosados por todas partes. Había planeado teñírselo el próximo día de algún tono más aventurero. De verde tóxico quizás. Era una buena cosa que él no la hubiera encontrado después de ese trabajo con ese tinte en particular.

— Claro. ¿No le gusta? —lo miró con una sonrisa burlona.

El hombre sonrió, sobresaltándola. Era hermoso cuando sonreía.

— Si le gusta a usted, entonces así es cómo debe ser.

Buena respuesta.

— Bueno. Usted es bastante listo.

— En mi posición uno tiene que serlo. Así que, ¿su nombre es Steffy ?

— ¿Sí?. ¿Cómo lo supo? ¿Escuchó por el ojo de la cerradura en el cuarto de Desondra?

— Tengo mis maneras de averiguar, aunque ya no estoy para inclinarme tan bajo, puedo caerme en los aleros. Realmente, Desondra me lo dijo. —Él movió su cabeza. — Telepáticamente. — Él gozó diabólicamente de su expresión de ojos desorbitados. El muy pícaro. — Soy El Mayor, Tryton.

— ¿El Mayor? Eso parece más bien un título. ¿Es entonces alguien especial? ¿Alguien de alcurnia? ¿Un líder?

— Si mi gente tuviera un líder, entonces yo lo sería. Pero me llamo El Mayor porque soy mayor y porque soy un miembro del Concilio, el cuerpo gobernante que mantiene el orden aquí.

— Y ¿dónde es aquí? —Ella no esperó que él contestara.

— Casa. Es donde los Shikar viven cuando no están en las puertas o en Los Territorios, luchando contra la amenaza de los Demonios. —Sus rasgos

se sombrearon entonces, como con dolor.

Steffy escogió sus palabras cuidadosamente.

— No entiendo sobre lo que está hablando. ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Cómo vine a parar aquí ¿Qué fue esa cosa... eso que vi esta noche?

Tryton suspiró.

— Ha tenido esta noche una desafortunada aventura. Ha visto demasiado. El Viajero, el que la trajo aquí podría tomar lo que hay en su memoria. No estoy seguro. Ni siquiera yo sé todo de lo que es capaz, a estas alturas —Él rió suavemente, con la misma desaprobación que cuando vio su mirada de perplejidad.— Aunque creo que no habrías llegado a nosotros sino fuera por él... pero intentaré explicárselo lo mejor que pueda.

Steffy esperó.

— Eres humana. Un Homo sapiens, en la lengua vernácula latina. Se mantiene en la superficie de este planeta, sólo buscando mejorar la tecnología para mejorar su especie, esa es una meta común a ella. Sus vidas son relativamente breves, quizás un promedio de setenta años más o menos. ¿He sido exacto?

Steffy sólo podía asentir. Se sentía cada vez un poco más alarmada con la dirección que estaba tomando esta rara conversación.

— Bueno. Cady ha estado enseñándome lo que aún no sé, aunque no he aprendido mucho sobre su clase por pura negligencia.

— ¿*Mi clase*? Así que es verdad. Usted es un alien o algo así. No es…

— ¿Humano? Pero, ¿comprende? Yo no soy definitivamente un ser humano. Nadie aquí lo es. —Sus ojos brillaron bajo la débil de los candelabros flotantes en las paredes y el fuego que animadamente se quemaba en el hogar. Steffy tembló cuando él continuó. — No soy como tú. Pero no soy un alien o un monstruo, por favor, no se preocupe con esa idea. En verdad, soy, un nativo de este planeta, aunque de una especie completamente diferente a la tuya. Nosotros somos conocidos como Shikars.

— No lo creo. No puedo creerlo. No es posible que una especie como la suya no haya podido ser detectada por nosotros en nuestro mundo. Es imposible —dijo ella rotundamente.

Tryton suspiró fatigadamente y se sentó en una silla enfrente de ella.

— Lo siento, pero su escepticismo no hace menos verdadero lo que estoy diciéndole. Nuestra clase ha existido aquí, en secreto, desde los días más tempranos de la humanidad. Los Shikars son una raza más vieja que la de los humanos. De lejos mucho más vieja. Una vez, vivimos sobre la tierra, pero esos días ya pasaron. —Sus ojos se oscurecieron, como si contemplara algún recuerdo anhelado, alguna memoria olvidada que todavía lo frecuentaba. — Hace tiempo que nos retiramos a este lugar. —se quedó callado.

— ¿Cuántos años tiene? —fue movida para preguntar.

Tryton pareció salir de sus meditaciones internas. Y le dio una sonrisa burlona.

— ¿Cuántos años parezco tener ante sus ojos humanos?

Steffy escogió sus palabras cuidadosamente.

— Parece estar en los treinta y tantos. Muy cerquita, quizás, de los cuarenta y pocos. —se quedó callada por un momento, mientras se preguntaba si debía continuar. Al infierno con él; no era de las que se

mordían la lengua y callaban si algo le interesaba.— Pero no creo que sea joven —agregó por fin ella.

— ¿Por qué piensa eso? —parecía muy interesado en su respuesta y ella notó su ansiedad bajo la profunda mirada que le dirigía.

— Puedo verlo en sus ojos. Es tan viejo como este lugar. —Ella gesticuló hacia el ambiente. — Más viejo. —Ella se estremeció.

— Mi gente le diría que tengo aproximadamente, dos mil años.

Steffy retrocedió ante la idea de tal edad pero incluso comprendió que no era el número quien lo hacía viejo, podía sentir que era mucho más viejo de lo que su edad decía.

— Su gente estaría equivocada. Es más viejo que eso. Y por mucho, creo —Ella estaba segura de ello.

— Y ¿por qué lo cree así? —Él pareció peligroso entonces, su semblante dejó traslucir una actitud de autoprotección bajo una mirada feroz

— Puedo sentir su edad. No sé cómo o por qué. Pero cuando siento de esta manera me inclino para seguir mis instintos. Y ellos raramente me han dirigido mal. Y mis sentimientos, mis instintos, me dicen que es muy.. muy, muy viejo.

— Quizás sus ojos no son tan humanos, después de todos —susurró él suavemente, y la miró más agudamente que antes.

El silencio se estiró entre ellos, se hizo más largo que antes y más... denso.

— Los humanos son una casta extraña y confunden. Parece tener debilidades pero también son fuertes. Una fortaleza que no es muy diferente a la nuestra.

— Me está confundiendo nuevo.

Él pasó su mano a través de su pelo.

— Lo siento. Ha logrado sorprenderme Steffy. Eso es todo. Y no me sorprendo a menudo. —Le envió una extraña mirada, una que no podía interpretar fácilmente. — Soy demasiado viejo ya para ser sorprendido. —Él se rió entre dientes. — Bien entonces. Empezaré desde el principio.

Mientras la voz de Tryton se escuchaba durante el curso de más de una hora, los ojos de Steffy se habrían más y más. Su mente y corazón se acobardaron con las posibilidades de mucho de lo que se revelaba ante ella. Se dio cuenta de que lo que Tryton le decía era la verdad, aunque nunca lo hubiera imaginado. El camino de su vida estaba alterado para siempre. Ya nunca importaría si se sentía aburrida o curiosa o entusiasmada por el resto del curso de su vida Por que ahora estaba aterrada.

* * * * *

Steffy dormitó ligeramente en la silla ante el crepitante fuego. Tryton la había dejado para que pensase en todo lo que le había revelado durante su larga conversación y ella agradecía el descanso. Su mente estaba en un estado de sobrecarga emocional Estaba asustada. Estaba muy cerca de decidir cerrar su mente y su cuerpo. El ambiente desde hacía mucho tiempo había tomado una calidad surrealista que la tenía casi entumecida y aún así no parecía bastante. La música en su cabeza era un desesperado lamento, el sonido expresado por la pérdida de la ignorancia del mundo en el que vivió.

Había monstruos en la noche. Y ellos preferían el sabor de la carne

humana, como la de ella, humanos dotados. Tryton la había golpeado con novedades de las que jamás había sospechado ni reconocido en toda su vida, hechos que ella, todavía, era renuente de aceptar. Estaba emocionada. Psíquicamente shokeada. Más específicamente, ella era una precognitiva, al menos así llamó a su don con el que podía hacer esas pequeñas cosas. Cosas pequeñas, pero contundentes, como cuando vivía como ladrona de coches. Y que ahora tenían sentido acoplándolas con las revelaciones de Tryton.

También le explicó cómo ella había podido conocer cuando iba a morirse su mejor amiga.

Steffy se echó en la silla y buscó el crepúsculo bendito del sueño ligero de nuevo, pero los recuerdos llegaron, revoloteando cruelmente por su mente sin ninguna piedad. Sólo que ahora, los recuerdos eran más aterradores que antes, después de lo que Tryton le había dicho, aunque inconscientemente, que ella había sido la culpable de la muerte de su amiga.

Raine no le había prestado atención cuando Steffy le había advertido que no condujese a través de esa anormal tormenta de nieve. No había habido un pronóstico de nevadas para ese día, y definitivamente ninguno para la ventisca que Steffy supo que soplaría con tanta furia. Pero la tormenta había llegado. Había tomado a todos por sorpresa.... incluso para la propia Raine que la había encontrado cuando estaba cambiando una rueda fuera de la carretera. Su automóvil había salido fuera de la carretera, había rodado hacia un terraplén en un sector boscoso y allí había quedado muerto.

Pero ella no había muerto. No en seguida. Según los equipos de búsqueda, Raine, quien venía manejando, estaba herida. Había vagado en medio de la ventisca, dejando un sendero por casi tres millas*. Ella había sido fuerte, había viajado en la niebla blanca y había tardado mucho para una distancia tan corta. Pero la ventisca había sido brutal e implacable. Había acabado con Raine. El fin le había llegado con el frío del invierno y a ella le dejó el corazón lleno de rencor, donde todavía moraba y siempre estaría.

Steffy se estremeció y se sacudió de nuevo.

Si sólo Raine la hubiese escuchado. Si sólo Steffy hubiera luchado para mantener a su amiga fuera del camino más duramente. Si se hubiera dado cuenta de que lo que temía sería una realidad. Esta era su falta: que Raine había ido, porque ella no se había impuesto lo suficiente ante su amiga. Steffy debería de haber encontrado algo, haber removido cielo y tierra para convencerla de que los eventos que había imaginado se desplegarían ante ellas.

Steffy había llamado a Raine al trabajo, le advirtió que no saliese, que la tormenta se estaba acercando y la alcanzaría antes de que llegara a la casa. Pero Raine se había reído, descuidada como siempre, fastidiándola sobre sus augurios y sentencias. Había prometido tener cuidado al conducir... pero Steffy... Steffy había sabido que una vez que Raine sacó la rueda de su automóvil ya nada detendría al destino que esperaba a su amiga.

Steffy se había parado a ayudarla. Había entrado en la ventisca, sabiendo perfectamente bien que se enfrentaría con la furia de la tormenta, con la única esperanza de intervenir para salvar la vida de su amiga. Pero había fallado. Raine ya había caminado hacia su muerte antes de que Steffy hubiera llegado a la escena. Le había fallado, y había costado la vida de

---

* 48 Km y 28 m.

Raine.

Ella había visto el choque en su mente, como iba a pasar, aunque en ese momento había esperado, estúpidamente, que simplemente fuera su imaginación.

Tryton había puesto las cosas en su justa perspectiva. Tenía un don. Un don verdadero.

La vista del accidente la acompañaría hasta el fin de sus días.

Steffy jamás había vuelto a tener una premoción tan vívida como esa, *¿como lo había llamado Tryton?* Un don.. un regalo, ella no lo quería, Tryton había dicho que estaba bendecida.

Steffy creía que, estaba... maldita. Y ahora se preguntaba si los otros humanos también estaban malditos. Los humanos vivían la vida en ignorancia, mientras nunca supieran o sospecharan que allí en las sombras de la noche moraban monstruos que se alimentaban de ellos como si fuesen ganado. Y de que había salvadores que protegían a los humanos de su destino.

Steffy supo con certeza que estos no eran los monstruos que había pensado. Pero aborrecían a los humanos por su pereza y su codicia. Y, quizás, también un poco por su fragilidad.

Había oído ese aborrecimiento, esa aversión, en la voz de Tryton, aunque él claramente no había sido consciente de su presencia. Lo había escondido profundamente como un secreto vergonzoso, Steffy se dio cuenta de ello. Tryton estaba orgulloso de ser el guía imparcial, el sabio, el padre. Pero le había mostrado, de buena gana o no, que los Shikars despreciaban a los humanos que habían jurado salvar.

Eso no le daba tranquilidad.

Se tomaba a los humanos entre los horrores de la noche y los seres etéreos, casi divinos preferían vivir debajo de la superficie de la Tierra que asociarse con ellos. Y había sido así por eones. Steffy estaba desconsolada y la única manera de enfrentarse con estas revelaciones era dormir un sueño ligero para poder pensar, y llegar a una conclusión que la satisficiera. Una cosa era cierta de todo lo que había aprendido esta noche.

La ignorancia es una bendición.

Capítulo 4

Steffy se despertó lentamente, yendo a la deriva en el sueño que había ganado con gran esfuerzo. Nunca había sido una de esas que se despiertan fácil o rápidamente. El sueño era un manto pesado que a menudo le servía como capullo durante los momentos más oscuros. Como ahora. Y estaba poco dispuesta a abandonar esa protección, tal como estaba. La realidad era a menudo un lugar áspero e inhóspito. Sus pesadas mantas fueron levantadas, luego sus ojos se abrieron. Abrieron, Ojos abiertos….. de pronto estuvo totalmente despierta debido a la sorpresa. Jadeó.

Cinder estaba sentado en la silla en frente de ella, mirándola con profundos e insondables ojos.

— Estás despierta.

— Me has asustado infernalmente —lo acusó con ceño gruñón.

— Me gusta mirarte mientras duermes. Cuando tu boca no derrama veneno, tu cara se relaja y parece casi —hizo una pausa y pareció buscar la palabra— exótica. Etérea. Hermosa.

Sus palabras hicieron sonar campanas de advertencia en su mente y se movió nerviosamente, sentada todo lo derecha que le permitía la silla que le había servido como cama durante las pocas horas pasadas. No pudo encontrar sus ojos o el calor que ardía dentro de sus profundidades. Después de la noche que había pasado, no estaba lo suficientemente lista para eso.

— ¿Qué hora es?

— Es por la mañana temprano. El alba ha enviado sus rayos a través del horizonte de tu ciudad, trayendo las batallas de la noche a su final. Al menos en esta parte del mundo.

— Tryton dijo que no podías salir al sol, que la mayor parte de los Shikars obtendrían horribles quemaduras si lo hiciesen. ¿Significa que estoy atada aquí hasta esta noche? —La verdadera pregunta que quería que fuese contestada fue dejada sin palabras, flotando en el aire.

¿Le permitirían dejar este lugar… alguna vez?

— Tryton te ha hablado mucho acerca de nuestra gente. —No había sido dicho como una pregunta. Sonó cercano a la desaprobación del hecho.

— No me dijo nada que pudiese poner en peligro a tu gente, si eso es que lo que te ha puesto tan irritable. Y además, de cualquier forma, nadie me creería si repitiera todo lo que he aprendido.

— Que confianza en ti misma tienes como para decir eso. Cuando sólo hace unas horas estabas llena de bravatas y de mala actitud. ¿Tienes miedo de que lo que yo podría hacerte, ahora que sabes tanto? ¿Es por eso que ahora estás tan cautelosa y tranquila?

— ¿Temes que una humilde *humana* pueda sacar la verdad de los de tu raza a la luz en nuestro mundo? —Contestó ella. — ¿Tendría alguna clase de impacto sobre tu existencia si alguien lo hiciera?

Cinder sonrió, y esto prestó a su cara una cualidad infantil que lo hizo tan atractivo para Steffy que su corazón comenzó a tamborilear en un ritmo nuevo, haciéndola sentirse un tanto aturdida y no sólo ansiosa. Pero su sonrisa desapareció tan rápidamente como había aparecido. Cinder, iba aprendiendo, podía parecer feroz y peligroso, o completamente cándido y

amistoso. Era una experiencia singular, inquietante, ver el animado juego ir de un extremo a otro en su hermosa cara. Era un hombre de las profundidades insondables que podría estar muerto... no importando el humor con el cual estaba.

— No deberías haberme seguido, Stefany.

— Si hubiese sabido lo que iba a pasar, no lo habría hecho —admitió ella.

— Entonces si adivino tu pregunta ahora sería. ¿Dónde y cuándo te irás de aquí, eh?,

— ¿Me permitirán dejar este lugar? ¿Indemne? —Las palabras se sentía como plomo en su boca.

— No sé lo que Tryton planea para ti ahora. Sabes demasiado sobre nosotros, creo, como para sólo dejarte ir.

— Gracias por la confianza.

— ¿Me harías mentir?

— No —asintió ella.

— Hay mucho en juego aquí, algo mucho más grande que tú o yo. Dejar que te vayas ahora es un riesgo. Todos sabemos que es un riesgo. ¿Cómo podríamos confiar en ti?

— Lo que quieres decir es, ¿cómo podríais confiar vosotros en *una humana*?

— Sí. En nuestra experiencia parece ser que los humanos no son la más adecuados manteniendo secretos bien guardados y pueden ser peligrosos en grandes cantidades. Podrías provocar un motín contra nosotros si así lo escogieras, de lo cual no tengo la menor duda después de ver la forma en que la muchedumbre en el club te respondió. Podrías exponernos, poniendo en peligro a los de nuestra clase, así como a los tuyos, si lo hicieras. Tú eres un riesgo y no uno pequeño.

— Pero no quiero ser un riesgo, ¿Acaso no lo ves? Mantendría el secreto de los Shikars y de este lugar siempre. No tienes nada que temer de mí.

Cinder se echó hacia adelante en su silla, mientras la estudiaba. El aire alrededor de su cuerpo pareció brillar, como las ondas de calor que cocinan el asfalto caliente bajo el sol, y recordaron a Steffy el poder que este hombre manejaba. Él podía quemar cosas, prenderles fuego en llamas, simplemente tocándolas. Probablemente podía matarla con un solo toque.

Apretó su mandíbula controlando un gemido de miedo. No era ninguna cobarde, se recordó. Él podía ser fuerte y podía poseer un poder elemental que podía convertirla en ceniza si decidiera usarlo, pero ella era astura y rápida. Si esto fuera a suceder, se sentía confiada de que al menos podría correr más rápido o superarlo estratégicamente el tiempo suficiente como para ponerse a salvo.

Pero mientras tanto rezaba para que no ocurriera tal cosa entre ellos.

— No importan tus juramentos, estabas en el lugar y momento equivocados, y Tryton será el único que decida tu destino. Pero por ahora, puedo darte la seguridad que no se te hará ningún daño.

— ¿De modo que me prometes que si tuvieses que matarme lo harás de una forma en que no sufra?

Cinder rió de repente y la luz de la lumbre, la cual ardía tan intensamente ahora como si estuviese en medio de la noche, destelló en la alegría de sus ojos.

— ¿Crees que somos tan despiadados como para matarte y de ese modo mantenerte en silencio? No. Nosotros no estamos carentes de piedad. No sé cuál será tu destino, pero sé que no es la muerte. Yo no lo permitiría. —Sus ojos cambiaron y ardieron en ella una vez más.

— ¿*Tú* no lo permitirías?

—Yo veo el fuego de la vida que arde dentro de ti. Me maravillo de su resplandor mientras me pregunto cómo tal llama pudo ser capturada en una frágil forma humana. Su luz no se desvanecerá debido a la muerte a nuestras manos. No podría aprobar tal pérdida.

Steffy sintió un pequeño alivio gracias a aquellas palabras.

— ¿Entonces qué voy a hacer…por ahora?

— ¿Quieres darte un baño? La pintura sobre tu cara debe ser incómoda después de tantas horas y pruebas.

No pudo impedir poner sus ojos en blanco debido a la exasperación.

— ¿Las mujeres Shikar no usan maquillaje? Pareces lo bastante obsesionado para comentar el mío.

— Es una cosa extraña, la pintura en tu cara. El maquillaje —él se enmendó, usando las palabras como si fuesen ajenas a su lengua, y probablemente lo fueran, imaginó ella.— He visto a muchas mujeres humanas —la forma aterciopelada en que lo dijo hizo que Steffy fuera consciente de que había hecho más que sólo *mirarlas*— y algunas usan maquillaje, pero no uno tan espeso. O con tal aptitud para lo dramático.

Ella lo dejó pasar.

— Me gustarían tomar un baño, sí.

— Sígueme entonces.

Cinder se paró en toda su altitud. Steffy había olvidado cuán pequeña la hacía sentirse, cuán frágil. Odiaba esa sensación, pero apretó los dientes y se unió a él mientras caminaba desde su habitación. Sus piernas eran largas y musculosas bajo los pantalones de cuero apretados que él llevaba y gracias a ellas recorrió la distancia rápidamente. Steffy estaba muy presionada como para no trotar para mantenerse a su lado, ella, que supuestamente tenía piernas largas.

Fue, no con poca sorpresa, que Steffy se encontró a sí misma siguiendo a Cinder al primer cuarto al que la habían llevado la tarde anterior. El cuarto de hierro y piedra. Ella lo siguió por la puerta con el ceño fruncido. La condujo a través de los cuartos hacia lo que ella asumió era el cuarto de baño, donde una gran bañera esperaba.

Los adornos estaban extrañamente organizados, pero los movimientos de Cinder le revelaron su objetivo. Pronto la bañera estuvo llenándose de agua echando vapor y los ojos de Cinder quemaban los suyos una vez más.

— Traeré algunas toallas para ti. —Su voz se había puesto ronca.

— Bien. —La suya estaba apenas por encima de un susurro.

Él se fue no más que un breve momento. Volvió con dos mullidas toallas y una bata grande, masculina. Las puso en el suelo, al lado de la bañera, y se puso a distancia con una enigmática mirada en la cara.

— Hay jabón para ti en el borde, ahí. Estaré en el dormitorio, más allá de la puerta, por si necesitas algo más.

¿Más allá de la puerta? Eso no le proporcionó ninguna comodidad. De hecho la hizo sentirse más que un poco amenazada. Cinder se retiró, sin abandonar nunca sus ojos de los de ella, hasta que estuvo de pie fuera de la puerta. Steffy avanzó y firmemente cerró la puerta en su cara.

Ella se estremeció de algo alarmantemente cerca de la…anticipación.

Menudo día había resultado ser este.

Dando un suspiro, fue a tomar su baño.

* * * * *

Tryton le había asignado un apartamento privado, pero Cinder la quería en sus dominios. Aquí ella estaría bajo su poder. Completamente a su merced, completamente a su cuidado. No tuvo la osadía de pensar acerca de por qué aquella idea lo emocionaba de esa manera.

Ella estaba en su casa. En *su* cuarto de baño. Desnuda y en el agua que llenaba *su* bañera. Usaría su jabón, estaría cubierta con su olor. El pensamiento hizo que su verga se alargara y se pusiera pesada, muy pesada, en sus pantalones. Él había estado más duro que una roca mientras la miraba dormir, pero milagrosamente ahora estaba más duro aún. Necesitaba alivio, y pronto, o terminaría por violarla.

Se tocó a sí mismo a través del pantalón. Se sentía bien, aquella presión, incluso si era de su propia mano. Presionó su oído contra la puerta metálica que lo separaba del objeto de su obsesión. Por una vez deseó poder tolerar la madera en sus habitaciones, de esa forma habría sido capaz de oírla mejor a través de la madera que a través del hierro. Pero la madera tenía una tendencia a encenderse en su presencia si no era cuidadoso. El único lugar en el que podía relajarse totalmente era aquí en su casa, debido a la ausencia de sustancias inflamables. De lo cual estaba agradecido, aunque su sentido de oído era excepcional.

Oyó el débil chapoteo del agua mientras Stefany se lavaba.

Abrió sus pantalones, permitiendo a su erección saltar libre en su mano. Lo que estaba a punto de hacer le hacía sentir una pequeña cuota de disgusto, pero la emoción, sí, hasta el peligro de ser descubierto por la mujer con la que fantaseaba, era un afrodisíaco demasiado intenso como para luchar contra él. Era desvergonzado, hasta él lo admitiría, y se sentía tan bien dejar que su control resbalara de esa forma. Se recostó, con la oreja en la puerta, y extendió sus piernas más cómodamente.

Acariciando su verga desde la base a la punta, se estremeció. Tenía que quitar ese borde de lujuria y rápidamente, o si no, podría intentar unirse a ella en el baño. Sonrió con aquel pensamiento, tenía un destello salvaje, y se imaginó su reacción a tal visita. Sin duda ella gritaría, o se desmayaría. Su miembro pulsaba, su sangre fluía como un río fundido por sus venas y su sonrisa desapareció. No podía recordar si alguna vez se había sentido tan cerca de perder el control de sí mismo y de sus emociones. *Y ella* era la culpable.

Cuando la había visto por primera vez corriendo a través del campo de batalla la noche anterior, su corazón había dejado de latir durante un doloroso momento de puro pánico. Nunca había luchado con tal ferocidad como lo hizo en ese momento, para poder llegar a su lado.

Había hecho arder por su camino a tres Demonios para lograr llegar a ella… pero aún así, habría sido demasiado tarde para salvarla si no hubiese sido por el Viajero. Odiaba saber cuán cerca de la muerte ella había estado.

Habría querido gritarle por haber sido tan descuidada como para seguirlo. Había querido estrangularla por hacerle sentir tal enormidad de miedo. Había querido follarla hasta dejarla tonta por haber sido tan estúpidamente valiente.

Aún quería follarla.

Escuchó el sonido de más agua derramándose en la bañera. Cinder mordió su labio mientras gemía y bombeaba su ampulosa longitud con un ritmo más estable. Frotó su mano contra su pecho, imaginando que era la mano de ella la que hacía la caricia, y arqueó las caderas contra su mano. Tembló. Su piel se sentía como si estuviera en llamas debido a la fuerza de su necesidad. Estaba cercano a estarlo. Su fuego estaba así de cerca de la superficie, listo para saltar, listo para quemar. Pero lo mantuvo en un puño, mientras comenzaba a mecer sus caderas con cuidado cuando el control sobre su excitación resbaló en un peligroso declive.

Se sentía tan bien al acariciarse mientras pensamientos e imágenes del cuerpo mojado, deslizadizo y desnudo de Stefany danzaban en su imaginación. Se sentiría aún mejor si fuera su cuerpo mojado, desnudo lo que lo acariciaba en vez de sus manos. Su piel zumbó y ardió. Dejó escapar un grito, acariciando su verga, masajeando sus pelotas mientras éstas se apretaban contra su cuerpo en la preparación para la liberación.

Más allá de la puerta, Stefany suspiró de placer en el baño. Cinder de forma extravagante se imaginó que ella suspiraba de placer sentada a horcajadas sobre él y montando su cuerpo.

Ahogó un gemido. Exprimió su verga en un apretón casi doloroso, sintiendo el pulso de su sangre que convertía su carne en duro mármol, y ondulaba sus caderas. Una caricia. Dos. Tres

Se corrió con una inundación en su mano. La lubricación adicional de su semilla le envió volando con una mayor intensidad mientras continuaba exprimiendo y acariciando su sexo. En su mente la humedad de su liberación se hizo la humedad de ella, y fue incapaz de contener el gemido que emitió ante tan erótica visión.

Se dejó caer con un ruido sordo contra la puerta que se abrió detrás de él y quedó mirando hacia arriba, perplejo, la cara de una muy húmeda y chorreante Stefany, envuelta sólo en su bata. Su verga pulsó una vez más en su mano debido a la visión, enviando otra inundación de semen caliente a su mano. Una de las cejas de Stefany, aún más hermosas para él ahora que estaban limpias de todo maquillaje, se elevó con ironía.

—Creo que ahora eres tú el que necesita un baño.

Capítulo 5

Stefany no sabía qué pensar mientras Cinder se deslizaba al piso en frente de ella. No sabía qué decir. Lo que él estaba haciendo era bastante obvio cuando lo escuchó desde el baño, masturbándose mientras oía los ruidos que ella había hecho mientras también ella se masturbaba en el agua. Esto debería haberle parecido una cosa pervertida… si no la hubiese afectado tanto. El saber que él estaba tan afectado por ella como para espiarla de esa manera, la hizo sentirse poderosa de repente. Más poderosa y más femenina que lo que alguna vez se había sentido.

Su lengua estaba hecha un lío mientras él la miraba fijamente con sus enormes y magníficos ojos Shikar. De modo que ella echó mano a la ligereza, algo que la había servido bien, y mal durante tantos años.

— Creo que eres tú el que necesita un baño ahora.

Ella vio la crema blanca de su semen desbordando su mano; vio el impresionante y casi alarmante tamaño de la verga que había dejado libre. Le tomó cada onza de voluntad que poseía no ruborizarse con la visión. Su cara, relajada después de su liberación, la miraba hacia arriba atentamente. Había una peligrosa luz creciendo en sus ojos. Una que envió a través de su espina unos fríos y agradables temblores. Era una mirada de lujuria. De sexo crudo. De deseo.

En un esfuerzo por distanciarse, tanto física como mentalmente de aquella luz en sus ojos, dio un paso y se adelantó. Demasiado tarde, comprendió que haciendo esto le había dado una clara vista de la caída de la bata que traía puesta, una vista que sin duda era la razón de su rápido y audible esfuerzo por respirar. Maldición. No era sorprendente que hubiese sido tan descuidada. Su cerebro era un charco de fango en ese momento. No pensaba claramente en absoluto, de hecho, estaba funcionando con el piloto automático.

Steffy se encaminó al cuarto principal de la vivienda, dándole la espalda a Cinder en un esfuerzo para estabilizar sus sacudidos nervios. Fue un error darle la espalda. No lo vio moverse, no sintió su llegada.

Steffy chilló cuando fue levantada por la espalda, dada vuelta, y luego apretada de golpe contra una pared. No brutalmente, puesto que no le había causado ningún dolor, sino de una forma suavemente ruda, en todo caso. Cinder presionó su longitud contra ella, encajando su erección todavía expuesta en la abertura entre sus muslos con presión suficiente como para levantarla del suelo. Sus manos cubiertas de semen agarraron sus fuertes brazos y su jadeante aliento llenó su oído cuando él recostó su cara contra la parte superior de su cabeza.

Un enorme calor emanaba de él en ondas. Si él hubiese estado un poco más caliente habría chamuscado su traje. Steffy se congeló en su abrazo, no queriendo provocar sus pasiones aún más lejos, y esperado ver que sucedería después. El único sonido entre ellos era el de su áspera respiración.

— Te deseo —murmuró Cinder en un tono aparentemente apacible en su oído.

— Lo sé —atestiguó ella, no sabiendo que más agregar.

Él se echó hacia atrás, lo suficiente para encontrar la mirada fija de ella con la suya.

— ¿Me tendrías?

— No te conozco —logró decir ella.

— Tu cuerpo me conocería. Quiere conocerme.

El deseo se arremolinó en la parte baja de su vientre al sonido, la sensación de sus palabras. A su timbre aterciopelado. Tembló contra él.

— Mi mente no es tan débil como mi cuerpo. — ¿esa era su voz, tan ronca y atractiva aún mientras temblaba de nervios?

— ¿Es esto debilidad? ¿Esta tormenta que nos hace temblar, nos hace empujar el uno contra el otro en busca de una cercanía más profunda? —Su voz era casi un susurro, su boca moviéndose inexorablemente más cerca de la suya con cada palabra que era pronunciada.— Mi sangre palpita. Mis músculos están tensos. Pero no creo que esto sea debilidad. Creo que es poder. Poder en su forma más cruda, más pura.

Él se inclinó para besarla, pero en el último momento ella alejó su cara. Él hizo una pausa con su boca apenas rozando el costado de su mejilla. Esto la hizo arder.

— Llámalo como quieras. No hace una hora tú te dirigías a mí como si fuera una niña, condescendiente conmigo porque soy una humana, no una Shikar. No hace una hora que hablábamos de lo que podría o no podría sucederme debido a la enorme diferencia entre nosotros. Dices que soy una amenaza a vuestra preciosa causa, a tu gente. Y aún así me deseas. Bien yo no te deseo. — ¿Había alguna vez cruzado sus labios una mentira más grande?

— ¿Te negarías? ¿Nos negarías a ambos ese placer? —Su voz era un gruñido. — ¿Negar esto? —Sus caderas se empujaron contra ella, enterrando el duro borde de su sexo brutalmente en ella. Ráfagas de calor iban desde él hacia ella. Él parecía un horno mientras su ira se elevaba en una cortina neblinosa entre ellos.

Ella giró su cara de vuelta hacia él, sus labios rozándolo con toda la suavidad de las alas de una mariposa.

— Te estoy negando. Realmente lo hago. —Ella sostuvo su mirada fija tan firmemente como pudo, manteniéndola, hasta que comenzó a temer la incomodidad del calor creciente que los cubría.

Sus dientes ardían blancos, apretados en una sonrisa burlona, que no era una sonrisa burlona, sino más parecida a una mirada lasciva y provocativa.

— Te tomaré de todos modos. Y me agradecerás por ello más tarde.

Él aprovechó el choque que le ocasionó con sus palabras. Sus labios se cayeron sobre los de ella con el peso de una montaña, y su bravata fue aplastada bajo ello. Perdiendo todo el orgullo, ella golpeó sus brazos, empujándolos contra él, girando su cabeza para ponerla a distancia de su beso aunque éste fuera ineludible. Sus brazos se cerraron alrededor de ella, aplastándola contra él aún más fuerte que antes. La levantó del suelo y ella aprovechó la oportunidad de dar patadas en sus espinillas mientras luchaba.

Él simplemente se insinuó completamente entre sus piernas, presionando la espalda de ella contra la pared, y con eficacia inutilizó su ataque. Pero ella era feroz y no sería sometida tan fácilmente. Sí, lo deseaba, o al menos su cuerpo lo hacía. Su sexo se hinchó y lloró su deseo de él. Sí, lo encontraba

atractivo, intrigante y deliciosamente masculino. Pero no estaba lista para esto.

¿Lo estaba?

Steffy elevó sus manos, poniendo las puntas de sus pulgares sobre su tráquea… y presionó alarmantemente contra ella.

Cinder se quedó quieto. Se echó hacia atrás, su aliento caliente contra su boca, que estaba húmeda y sensible debido a su beso.

— Me deseas —gruñó.

Ella apretó más fuerte, enterrando sus dedos brutalmente en su carne.

Él la liberó. Pero no se retiró. Se quedó allí, su cuerpo embutido en el de ella. Ambos jadeaban pesadamente, buscando aliento, cada uno inestable e inseguro del otro y de lo que vendría después.

— *Scheiße.* Nunca vuelvas a hacer eso.

Cinder la miró fijamente, quieto y evaluándola, durante un largo momento. Sus ojos eran como llamas gemelas de naranja ardiendo en su cara, y el aire resplandecía en torno a ellos, lo cual era la prueba visual del calor que rugía entre ambos como el fuelle de un horno.

Lo que fuera que vio en su cara, debió haberle hecho replanear su estrategia.

— Tienes razón. —Él tomó distancia, despacio, como si fuera un animal salvaje cuyo próximo movimiento pudiese ser un peligro. — Fue equivocado de mi parte presionarte así. Pero me sorprendiste en un momento de debilidad, tenías razón al llamarlo debilidad. Sabes que te deseo. Sé que podías sentirlo desde el principio. Pero no deseo esto. Yo te tendría en la suavidad y en la pasión, no por la fuerza o la lujuria animal. Lo lamento.

Steffy intentó detener las sacudidas de sus manos, pasándolas por su pelo todavía mojado en un esfuerzo por ocultar su inestabilidad de su conocedora mirada.

— No me tendrás en absoluto.

Él sonrió, una pequeña mirada enigmática que la advirtió de la locura de sus palabras, las que él sólo podría ver como un desafío.

— Te tendré. Y te gustará. Gritarás por el placer que te daré y rogarás por más cuando yo esté… muchas, *muchas* horas más tarde.

— Tienes el ego de un dios o el del diablo. Pero no eres ninguno de ambos. Eres sólo un Shikar. —Ella bufó la palabra con todo el veneno que sabía que un Shikar habría impreso en la palabra *humano*. — No caeré a tus pies en un desmayo por la necesidad de tus afectos. Tengo mucho más orgullo que eso.

La risa de él permaneció y el cabello al dorso de su nuca se elevó en respuesta a ello.

—Delante de la destrucción va el orgullo[♥] —citó él alegremente. — Te rendirás. Y ah, qué rendición será esa. Mi aliento podría detenerse de sólo pensarlo.

— Déjalo detenerse. De hecho, ¿por qué no retienes tu aliento en anticipación? Hazlo, vamos, hazlo, *por favor hazlo* —siseó ella entre dientes debido a la prisa.

[♥] Proverbios, 16:18

Él sólo se rió en silencio, y el sonido hizo eco detrás de él mientras se giraba y se dirigía hacia el cuarto de baño sin duda para limpiarse después de su explosiva liberación.

— Si deseas mantener los últimos retazos de tu modestia, tendrás que vestirte en consecuencia para ir a la cama.

Steffy le hizo muecas mientras se iba, pero su valentía desapareció con sus siguientes palabras.

— Ya que pienso unirme a ti allí mientras dormimos.

* * * * *

Ella llevó sus botas puestas a la cama.

— Muévete, tú, piojo. Y mantén esa almohada entre nosotros o juro que voy a hacerte alguna herida seria.

Cinder se rió en silencio y colocó su longitud aún más cerca, rozando sus piernas con las suyas mientras se acercaba. Steffy dio patadas hacia atrás, conectando el grueso tacón de su bota con su espinilla, y esperó que él sufriera al menos un pequeño dolor por ello. Él simplemente se rió más fuerte y se movió contra su espalda de tal modo que la almohada que los separaba parecía prácticamente inexistente. Steffy sintió que sus mejillas se acaloraban con el rubor, pero no dijo nada más, sospechaba que sólo serviría para divertirlo.

Los edredones que Cinder había encontrado para ella, él le había dicho con una sonrisa maliciosa que nunca había necesitado el calor adicional de ropas de cama antes, comenzaron a sofocarla, totalmente vestida como estaba. Tomó cada onza de la voluntad que poseía el impedirse dar patadas para echar hacia atrás las cubiertas. Esto era culpa de él; ella no le daría la satisfacción de decirle te lo dije. El hombre emitía calor mejor que una chimenea. La almohada que presionaba su espalda estaba ardiendo con el calor de su cuerpo y hacía que su propia ropa se adhiriese a su transpirada piel.

Maldito fuera. Dio patadas para liberarse de las cubiertas. Hacía demasiado calor como para quedarse bajo ellas. Steffy soltó un ruidoso suspiro y se recostó contra el exquisitamente cómodo colchón, intentando, pero fallando encontrar un centro de calma. ¿Cómo podría encontrar calma? Había un hombre depredador yaciendo a su lado, ostensible en su interés sexual hacia su persona, sólo esperando para que ella mostrara alguna debilidad, que le daría una ventaja táctica en el proceso de seducirla. Calma era la última cosa que sentía en este momento.

— Deja de moverte. Necesitas dormir. —Su voz era un apacible toque de terciopelo en el contorno de su oído.

Steffy lo empujó para distanciarlo y se acercó más hacia el borde del colchón. Suspiró profundamente otra vez.

— Si no dejas de suspirar así, te daré una razón para suspirar tan fuerte. Una más agradable que la mera agitación.

— Cállate.

— Oblígame.

— Ya te gustaría.

— Tú sabes… toda esa seda negra y brillante que llevas puesta me da más malas ideas. ¿Cómo te sientes respecto a los azotes y demandas y ungüentos sedosos, deslizantes, amor?

Steffy gruñó y tiró de la mano de broma que acariciaba su cadera cubierta de PVC.

— ¿Podrías solamente y por favor dejarme sola? ¡Te dije que No y eso quise decir!

— Tú solo me torturas. —Gimió él dramáticamente. — bromeando conmigo.

— Mira, tú eres el que rechazó dejarme dormir en otro cuarto. Si estás siendo torturado o embromado es por tu maldita culpa. Ahora *por favor* déjame intentar y conseguir algún tipo sueño.

— Debe ser duro, vivir una vida sin sentido del humor.

— ¿Estás completamente loco? No hace ni media hora estabas tan serio como el Papa en la Navidad y ahora actúas como si *yo* fuera la que necesita que le aligeren la vida.

— Hace media hora yo estaba duro como el mármol con necesidad de ti. Ahora estoy sólo la mitad de duro. Es más fácil ser atolondrado cuando no estoy tan recio.

— ¡Cielos! Suenas como algún arcaico señor feudal un minuto y un gigoló del siglo veintiuno a la siguiente ¿Qué pasa contigo?

— ¿Qué puedo decir? Soy un hombre de muchas facetas. Tal como tú eres una mujer de muchas facetas. —Su voz se puso seria, la calidad bromista de ella haciéndose más profunda y acercándose a un timbre decididamente peligroso. — ¿Por qué me seguiste esta noche?

— Pensé que eras parte de una pandilla o algo así. Estabas despierto muy tarde.

— ¿Siempre sigues a rufianes, sólo para ver por qué ellos están levantados a altas horas de la noche?

— Sentí curiosidad, eso es todo.

— Curiosidad sobre mí.

— Y tú amigo. —Steffy se sentó en de la cama, abrazando sus rodillas con ferocidad contra su pecho mientras intentaba verle la oscuridad. — Me golpeaste mientras… de modo muy singular. Quise saber a qué te habías levantado.

— ¿Cómo te golpeamos de modo tan singular, exactamente? ¿Parecíamos un tanto diferentes del resto de la gente en tu club? ¿De la forma en que hablábamos o vestíamos? ¿Fueron nuestros ojos? Cady me aseguró que tu gente asumiría que llevábamos lentes de contacto.

Steffy pensó un momento, escogiendo sus palabras con cuidado.

— No creo que fuera alguna cosa en ti. Yo sólo tuve algún tipo de intuición de que había algo extraño acerca de ti. Sabía, que probablemente, sería muy estúpido seguirte pero… Me sentí compelida a hacerlo de todos modos.

Él estuvo silencioso durante un largo rato, mirándola fijamente con sus extraños ojos, encendidos. Por fin pareció encontrar todo lo que fuera que buscase tan atentamente en su cara. Se recostó contra el colchón.

— Duerme un poco —fueron sus roncas palabras.

— ¿Qué estás pensando?

Él se rió misteriosamente.

— No quieres saberlo. Sólo descansa. Tendremos mucho tiempo para conversar esta noche cuando nos levantemos.

Steffy estuvo sentada en silencio durante unos largos momentos.

— ¿Cinder? ¿Todavía estás despierto?

— Sí.

— Esta guerra entre Shlikar y Demonios… es algo realmente malo. ¿Verdad?

— Sí. Hemos estado luchando con ellos durante siglos, pero las batallas eran meras escaramuzas y sólo pasaban en las Puertas, que están de pie entre nuestros mundos. Pero ahora… ahora los Demonios están por todas partes. En las Puertas, en los Territorios, en muchas dimensiones que los Viajeros frecuentan. Donde antes esto era una batalla encubierta ahora es una guerra declarada entre nosotros.

— Tryton dice que siguen haciéndose más fuertes. ¿Qué significa eso… para todos nosotros?

— No lo sabemos aún. Es cierto que las Hordas crecen en fuerza y número pero no hemos perdido el control de la situación aún. Todavía ganamos la lucha contra ellos.

— ¿Qué es lo que quieren?

La respuesta de Cinder tardó en venir.

— Muerte. Oscuridad. Caos. Es el acto de pura destrucción el que parece conducirlos. Sufren por lo que son y entonces desean que todas las cosas sufran como ellos lo hacen.

Steffy se echó hacia atrás, cuidadosamente para mantener la almohada entre ellos, por más pequeña que la barrera fuera. Pasó mucho tiempo antes de que se durmiera, antes de que la música en su mente se calmara y se silenciara. Pero por fin, cedió ante la llamada del sueño, perdiéndose en sueños que benditamente no tenían ningún recuerdo, tiempo o lugar.

Cinder yació sin poder dormir durante muchas horas, escuchando su respiración. Era casi el ocaso cuando Tryton lo convocó para una reunión y él apenas había dormido algo. Steffy todavía soñaba profundamente cuando la dejó. Apenas sintió el beso suave que le dio sobre la frente cuando se levantó.

* * * * *

— Sé lo que estás haciendo. No me gusta ni un poquito.

— ¿Qué quieres decir? —Las palabras eran una suave seda, un desafío.

— No te conozco tan bien como lo hacen Obsidian o el Viajero. Pero conozco bastante de tus modos para adivinar hacia dónde esto podría estar yendo. Tienes algo planeado para Stefany. No puedes permitir al Viajero que limpie su memoria, si de verdad él pudiera hacer eso así como tú proclamas, porque tienes algún otro trabajo para ella. Por sus capacidades psíquicas, por pequeñas que ellas sean. ¿O no?

Tryton suspiró.

— ¿No puedes confiar en mí lo suficiente para hacer aquello que esté bien para la mujer?

— Sé que tienes al menos un poco de delicadeza para con los humanos. Que quieras a Cady como una hija es tu crédito. Pero Stefany no es Cady. Tu

delicadeza no se extenderá a ella, ¿cómo podría hacerlo? Ella no es un guerrero.

— Ya sé eso.

— ¿Qué has estado planeando para ella? —exigió Cinder.

— ¿Qué importancia tiene para ti lo que sea que yo haga? ¿Lo qué planeo? —palabras ásperas que tenían la intención de picar, castigar.

— Eres el Mayor y te respeto por eso. Lo hago. Yo daría mi vida por la tuya, lo sabes. Pero Stefany es…

—Ella es especial para ti. —Tryton suspiró fatigosamente.— Esto ya ha comenzado.

— Es una frágil humana. Es debido a mí que está implicada con nosotros ahora. Nunca me habría seguido anoche si yo no hubiera hablado con ella en el club. Desperté su intuición por ponerme en contacto con ella. Soy responsable de su seguridad. No la pondré en ningún peligro.

— Ya está en peligro —explotó Tryton. Su voz hizo eco en las paredes de piedra que los rodeaban.

Cinder tomó aliento profundamente para calmarse. El pensamiento de Stefany en peligro no lo ponía bien por motivos a los cuales no quería explorar demasiado profundamente.

— ¿De nosotros? Pero eso es fácilmente rectificable. ¿Por qué no simplemente la dejamos ir? No compartirá con nadie las cosas que ha visto, estoy seguro de ello.

—Está más allá de nosotros ahora, mi joven amigo. Hay fuerzas trabajando aquí que ni siquiera yo entiendo. Los Demonios son conscientes de ella ahora, de su lazo con nosotros, aun cuando tan reciente sea éste. Vendrán por ella con toda la rabia de los de su clase y la matarán.

— Mantenla aquí con nosotros entonces. —Cinder escupió las palabras, con el miedo cubriendo su corazón. Miedo por ella. Por si mismo. Por el mundo. Los Demonios se hacían demasiado fuertes, demasiado rápidamente. Ninguno de ellos sabía por qué o como, pero lo hacían, esa era la horrible verdad.

— Ella es una humana. Y, como has dicho, no es ningún guerrero. Tan a diferencia de Cady que no tiene un verdadero lugar aquí, no aún. Y dudo seriamente que ella de buen grado se mantenga aquí y deje su vida en el mundo humano.

— ¿La dejarías ir entonces? ¿Hacia el peligro, hacia la muerte, sin el recuerdo de cómo podría protegerse? Hemos jurado proteger a la gente. Jurado mantenerlos seguros. Stefany no es ninguna excepción por el simple hecho de que haya visto demasiado.

— No somos guardaespaldas personales. No puedo dedicarme a la protección de un humano particular, cuando hay tantos en riesgo que no tienen el ojo de la Horda fijo tan atentamente sobre ellos.

— ¡No puedo creer esto!

— ¿Qué me harías hacer, Cinder? Preguntaré a Stefany si desea quedarse, desde luego que lo voy a hacer, pero tienes que saber que no le obligaré a quedarse. Le diré los riesgos, le contaré un poco de a lo que podría enfrentarse si se marcha de aquí. ¿Pero con qué propósito? Ella es humana. Escogerá su propio camino y ni tú ni yo podemos invalidar su decisión.

— Sabes que escogerá su vida en la superficie.

— Sí. He aprendido bastante bien de mi tiempo con Cady que los humanos a menudo se inclinan a ser obstinados.

Cinder paseaba furiosamente en frente de Tryton, quien lo miraba con sus antiguos ojos conocedores. Por fin él pareció llegar a una decisión.

— Si se va me iré con ella. La metí en esto. La mantendré a salvo.

— Pensé que podrías decir eso.

— Esto no es negociable. No intentes influir sobre mí.

— Eres parte del equipo de Obsidian. ¿Los abandonarías?

— Lucharé con ellos cuando tengan necesidad de mí. El Viajero puede recuperarme bastante fácilmente para hacerlo. Cady es un buen Incinerador. Uno de los mejores. El equipo de Obsidian no necesitará mis habilidades tan a menudo, seguramente.

—Pero si está oscuro en la parte del mundo donde Steffy esté, durante esas peleas dejarías tu carga humana sin protección al unirte a tu equipo.

— ¿Qué quieres que diga, Mayor? ¿Que sólo abandone a Stefany a su destino y quedarme así? ¡Soy culpable! Es debido a mí que está en peligro después de todo.

— Ella es dotada. Estaría en algún peligro debido e eso independientemente de lo que hayas hecho. Pero tienes razón. Conoces el costo de involucrarte con humanos. Sabes que recientemente, en casos raros, los Demonios han sentido a aquellos que hemos tocado, y ya que Steffy es psíquica sería como entregársela, el alimento perfecto para sus infinitos apetitos, y no es mucho lo que puede ser hecho para salvarla.

— La salvaré. La protegeré como mejor pueda. Es mejor que nada, que es lo que tú le darías. Pensé que tenías proyectos para ella, como lo hiciste por Cady, pero solamente la enviarás de vuelta. Es algo negligente, Mayor.

— Mis proyectos no son de tu incumbencia, joven —dijo Tryton advirtiéndole. — ¿Qué hay acerca de tus días, qué hay de la luz del sol? No puedes viajar entre aquí y la superficie por ti mismo y no puedo hacer que el Viajero haga viajes especiales sólo para ti. ¿Estarías dispuesto a dejar tu vida aquí para proteger la de ella? Podrían pasar años antes de que tu protección ya no fuera necesitada por ella. Bien podría pensarse en su vida completa.

Cinder apretó los dientes.

— Si Stefany no se mantuviera aquí con nosotros hasta que sea seguro para ella volver a casa, entonces me quedaré con ella hasta que yo ya no sea necesario. Me ocultaré del sol como mejor pueda. Encontraré una manera.

— Entonces hazlo. Has hecho tu elección.

Cinder ofreció una rígida reverencia a su líder y abandonó el cuarto. No miró hacia atrás, tampoco sus hombros cayeron bajo el peso de su nueva carga. Él no logró ver la maliciosa sonrisa que se extendió a través de la hermosa y eternamente joven cara de Tryton.

Una sonrisa que, de haberla visto, habría hecho a Cinder replantearse seriamente el objetivo de su reunión y las maquinaciones de Tryton en torno a Steffy y a él.

Capítulo 6

La presión de sus labios acalorados junto a los suyos la despertó. Su primer aliento al despertar, vino de su boca a la suya. Supo a masculinidad salvaje y potente. Estuvo tan caliente como el resto de él, quemando sus pulmones con toda la fiereza que tan abiertamente exudaba, incluso cuando intentaba parecer inofensivo.

— Despiértate, mi belleza dormilona. —Él se retiró, pero apenas lo bastante para decir las palabras, provocándole cosquillas a sus labios con los suyos.

— Estoy despierta —susurró, odiando que terminase el delicioso momento. Odiando la realidad por imponerse.

Él se retiró, pero mantuvo sus ojos sobre los suyos cuando los abrió.

— Es hora de ir a casa.

Ella se sentó en de la cama.

— ¿Piensas que Tryton me dejará ir? —Era difícil, pero logró mantener el tono esperanzador de su voz, logrando parecer despreocupada a pesar de que su corazón palpitaba.

— Sí. —Una palabra tan simple, pero que levantó incontables preguntas en su mente, por el modo en que lo dijo.

— Voy a... —Ella tragó un nudo en su garganta. — ¿Me permitirán mantener mis recuerdos?

— Sí.

Dando un suspiro de alivio, pasó sus dedos por su pelo enredado.

— Bien. ¿Cuándo puedo marcharme?

— Pronto. Después de que le digas adiós a Tryton y a los demás.

Sus palabras parecían tan sombrías como si no le dijera toda la verdad de la situación o le ocultara algo importante, pero no se preocupó. La habían puesto en libertad, y después de una noche y un día considerando su destino en las manos de esta gente, no podía estar más feliz. Al diablo con su actitud extraña hacia ella, al diablo con la lujuria no correspondida, se compadeció, al diablo con ese mágico lugar. Se iba a casa y en ese momento era todo lo que le importaba.

— Bien vamos entonces. He tenido bastante de este lugar. He echado de menos las comodidades de mi apartamento. —se rió, esperando romper la tensión del momento, pero él permaneció estoico.

— Ven, entonces. Ellos te esperan.

Se levantó de la cama y lo siguió por el cuarto. Había ido con nada más que la ropa que llevaba puesta y lo abandonaba con lo mismo, excepto unos recuerdos oscuros, que esperó se desvanecieran con el tiempo. *¿Es que estaba de broma?* Nunca olvidaría alguna faceta de este lugar o al hombre quien ahora le conducía al santuario de la antesala de Tryton. Cinder, a

pesar de todas las maravillas que había visto en las veinticuatro horas pasadas, atormentaría frecuentemente sus recuerdos durante todos los años de su vida.

Y había dejado pasar la posibilidad de estar con él, sin embargo tuvo un interludio de lo que podría haber sido.

Ahora quiso darse patadas a si misma por su obstinado orgullo. Estar con un hombre como Cinder probablemente sería la experiencia más placentera que una mujer podría tener. Pero entonces, también sospechó que estar con un hombre como él la habría arruinado completamente para cualquier otro. Y esto era algo que tenía que evitar costase lo que costase. No quiso entregarse totalmente a cualquier hombre, menos aún a un hombre como este guerrero Shikar.

Tenía bastantes problemas sola, sin agregar esa clase de angustia a la lista.

El sonido de sus pies calzados sobre las baldosas del pasillo que conducían al santuario de Tryton hizo una percusión de acompañamiento a la música que jugueteaba en su mente. El latido de su corazón se mantuvo al ritmo del ruido y en conjunto con su respiración. Era difícil no acelerar sus pasos, pues una nueva sensación de aprehensión la atrapó y aumentó el ritmo con su urgencia. Por último, y no en un momento demasiado breve para sus rendidos nervios, llegaron a su destino.

Un pequeño grupo de gente los esperaba allí.

— ¿Confío en que durmió bien, Steffy? —Las palabras de Tryton fueron dichas bastante cordialmente, pero el atisbo de broma que envió a Cinder y a ella hizo apretar sus dientes contra una respuesta áspera.

— Bastante bien.

— Tropezaste con Cady y el Viajero. —Señaló a una mujer encantadora, de cabellos negros y a un hombre alto, reservado, que había encontrado la noche anterior. — Estos son Obsidian y Edge. Ellos componen mi mejor equipo de guerreros. Han matado a más Demonios de los que se puede contar y matarán a más que esos antes de que la guerra contra ellos finalice. Puede confiar en ellos con su propia vida.

Steffy no podía menos que mirar con ceño fruncido sus palabras.

— ¿Por qué tengo que saber esto? ¿No me deja ir?

— Desde luego. No está presa aquí. Pero debo preguntarle, ¿es ese su deseo? Podría quedarse con nosotros aquí si quiere. Tendrá una vida cómoda, y será tratada con respeto, como a uno de nosotros.

— Gracias, pero no. Tengo una vida que quiero recuperar.

— Pero no tiene amigos cercanos, ningún ser querido. Me lo dijiste anoche cuando hablamos. Y ahora que sabe directamente los peligros que circulan, los peligros de la noche que debe observar ahora que los Demonios son conscientes de ti. ¿Dejaría tanto por quedarse con nosotros?

— He vivido con la amenaza de esos monstruos en el mundo toda mi vida y he estado bien. —No hizo caso a sus palabras en cuanto a su modo de vida solitario. Él podría ver su vida como solitaria, pero no era así, al menos para ella. Prefería no tener a nadie que se preocupase mucho por ella, pues se había preocupado por su perdida Raine.— Puedo cuidar de mí misma. Y disfruto muchísimo de mi vida. Le agradezco su oferta de refugio, pero le aseguro, que no lo necesito.

— Así sea. Cinder la acompañará. Él será su protector hasta que disminuya la amenaza en su vida. Su equipo lo comprobará una vez a la semana, hasta confirmar que está bien, como verdaderamente segura. —Él hizo señas hacia el Viajero, quien se movió hacia delante, por lo visto para conducirlos de nuevo a su hogar.

— ¡Espere un minuto! Le dije que puedo cuidar de mí misma. Estaré bien. Cinder no tiene que cuidarme como a una niña.

— Pero lo hará. Los Demonios la conocen ahora y la han visto con nosotros.

— No puede ser tan importante. ¿Sus preciosos guerreros no mataron a una parte de ellos? ¿Cómo podrían ahora saber sobre mí?

— Tienen un conocimiento colectivo, si uno le ha visto con nosotros, entonces todos lo saben, puede estar segura de eso. No puedo, con la conciencia tranquila, abandonarla a su suerte sin alguna clase de protección.

— No. ¡Esto no es en absoluto razonable! No estaré sin recursos. Compraré un arma, pondré cerraduras adicionales en mi puerta, algo. Pero no quiero a una niñera, aún menos a aquél. —Ella apuntó su dedo violentamente en dirección a Cinder, con voz ronca, mientras luchaba por no gritar.

— Si se marcha de aquí es con Cinder a su espalda. Esto no es negociable—Su voz era dura como el acero.

— *Scheiße*. ¡Jódase si cree eso! —Había terminado por gritar después de todo.

— Acéptelo, Steffy. Al menos tiene su vida humana para volver. Piense en ayer por la noche, cuando afrontó a esos Demonios y esa vida estuvo en juego. ¿Volvería a eso? Con Cinder como su protector al menos puede vivir con alguna seguridad.

— Bien —gritó— Pero, ¿qué se supone que hago? ¿Lo dejo mudarse obviamente conmigo?

— Pienso que sería lo mejor. — ¿Era ese un destello de alegría en los ojos de Tryton? Sus palabras fueron dichas tan normalmente que asumió que tuvo que ser un truco de la luz.

— Scheiße.

Cady avanzó y tomó su mano.

— Sólo intentamos hacer lo mejor para mantenerte segura, Steffy. Cinder no acordó protegerte. Créeme, una antigua humana sabe que vivir como un humano es probablemente la última cosa que un Shikar elegiría. Proteger a un humano a tiempo completo. Al menos tienes el consuelo de que Cin será tan desgraciado como tú —le guiñó provocativamente.

— Te dan un gran honor, Stefany. Cinder es un poderoso guerrero. Se tomará tu seguridad muy seriamente.

— Termina, Sid. No asustes a la muchacha, —Cady intentó morder a su marido, luego se volvió a Steffy. — Estarás bien. Y si hay cualquier problema real, el Viajero lo sabrá e irá inmediatamente. —Cady envió una significativa mirada, en dirección al Viajero y Steffy se preguntó, no por primera vez, quien era el líder de ese equipo Shlkar. ¿Cady u Obsidian? Podrían serlo ambos, según el momento. — Nada malo le pasará siempre y cuando podamos ayudarla.

— Gracias. — ¿Qué más podía decir?

Steffy sintió, más que vio, el acercamiento del Viajero. Cinder se les unió.

— Tome mi mano.

— Si cambia tu forma de pensar sobre tu permanencia aquí con nosotros, díselo a Cinder y él te traerá de regreso. Tienes un hogar aquí ahora, Steffy.

— Gracias, Mayor. Lo recordaré

Puso su mano sobre el Viajero y Cinder hizo lo mismo. El mundo a su alrededor se desvaneció bruscamente, luego se encontró en su sala de estar.

— Scheiße —refunfuñó bajo su aliento. Nunca, ni en un millón de años, se acostumbraría a es forma de viajar.

— Scheiße, de verdad —dijo Cinder detrás de ella. Steffy se giró y estaba menos que sorprendida al ver a su alrededor que estaban solos en su moderna casa.

El Viajero, desde luego, ya había desaparecido.

* * * * *

— ¿Cómo puedes pensar con tanto ruido a tu alrededor? —gruñó Cinder. Machacó muy fuerte al sistema estéreo, que resonaba a un volumen considerable, y comenzó desesperadamente a apretar botones en busca de algún modo de bajarlo. Hubo un momento de silencio, en el que se sintió confiado de su éxito, pero sólo logró cambiar el CD y el ruido volvió con el volumen completo en unos segundos.

— Santas Hordas —rugió, apretando sus manos a su cabeza. Había estado muy cerca de los altavoces cuando el sonido había continuado.

Steffy lo ignoró como mejor pudo, moviéndose sobre su rutina normal, la música que mezclaba para el sistema de sonidos del club, usando programas de software en su ordenador Macintosh. El estéreo más allá de sus auriculares que jugaban con la música, estaba en medio de la nueva mezcla, era justo el ruido de fondo para ella. En la actualidad, raras veces lo

apagaba, excepto para ver la televisión o dejar la casa. Pero no pensó que Cinder se sentiría feliz si le decía la verdad en voz alta, así que le dejó el violín, con los botones sobre la consola, en otra vana tentativa de rechazarlo. Al menos eso lo mantenía ocupado por el momento.

¿Cómo se había metido en este lío?

Intentó no pensar en ello. Lo que había sucedido, había sucedido. Una actitud fatalista era probablemente la única cosa que conseguiría por como estaba la situación. Concentrarse en su música era ahora lo más importante. Era lunes, lo que significaba que no programaría en el club hasta el jueves, así que era imprescindible que encontrara una salida para su agresividad... o terminaría por atacar a su guardaespaldas por su abrupta frustración. Movió unas pocas barras a la música y se estremeció con los maullidos excéntricos que sonaron como el resultado de sus esfuerzos.

— ¿Qué haces? —La voz de Cinder sonó en su oído.

Steffy gruñó y se quitó los auriculares.

— Trabajo y realmente apreciaría si encontraras algo más que hacer además de exaltar mis nervios.

— ¿Qué examinas, una especie de oráculo? —Él gesticulo hacia su monitor.

— No —contestó con repugnancia. — Tú, un Shikar conoces tanto y todavía tan poco sobre nosotros los humanos. Esto, mi amigo, es lo mejor de la línea Apple Cinema Studio Display. Me costó un dineral también, así que mantén tus garras lejos de él.

— Suenas tan parecida a Cady que a veces me asustas.

— Eso es probablemente porque pasé algún tiempo en los Estados de donde es ella. Uso mucho argot, como hace ella. La mayor parte de los alemanes no suenan como yo —explicó.

— Entonces los humanos son diferentes según de donde sean. Siempre lo sospeché. Pero al pasar los años, parece que la mayor parte de los humanos se hacen cada vez más parecidos.

— Y supongo que piensas que eres viejo, como Tryton, para hablar tan accidentadamente, de lo básico que le sucede a la evolución humana.

— No, no soy tan viejo como el Mayor. —se rió, aparentemente feliz ahora que había ganado su atención. Se sentó sobre el canapé situado a unos pies de ella y extendió su longitud en el. Sus piernas se extendieron a un pie del borde, más o más.

— ¿Cuántos años tienes entonces? —casi tuvo miedo de preguntar.

— Setenta y nueve estaciones este invierno.

— Dios mío. —intentó no quedarse boquiabierta. Se veía genial para su edad, eso estaba claro. Simplemente *¿Cuánto tiempo vivían los Shikars, de todos modos?* Se preguntó.

— ¿También soy viejo para ti, es lo qué piensas? —gruñó.

— Absolutamente anciano. —Sonrió endemoniadamente. — No podrías mantenerme el ritmo, viejo.

Sus ojos la quemaban, parándose sobre sus labios, pechos y piernas, echando una ojeada bajo la mesa donde ella estaba.

— Pienso que podría sorprenderte. ¿Por qué no lo intentamos y lo averiguamos?

— Por qué no —dijo ella con una mueca sardónica en sus labios. Se sentía cada vez más a gusto con sus bromas. Estas eran cada vez más peligrosas, seductoras, y francamente atractivas, por lo que ahora fue cauta.

Él suspiró sufridamente.

— Sigue tu camino entonces. —Él dobló sus manos encima de su cabeza y cerró sus ojos.

— Lo haré. Sí. ¿Cómo pasó Cady de ser humana a ser Shikar? Tryton nunca me dijo como pasó, exactamente.

— Su marido nos la trajo.

— ¿Cómo?

— No es algo que pueda decirte.

— ¿Es algo que sólo Obsidian puede hacer? ¿Una especie de magia Shikar?

— Tryton piensa que tenemos la capacidad de hacerlo. Pero sólo Obsidian lo ha intentado, por lo que sé.

— ¿Evitas decirme exactamente cómo sucede, verdad? —dijo ella con asombro.— Después de todo lo que conozco sobre tu especie, ¿todavía mantendrías en secreto algunas cosas? ¿Tienes miedo de que se lo diga a alguien?

— No. Sólo no quiero decírtelo. —Él le dirigió una sonrisa burlona, pero la mirada en sus ojos era demasiado seria para que la risa lo alcanzara.

— ¿Por qué no?

— Siempre podría mostrártelo. Eso, quizás, sería más fácil.

— ¿Y así se hacen Shikar autoritarios, arrogantes? De ningún modo. Puedes guardarte tus viejos secretos. No quiero saberlo de todos modos — mintió. Sus dedos comenzaron a tocar un ritmo nuevo en la mesa. Dejó sus auriculares y pasó varios minutos introduciendo software en su ordenador.

Sintió sus manos sobre sus hombros mucho antes de sentirlo detrás. ¡Se movía tan rápido! No lo había visto levantarse del canapé. Él masajeó sus músculos, recordándole que había estado sentada en la misma posición durante horas.

— Estas tan tensa. ¿Te duele esto? —Él masajeó más profundamente sus músculos anudados.

— No. —Su voz había sido un jadeo — Sí. No lo sé. —Se rió suavemente, su mente calmada con el placer que con cuidado sus manos exprimían.

— Déjame aliviarte. —Su voz tenía los secretos de cada tocador decadente que él alguna vez había visitado.

Steffy suspiró y tembló bajo sus manos mágicas. Sabía más que eso... pero se sentía tan bien. Tan pecaminosamente bien.

— Bien —susurró ella.

— Sácate la ropa y acuéstate en tu cama. — *¿La voz de un hombre alguna vez había sonado con tanta seductora inocencia?*

Algún pequeño instinto de conservación volvió.

— No voy a quitarme la ropa, Cinder.

— Puedes cubrir tus encantos con una toalla o una tela. Sólo tengo que ser capaz de tocar tu piel desnuda.

Sentía tan bien el masaje de sus dedos por su cuerpo. Indudablemente se sentiría el doble de bien sin una barrera entre ellos, estuvo segura.

— Bien. Pero no hagas nada gracioso.

Cinder la siguió, la acechó, hasta su cuarto. Elegantemente le dio la espalda cuando se desnudó y se puso un traje de satén. El calor brilló alrededor de él en un halo casi transparente y se preguntó con humor, que parecía más que un poco cargado y peligroso de momento.

Se colocó sobre la cama, rodando sobre su estómago.

— Estoy lista.

Como una pantera él se arrastró lentamente al pie de la cama, sobre su cuerpo, y se sentó a horcajadas sobre sus caderas. La ayudó a librar sus brazos del traje, destapando sus hombros y cuello. Despacio, movió sus manos sobre la tela, tirándola más abajo hasta revelar la línea de su trasero. Finalmente las metió alrededor de su cintura, sus dedos expertamente, a sabiendas acariciándola mientras lo hacía.

Era imposible no responder a un juego tan seductor y se retorció un poco debajo él. Si se retiraba o avanzaba a sus caricias, no habría podido decirlo.

— Quédate quieta —susurró suavemente en su nuca.— Confía en mí y sentirás tanto placer como para desmayarte. Lo prometo.

Tonta o no, ella se abandonó a sus más que capaces manos.

El calor de sus palmas sobre sus hombros la hizo jadear.

— ¿Demasiado caliente? —le preguntó, y mágicamente el calor disminuyó.

— No, sólo me sorprendí. —suspiró.

El calor aumentó una vez más, bajando y fluyendo hasta que esto se hizo una contracción que golpeaba en sus músculos anudados con una fuerza deliciosa.

— ¿Cómo esta? —Un susurro inofensivo que sonó pecaminoso.

— Mmmm... — *¿Cómo había sucumbido tan rápidamente? ¿Tan fácilmente?* No lo sabía, tampoco se preocupó. Sus manos masajeando su piel desnuda se sentían demasiado bien como para preocuparse por algo más que la magia del momento.

Sus manos se movían sobre la extensión de su espalda, dejando un rastro de calor calmante detrás de ellas. La longitud de sus dedos y la anchura de sus palmas casi le cubrían la espalda completamente, sintiéndose pequeña y delicada cuando sabía que no era así. Él era mucho más grande que ella, empequeñeciéndola, dándole un sentimiento de vulnerabilidad que nunca antes había experimentado con ningún otro hombre. Estaba a su merced y era tan fácil rendirse a ese camino sin pensar en las consecuencias.

El calor en su espalda disminuyó cuando él se separó, se restableció en sus pies y movió sus manos. Se tensó cuando él las ahuecó, el gesto estaba lejos de ser demasiado sexual, como para hacerle caso, pero la alivió con una oleada de calor en la planta de su pie. Sus protestas murieron, una muerte rápida antes de que pudieran ser expresados. *¡Ah, esto era la dicha!* Sus dedos del pie, retorcidos alrededor de sus dedos al masajearlos, y su cuerpo entero cantaron con un eco del placer que irradiaba desde donde él la tocaba.

Cinder se movió hacia el otro pie, abandonando el primero para madurar en su estado zumbador de relajación.

Una oleada de calor bajó y fluyó de su piel a la suya. Gimió suavemente, incapaz de coger el sonido antes de que se escapara. Cinder rió suavemente en silencio. Sus dedos la masajeaban regularmente, apretaban y se movían al apretar sus manos repetidamente en todas sus zonas erógenas, a pesar de su languidez. Con una presión, los movimientos que embromaban las yemas de sus dedos revolotearon sobre su tobillo y las movía hacia arriba sin parar. Suspiró y se estiró.

La temperatura del cuarto había aumentado en varios grados.

Steffy comenzó a transpirar ligeramente.

Cinder envió más calor que se desbordaba en sus músculos y jadeó por el placer. Con sus defensas bajas era fácil para él extender sus piernas con una ligera presión sobre el interior de sus muslos. El satén de su traje se sentía fresco cuando lo colocó entre sus piernas, sobre su sexo. Su cuerpo se movió más arriba, separando su amplio espacio. Ella gimió una suave protesta, su último vestigio de resistencia.

Él se lo quitó con un beso ardiente en el hueco de su espina dorsal.

El tacto ardiente de sus manos se movió para masajear sus muslos. Se sentía tan bien dejarse ir, dejarse llevar en esa seducción de los sentidos. Se estiró bajo él. Él se colocó más cerca de su sexo, que pulsó, palpitó y lloró con la ferocidad cada vez mayor de su necesidad. El calor del cuarto se elevó potencialmente y jadeó, presionando su cara acalorada en la suavidad fresca de su almohada.

— Tu piel es como la crema pálida. —Su susurro se arrastró sobre su hombro, besándola suavemente casi desvaneciendo su voz. — Esto es lo mejor que he probado.

Una solitaria yema del dedo pasó suavemente sobre su hendidura, bajando entre sus piernas al botón hinchado de su clítoris. Una ráfaga de

electricidad ardió un sendero por su cuerpo, de la cabeza hasta los dedos del pie. Cinder subió el dobladillo de su traje alrededor de sus caderas, exponiéndola totalmente a su fija mirada. Intentó cerrar sus piernas pero él estaba acuñado fuertemente entre ellas, descansando sobre sus rodillas dobladas que se elevaban sobre ella.

La punta de su dedo presionó su clítoris, hinchándolo y mojándolo por la necesidad, le envió un pinchazo de placer. Dejó salir un grito interrumpido. Su aliento era una llama sobre su espalda cuando pasó la lengua a lo largo de su espina dorsal. Su mano libre comenzó un masaje seductor, exprimiendo sus senos hasta que ardieron, como el resto de ella. Su clítoris estaba en llamas. Él lo presionó y lo frotó hasta que temió que gritaría, de tanto placer. Demasiado.

Donde antes lo hubiera apartado, cerrándole sus piernas, ahora se separó más de par en par para él. No tenía nada más en cuenta que sus caricias. La impaciencia era una sombra del sentimiento que experimentaba. La locura era una descripción más apropiada. Temblaba, su carne se hinchaba, mojada y a punto de explotar. Su dedo cogía en silencio la abertura que abría sus labios.

— ¿Qué es esto? —Su voz era un aliento ronco sobre su espalda.

— Mmmm… —Ella estaba más allá de toda conversación.

Él se movió con la velocidad de un gato, moviéndola de un tirón, de modo que estuviese de frente. Estudió su abertura perforándola. Sus ojos estaban iluminados con las llamas que ardían en su interior. Los dedos la quemaban, acariciándola levemente alrededor del canal, tirando suavemente sobre él. Steffy separó sus piernas ampliamente, invitando a sus caricias.

— Me gusta esto. — Su mano se ahuecó totalmente. — Depilado, abierto y mojado para mí. —Sus dedos bajaron en ella, acariciando hacia adelante y atrás desde su clítoris a su abertura con movimientos largos, seguros. — Separada de par en par, rosada y reluciente.

Sus palabras la arrastraron salvajemente. Sus caricias la volvían loca.

Sin ningún pensamiento racional por la probable locura del camino que recorría, se movió contra él en busca de una caricia más profunda. Sus caderas arqueadas encima de su mano, su dedo deslizándose suavemente en su vagina y él ardió con la plenitud de aquella penetración. Gemidos, jadeos, suspiros, ella tomó su dedo profundamente.

Una sonrisa ahogada rugió de sus labios. Él se inclinó más adentro de ella y presionó un beso caliente en su ombligo. Era un trabajo fácil para él moverse encima de su cuerpo, presionando besos a voluntad sobre la extensión humedecida por el sudor de su vientre y costillas. El aire alrededor de ellos chisporroteó por el calor, cayendo en un creciente torrente. El dedo largo que la colmó, la ensanchó, curvado en un gancho y presionando a sabiendas contra su núcleo.

Ella voló de cabeza al sacudirla la fuerza del orgasmo.

Su cuerpo estrujado y pulsante alrededor de él, exprimiendo su dedo, pues había exprimido su dedo hasta extraer todo. Un orgasmo diferente de cualquiera que alguna vez hubiese experimentado, sacudió su cuerpo de placer hasta que fue casi doloroso. Su boca se decidió por su tenso pezón, utilizándolo, chupándolo. El ardor de su lengua era una lima de lava fundida sobre su piel excitada. Un grito estrangulado fue todo lo que se atrevió a darle, aunque deseaba gritar por el éxtasis del momento. Por orgullo no le daría mucho al hombre que trabajaba su cuerpo como un instrumento con que él había nacido para jugar.

Había sido tan fácil para él. Tan fácil para ella. Él incluso no había movido su mano más allá de curvar su dedo y había estado perdida.

Su dedo la abandonó, sintiéndose vacía y privada. Gimió. Su boca se movía sobre la suya, sus palabras hormigueaban contra sus labios.

— Vuelvo en seguida. —Se fue.

La temperatura del cuarto descendió varios grados. El calor lo siguió al otro cuarto. Steffy suspiró y se estiró, sus músculos se sentían más relajados, más repletos, de lo que alguna vez los tuvo antes. Su cuerpo palpitaba con las réplicas de su orgasmo. Sus pezones apuñalaron hacia arriba, uno húmedo y brillante por su boca, el otro le dolía por la misma atención. Su clítoris hinchado, su vagina mojada por la inundación despertada.

Cinder volvió al cuarto tan rápido como lo había abandonado. Un escudo grueso de pelo platino cayó sobre un ardiente ojo. Era el sueño erótico de cada mujer que cobraba vida. Estaba parado al pie de la cama y le ofreció un paquete cuadrado con una mano. Glorificó su cuerpo, hacia abajo, su pecho, su vientre y sexo. Era un condón. Una simple marca de fábrica, de protección humana de látex.

— ¿Tú me tendrás o no? —le preguntó él, solemnemente.

Supo entonces, sin ninguna duda en su mente, que la dejaría allí sola si decía que no. Se negaría su propio placer después de darle tanto, con apenas una simple palabra de negación de sus labios.

— Sí. —*Mil veces sí.* Ella lo necesitaba para llenarla, quemarla. No había ninguna pregunta para eso.

Él se distanció y la ropa que llevaba se incineró a sus pies. Steffy jadeó pero se olvidó cuando él saltó a la cama, sobre ella, y capturó su boca con la suya. Su cuerpo, caliente como la llama, la colocó bajo él. Los amplios hombros, los músculos apretados, lisos, un vientre plano, ondulado y piernas largas la cargaron hacia abajo, al algodón fresco de sus sábanas. Su sexo era amplio y fuerte, evidenciando ferozmente la evidencia de que su necesidad era tan grande como la suya.

Arrancando su boca de la suya, él se recostó y rasgó el paquete cuadrado con sus dientes. Era un pequeño trabajo para él hacer rodar el condón sobre su erección. Que el condón fuera hecho para caber sobre su excesivamente grande erección, no era una pregunta ya que era de verdad tan grande allí

como por todas partes. La mente deslumbrada de Steffy comprendía, sin la menor alarma, que él debía tener al menos once pulgadas* de largo y más grueso que el ancho de su muñeca.

— *Scheiße* —gritó ella. El instinto de conservación vino muy tarde e intentó moverse lejos de él.

Cinder gruñó y agarró sus caderas con sus manos. Su piel la satisfizo y ardió. La tiró ásperamente hacia abajo, golpeando su sexo contra el suyo por la fuerza de su movimiento. La raíz de él era pesada, gruesa y caliente allí contra ella. Ella se movió de un tirón lejos otra vez.

— Tú me tomarás, Stefany. Me tomarás —canturreó él en un esfuerzo para calmar su miedo repentino a su cuerpo. No había manera de que ella pudiese tomar eso y Steffy lo sabía. Lo golpeó, rodando a su lado e intentado ponerse de pie. No le importó que actuara como una virgen tonta, ahora. No le importó que estuviese desnuda, mojada y necesitada de todo lo que él tuviese para darle. Él era como un caballo y ella no era ninguna idiota para pensar que sería un suave ejercicio para ambos una vez que se moviera para montarla.

Cinder se rió. Sus manos cogieron sus hombros y la tiró hacia atrás contra él. Luchó con cuidado con ella para recostarla en la cama, su cara primero. La sostuvo allí sobre su vientre, presionándola en el colchón mientras su otra mano se movía hacia abajo para acariciar el calor mojado de su deseo. Separó los labios de la vagina de par en par y con la yema del dedo la frotó ligeramente con caricias expertas señaladas para calmarla y suavizarla.

Eso dio resultado. Él conocía demasiado bien el cuerpo de una mujer como para que no le diese resultado. Gradualmente se suavizo bajo él, temblando con el nuevo despertar, alcanzó alturas nuevas y desesperadas. Dos yemas de sus dedos facilitaron la entrada de su canal. Entonces tres. Entonces cuatro. Él la probaba, ensanchándola, preparándola para la verdadera cosa. Ella estaba tan mojada, tan ensanchada por la necesidad. Y de todos modos la tocó, jugando con ella.

— Tan mojada y caliente. Tan increíblemente apretada —dijo él desigualmente. — Te quiero tanto, Steffy, que voy a asegurarme de que me desees mucho antes de entrar en ti.

Sus palabras la emocionaron, la embromaron. El cosquillear de su aliento en su oído era una corriente de calor cuando siguió engatusándola, seduciéndola con el timbre erótico de su voz.

Los quejidos sin fin la habían dejado ronca, sin aliento. Era todo lo que podía hacer para impedirse sollozar lastimosamente, tan intensa era su pasión por él. Podría haber experimentado cien orgasmos pero Cinder tenía su propio objetivo y la mantenía alejada de la liberación que tanto ansiaba. La conducía más alto, por delante de cualquier pináculo que alguna vez había alcanzado, hasta que estuvo en un estado de estúpida necesidad. El

---

* 27'94 cm

tiempo perdió todo su significado cuando él siguió ensanchando, frotando ligeramente y dando masajes a su sexo. Podrían haber estado allí durante minutos, horas, días y ella no lo habría notado. O preocupado.

— Ensanchada para mí. Inundada para mí. ¿Sientes esto? —Él empujó sus dedos dentro de ella en un fluido ritmo. — Estas tan mojada que podría ahogarme en ti.

La magia de su voz sólo la llevaba a alcanzar su punto máximo. El juego experto de sus dedos empujando profundamente dentro de ella la llevaba a lo largo de un gran precipicio, moviéndola hacia el mayor orgasmo de su vida. Incluso cuando palpitó y apretó su canal en un esfuerzo por mantener sus dedos profundamente dentro de ella, él con cuidado, pero insistentemente, los quitó, haciéndola estremecerse y apretarse contra su pérdida.

Sus manos fueron hacia abajo, apretándola contra su vientre para que levantara sus caderas contra él. La amplia fuerza de sus manos exprimió sus nalgas y la dirigió en posición. Sintió el fuego de su erección y como presionaba la carne ensanchada y mojada de su vagina. Hubo un momento cercano al dolor, un ensanchamiento que quemó y la golpeó, y luego se fue cuando la gran cabeza de su erección se deslizó en ella, llenándola. Sus piernas fueron separadas de par en par para acomodarlo, la carne de su canal se ensanchó casi más allá de la resistencia, de modo que envolviera firmemente alrededor su gruesa carne, invasora.

Steffy lo sintió y dio un grito estrangulado. Sintió los músculos de su vagina que se afianzaban, pulsando alrededor de la punta de él cuando descansó allí, aparentemente paciente para que ella terminara de modo que pudiera continuar. Su cuerpo bajó de su eufórico alto, temblando, y su orgasmo disminuyó a temblores embotados. Él entró una pulgada, abriéndola ampliamente con su grosor cuando se hundió en ella. Steffy lo sintió otra vez.

Le dio otra pulgada, ensanchándola más ampliamente todavía. Le dio otro orgasmo.

Cuando por fin él descansó su erección completamente dentro de ella, la horquilla de sus caderas, presionando contra su parte inferior, ella sentía como si literalmente estrangulara su erección. Estaba tan llena. Tan llena de él. Él era pesado dentro de ella, pulsando y caliente. Steffy hacia mucho que había perdido la cuenta de todos los orgasmos que había tenido y estaba asombrada por la resistencia de Cinder. Él descansó, se movió dentro de ella. Ella intentó moverse hacia atrás contra él, pero sus manos se aferraron a sus nalgas, sosteniéndola todavía ante él.

— ¿Estás lista? —le preguntó Cinder.

¿Para qué? ¿Qué más podría darle después de todo que lo que ya había tomado? Jadeó con voz ronca e intentó moverse una vez más. Él la sostuvo inmóvil y ella gimió, sintiendo algo cercano a la desesperación.

— ¿Estás lista?

— ¡Sí! —habría dicho algo si él sólo dejara de moverse.

Si hubiese visto la sonrisa satisfecha que torció los labios de Cinder habría luchado más laboriosamente para escapar.

— Allá voy —advirtió él.

Su cuerpo se retiró entonces entrando de golpe nuevamente dentro del suyo. Steffy gritó con el choque. Él repitió el movimiento casi violento, su carne y la suya reuniéndose con una golpe resonante por consiguiente. Sus dedos clavados en los globos regordetes de sus nalgas, agarrándolos como si fuesen empuñaduras formadas únicamente para él. Empujando su cuerpo, repetidamente otra vez, hasta que la cama crujió y arremetió de golpe contra la pared con la fuerza de su golpe.

La música en la cabeza de Steffy emparejó el ritmo y el tempo de su acoplamiento.

El aliento de Cinder era un bramido en su oído. Su cuerpo se curvaba alrededor del suyo, rodeándola con su calor, rozándola con cada movimiento que hacia. Su piel era tensa, ondulándose con la fuerza musculosa, llevada a cabo apenas en la comprobación para su seguridad. El calor de sus manos abandonó sus nalgas, acariciando ligeramente su espalda, enredándose en su pelo y tirando su cara hacia atrás para recibir un beso.

— He querido esto de ti desde el primer momento en que te vi —gruñó él contra la comisura de su boca.

— Yo también —admitió ella con un jadeo roto.

Su cuerpo aporreaba el suyo cada vez con más ferocidad, él profundizó su beso, acariciando su lengua profundamente dentro de su boca, probando todos sus secretos como si fuera su derecho. Una oleada de calor barrió de su sexo al suyo, abrasándola casi al punto de la agonía. Su cuerpo empujó más profundamente y sus testículos golpearon contra la cresta de su sexo, golpeando su clítoris hasta que este zumbó, palpitó y excitó. Su mano apretó su pelo, su boca devastó la suya.

Steffy movió su boca de un tirón y dio un grito salvaje, animal. Su cuerpo tembló de la cabeza a los pies. Ella se habría derrumbado si él no la hubiese sostenido contra él, con sus fuertes y frescas manos en su cintura. Otro orgasmo salvaje rompió dentro de ella. Este casi le hizo daño, era tan poderoso, tan intenso y toda la culminación. Sollozó en su almohada, preguntándose si las sensaciones que se arrastraban dentro de ella la atormentaban o le gustaban, pero la línea era demasiado delgada entre los dos extremos para que lo conjeturara.

Cinder gimió en su nuca, lamió un camino caliente desde su cuello a la línea de su mandíbula y bajado sobre ella. Su cara estaba a su lado, quemando su mejilla. Él emitía tanto calor que se preguntó por que no estallaron en llamas. La fuerza de sus manos barrió sobre su espalda otra vez y se movió para apoyar su peso al lado de su cabeza. La almohada amontonada bajo sus dedos. Él gimió otra vez y la sacudida de su cuerpo golpeó una vez más con ferocidad.

La fuerza de su orgasmo la inundó. Ella sintió el bombardeo de su semilla fundida cuando entró en el condón. La cama se sacudía por la forma en que se conducían en ella. Una gota de sudor goteó de su frente sobre su hombro y chisporroteó de forma audible. Él empujó una vez. Dos veces. Y cayó sobre ella, respirando ásperamente en su oído.

Sus manos abandonaron la almohada y apartaron su pelo mojado por el sudor lejos de su cara. Le dio un gentil beso, sorprendentemente casto en su sien y la acarició ligeramente de la nuca a la cadera cuando se reclinó, completamente sobre ella. La tormenta había pasado, estaban saciados, y entonces la realidad se impuso.

¿Qué había hecho?

Capítulo 7.

Steffy abrió los ojos y parpadeó de sueño con una perezosa motivación. Lo primero que vieron sus ojos fueron las señales de quemaduras, la perfecta impresión marrón de las manos quemadas, en su almohada, de Cinder. Donde había tocado las yemas de sus dedos, estaba completamente chamuscado, dejando cinco agujeros perfectamente ovales en la funda de la almohada.

Lo segundo que contempló fue la amplia extensión magnífica de Cinder, su dorada espalda, totalmente expuesta mientras dormía. Su boca babeó. Sus dedos punzaron por extender la mano y escalar la grieta profunda de su espina dorsal bajo sus pesados músculos. Le tomó cada onza de voluntad que poseía, no inclinarse y lamer el borde brillante de su hombro.

Argh, se sentía atrapada, sin esperanzas. Lo sabía, sabía también que no había mucho que pudiese hacer, además de recostarse y disfrutar del paseo mientras tuviese fuerzas. Si fuera a la manera de Cinder, sin duda, sería más pronto que tarde. Era imposible no reír por los recuerdos.

La horquilla de sus muslos se sentía muy bien, deliciosamente contusionadas. Los hombres Shikar realmente sabían como hacerle pasar un buen rato a una mujer, o por lo menos éste.

Echó un vistazo detrás de ella y vio la pila de condones usados la noche pasada. Había perdido la cuenta de cuantas veces habían estado el uno sobre el otro durante el curso del día. No había ninguna duda de que Cinder era un compañero insaciable. Él todavía estaba sonrosado, lleno de energía y de resistencia, cuando ella había pasado del agotamiento, la sensación de su pene que se cerraba de golpe en su cuerpo, que la acompañaba en un sueño profundo e inevitable.

Era un poco difícil levantarse de la cama. Sus piernas se sentían inestables y débiles bajo su peso. Había marcas rojas por todo su cuerpo, quemaduras de pelo, quemaduras por el calor excesivo del cuerpo de Cinder, quemaduras de sus besos y mordeduras. Sus pezones estaban rojos como bayas por haber sido amamantados tanto tiempo y tan profundamente. Las uniones de sus caderas le dolían por haberse separado de par en par para acomodar el cuerpo de Cinder durante largas horas.

Parecía una mujer bien amada y lo era. Nunca en su vida había sentido tanto placer. Pero Cinder se había equivocado. No lo había demostrado y había gritado por el placer que él le daba. Había sollozado, había llorado con gemidos ahogados, había gritado y había gemido para si… pero no se había doblado bajo su voluntad. Había mantenido un pedazo de si separado de todo, guardando sus gritos detrás de sus dientes apretados. De ninguna manera cedería tan fácilmente. Ya se había rendido demasiado, demasiado pronto.

Era una pequeña victoria, pero una victoria en todo caso. Sonrió abiertamente con aire de suficiencia, pero efímeramente cuando se obligó a cojear con cautela hacia el cuarto de baño.

El agua de la ducha estaba caliente, casi la quemaba, pero no tan caliente como Cinder había estado cuando la había amado. Sus músculos dolían, estaban cansados, y el calor del agua ayudaba para aliviarlos sólo un poco. Su pelo goteó en su cara mientras aclaraba lejos el sudor y los besos que cubrieron su cuerpo con dulzor pegajoso. Se apoyó contra la pared de la ducha y dejó que el agua cayera hacia abajo, hacia su cabeza, cuello y espalda.

Los labios de Cinder quemaron en la pendiente de su espalda.

Steffy jadeó, se ahogó con el agua que inundó su boca, y giró alrededor. Cinder estaba arrodillado detrás suyo, mirándola hacia arriba con sus ojos de Shikar, una expresión casi inocente esculpía los planos masculinos de su cara.

— Me asustaste —murmuró ella suavemente. El sonido del agua que se esparcía sobre su piel golpeaba en su cerebro.

Sus largas pestañas, clavadas de agua, parpadearon lentamente. De manera seductora.

— Puedo aliviar tus dolores, alejarlos.

Sus rodillas casi se doblaron.

— ¿Cómo? ¿Otro masaje? No creo que pueda aguantarlo. —rió nerviosamente. Jadeando.

— Hay otra manera. Incontables maneras.

¿Se atrevería?

— Muéstrame. —Tonta o no, no podía resistirse.

Despacio, con cuidado, él colocó sus manos sobre la elevación de sus caderas. La atrajo más cerca, hasta que su aliento cosquilleó contra su vientre. El calor de sus dedos la masajeó antes de que una mano se moviera a su muslo. Él levantó su muslo, poniéndolo sobre su hombro, mientras se colocaba más abajo entre sus piernas. Sus ojos ardientes miraban constantemente a los suyos mientras bajaba su boca al rubor de su vagina.

El calor mojado de sus labios la quemó, calmando de esa manera cualquier dolor real que recordara, con aquel toque erótico. Ella cerró sus ojos y dejó a su cabeza perder terreno bajo el rocío de la ducha.

La lengua de Cinder barría entre la costura de los labios de su vagina, lamiendo un sendero desde su abertura a su clítoris. Sus dientes tiraron con cuidado sobre sus labios. Su cara estaba enterrada profundamente en su suavidad lo que la obligó a agarrarse a su cabeza fuertemente para mantener el equilibrio. El agua siguió azotando sobre ellos, como él azotaba su carne con los movimientos rápidos de su lengua y de sus labios. Ella gimió y se onduló desesperadamente contra él, dejándolo tomarla donde quisiera.

Su lengua rasposa era un tormento, casi demasiado intenso para soportarlo. No había ningún secreto que él no pudiese destapar, ningún tesoro que él no pudiese valorar. Estaba totalmente abierta a él. Sus dedos entraron en juego con su lengua, separando con cuidado sus pliegues hinchados para que él pudiera besarla más profundamente, más completamente.

Steffy echó un vistazo hacia abajo, parpadeando para alejar el agua de sus ojos y jadeó. Los ojos de Cinder se encontraron con los suyos resueltamente, como si él hubiese estado esperándola para mirarla ardientemente. La imagen que él presentaba era tan explícita, tan abiertamente erótica, que le cortó el aliento. La mitad inferior de su cara estaba enterrada en su carne, su boca que trabajaba sobre ella, parecía beberla, comiéndola. Sus labios, sus dientes y su lengua jugaron sobre ella como una tormenta a través del agua hasta que la inundación de su respuesta llenó su boca.

Involuntariamente ella comenzó a montar su boca. Apenas podía mantenerse de pie, aún así se balanceó y se onduló contra él hasta que quiso gritar de placer. Pero se había jurado no darle un sólo grito, simplemente porque él se había jactado con ella. Le había dicho una vez que no podía resistirse a un desafío y ella no era diferente. No gritaría.

Sus caderas esquivaban su cara.

El grito alojado en su garganta, se hizo un gemido que gorjeaba en cambio. Su cuerpo apretado, excitado, palpitó. Su orgasmo la arrastró, sacudiendo su cuerpo más allá del punto de dolor hasta que fue consumida por la dicha. Esto la asustaba, la facilidad con la que la hacia sentir. Era mágico.

Cuando Steffy bajó, Cinder ya deslizaba su contorno grueso, pesado, en su vagina. Su corazón tronó; su cabeza nadó. La fuerza de sus manos la estabilizó cuando comenzó a empujar su pene dentro de ella. Increíblemente se corrió otra vez, casi al instante, cuando él comenzó a aumentar el ritmo y el poder de sus penetraciones. Gemidos cortos, sin aliento escaparon de sus labios siempre que él alcanzaba profundamente la base de ella. Él cogió cada ruido con su boca, lamiendo sus labios en los breves silencios.

Con sorpresa, Steffy lo sintió moverse de un tirón, libre de ella, sintió el chorro caliente de su semen sobre su vientre cuando él encontró la liberación. Ella lo alcanzó abajo y se frotó ligeramente mientras él se corría. Su cuerpo poderoso se estremeció y tembló con su fuerza. Steffy frotó la esencia de él en su piel, deleitándose con el conocimiento que podía afectarlo tan profundamente. Otro arranque poderoso, caliente, cremoso vino de él y pasó, descansando su cabeza pesadamente en el hueco de su hombro y cuello.

Steffy sumergió su dedo en el caliente derramamiento de su liberación y lo llevó a sus labios. Sin embargo, antes de que pudiera probarlo, Cinder capturó sus manos y las puso alrededor de su cuello.

— Ahora ambos necesitamos un baño —le dijo ella, recordando la primera vez que lo había encontrado cubierto con esperma después de su baño.

Él se rió en silencio y tomó su boca con un beso profundo, apasionado. Sus manos temblaron cuando las puso en su pelo, atrayendo su cara aún más cerca de él. El agua corrió fresca, mucho antes de que ellos lograran dejar la ducha.

* * * * *

Dos semanas pasaron en una relativa paz y tranquilidad. Steffy y Cinder pasaban sus días en la cama, amándose, descansando y amándose otra vez. Pasaban sus noches en un estado de alarma constante. Cinder no dejaba que por su voluntad, abandonase los límites de su apartamento durante las horas de oscuridad, a no ser que trabajase en el club. Incluso entonces, él permanecía siempre a su lado, en un constante estado de preparación.

No había ataques. Ningún signo de peligro. Steffy comenzó a preguntarse por la necesidad de que Cinder la defendiera. No es que tuviera aversión a tenerlo a su alrededor. Era un amante y amigo maravilloso. Pero odiaba seguir estando encerrada como estaba, ser cuidada, sin embargo la experiencia demostraba ser agradable… la mayor parte del tiempo.

Steffy se cansaba de poner un cartel negro a sus ventanas para bloquear todos los vestigios de luz solar. Pero aprendió de la manera más dura que la piel de Shikar se ampollaba y se quemaba con la luz del día. Había dejado una pequeña grieta al poner el cartel sobre la ventana de su cuarto el primer día y un pequeño rayo de sol había dejado un ribete rojo sobre el muslo desnudo de Cinder.

Se había asegurado de cubrir cada grieta posible, después de eso. El sol no había entrado en su apartamento en una quincena. No era que necesitara el sol, ya que siempre fue más nocturna de todos modos. El fuego que quemaba en los ojos de Cinder se había hecho su sol, la luna y estrellas en días recientes. Esto era realmente todo lo que necesitaba por ahora.

Pero no significaba que estuviera satisfecha con su arresto domiciliario.

Le faltaba su libertad. Su independencia. Nunca había pasado tanto tiempo con alguien además de Raine, siempre había tenido una existencia solitaria, privada. Pero ahora le obligaban a dejarlo todo. Por todas partes, donde se volvía, Cinder estaba ahí a su lado, y por lo general era una experiencia en sentido figurado calentadora, pero literalmente, a veces todo lo que añoraba era el aislamiento o un paseo a la luz del sol a un café local o la tienda. Con Cinder no tendría nada de eso. Él sentía que era todavía demasiado peligroso que se aventurase sin él, demasiado aventurado dejar la seguridad relativa de su casa.

Steffy tenía un caso horrible de fiebre de cabina.

Y Cinder no parecía estar mejor que ella. Cuando no estaba profundamente dentro de su cuerpo, merodeaba alrededor del apartamento como un tigre enjaulado, comprobando e inspeccionando de nuevo todas las cerraduras sobre las puertas y ventanas como si esperase que lo intentaran y entraran furtivamente. Obviamente se sentía raro en los pequeños cuartos de su apartamento, ya que en su hogar y en su trabajo utilizaba los espacios abiertos.

Hacia el principio de la tercera semana habían comenzado a ponerse irritables entre ellos. A Steffy sinceramente le gustaba Cinder, solamente no podía estar alrededor de él veinticuatro horas, siete días a la semana sin sentir alguna agitación. El hombre era demasiado obstinado para su bien. Y sospechó, de vez en cuando, que él la hostigaba deliberadamente inclinado por el aburrimiento.

— No voy a escuchar más tiempo el CD *Dead Can Dance*, Cinder. Ya estoy enferma y cansada de él. ¿No puedes encontrar algo más que te guste en toda mi música?

— He escuchado la mayor parte de tu música y éste es mi favorito. No puedo soportar los maullidos de tus otros CD.

Steffy gruñó de frustración cuando vio a Cinder insertar el CD.

— Intenta The Smiths, o Fiona Apple. Todo menos ése otra vez, *por favor*.

Cinder no le hizo caso y las baladas que salían de la cinta inundaron su apartamento. Ella apretó sus dientes contra el impulso de gritarle mientras él se desplomaba en su posición favorita sobre el sofá. Movió de un tirón su silla y comenzó a juntar sus cosas para la tarde.

— No es un poco temprano para eso, ¿verdad? No tienes que estar en el club hasta las diez.

Ella le dirigió una sonrisa burlona satisfecha a su manera.

— Para tu información no trabajo en el club esta noche. Tengo una fiesta privada.

Cinder se enderezó al instante, alerta, y mirándola duramente.

— ¿Dónde queda eso?

— Un paseo de dos horas de distancia. —A ella le agradó su perturbada mirada, su cara se regocijó.

— ¿Por qué no me lo dijiste?

— He estado planeándolo durante un mes. Está bien pagado, con la posibilidad de más empleos independientes en perspectiva. No pensaras que lo cancelaría debido a la amenaza de Demonios percibida por ti, ¿verdad?

— ¿Estás loca mujer? ¿No comprendes la locura de eso? Dejar tu territorio familiar por uno desconocido es darle a los Demonios una ventaja táctica segura si eligen atacar.

— Esto no es negociable Cinder —dijo Steffy fríamente.

— Es un acuerdo *muy grande*. Los demonios son conocidos por su capacidad de sentir la debilidad, cualquier debilidad, y lo utilizan a su ventaja. Te pones en peligro y ¿para qué? ¿Dinero? ¿Entusiasmo? Estas cosas no significan nada cuando las comparas con el valor de tu vida.

— ¿Sabes lo que pienso? —Su voz se elevó con ira.— Pienso que todo esto ha sido un juego para conseguirme. Una estratagema para meterte en mi cama. No le he visto la piel, ni el pelo a esos Demonios desde esa primera noche. Pienso que no hay ninguna amenaza a mi seguridad. Pienso que tú solamente estas aquí para aliviarte. —realmente no lo creía, pero estaba tan enfadada que sintió la necesidad de atacarlo de algún modo.

Cinder acechó encima de ella y la miró fijamente a los ojos. La temperatura del cuarto se elevó alarmantemente varios grados.

— No te haces ningún favor al acusarme de tal duplicidad, mujer. —Sus palabras mordían en su formalidad.— Te deseé, sí. Te seduje, sí. Pero tú me deseaste tanto como yo y ambos lo sabemos o no te habría perseguido.

Habría guardado mi distancia todo este tiempo, para tu buena voluntad. No pienses en insultarme con ásperas palabras, porque no lo toleraré.

— Bueno, bueno. Lo siento. —Ella se apresuró a aplacarlo.— Dejé a mi carácter apoderarse de mí. Pero Cinder, tienes que admitir que estas semanas pasadas han transcurrido sin ningún signo de peligro. Pienso que estás gastando tu tiempo aquí.

— ¿Me harías abandonarte entonces? —Sus ojos eran dos llamas gemelas que quemaban los suyos.

— No. —No había ninguna duda de eso.— Solamente no me gusta sentirme tan atrapada en mi propia casa.

— Si volvieras a mi casa tendrías toda la libertad que deseas.

— Mi lugar está aquí. Mi vida está aquí. No sería más de una presa si volviera contigo ahora.

Cinder suspiró y se alejó.

— El Viajero traerá a mi equipo aquí mañana por la noche, para su comprobación semanal. Preguntaré a Cady que piensa. Ella puede sentir a los Demonios mucho mejor de lo que cualquiera de nosotros puede hacerlo de todos modos. Quizás tienes razón. Quizás Tryton sobrestimó las maravillas de los subalternos de las Hordas. Cady lo sabrá.

El pensamiento de que la dejara, causó un dolor que se extendió de su corazón al resto de su cuerpo. Pero quería su libertad. Quería que su vida volviera al modo que era. ¿O no?

— Prepárate entonces. —Su voz era ronca, tensa.— Nos marcharemos en una hora.

— Bien.

Steffy se concentró en los ritmos de su mente, cuando juntó sus cosas y no hizo caso a la música llorosa que resonaba en su corazón.

Capítulo 8

— La maldita calefacción no funciona —gruñó Steffy nerviosa. Tenía los dedos entumecidos por el frío, y trasteaba con torpeza el mando de la calefacción que su viejo Austin Mini tenía en el salpicadero. En sus tiempos había conducido coches mucho mejores, pero éste lo había comprado y pagado con el dinero que había ganado trabajando honradamente.

— ¿Tienes frío?

— Estoy congelada —admitió.

— Sólo tenías que decirlo —bromeó Cinder. De pronto, el interior del coche se calentó rápidamente.

Steffy rió

— Lo había olvidado. Gracias.

— Lo que sea por mi dama.

Ante ellos tenían un largo camino, la carretera rural estaba llena de curvas y durante el trayecto no vieron ningún otro vehículo. Steffy golpeó el volante con la punta de los dedos con un ritmo incesante, de vez en cuando lo cambiaba para romper la monotonía y el silencio que había entre ellos. Cinder le había pedido que apagara el estéreo durante el trayecto. No podía soportar el ruido que a ella tanto le apasionaba.

— ¿Tienes hambre? —preguntó con rapidez. Llevaban más de media hora de camino y le incomodaba el silencio que había entre ellos.— Si te gustan, tengo algunos perritos calientes dentro de la mochila que hay en el asiento de atrás. La última vez que me visitó Cady me dijo que os encantan.

Cinder se estremeció.

— No gracias. Prefiero los perros vivos.

Steffy rió.

— Eres tan extraño.

— Tú eres la rara. Sé que te gustan los perros. Siempre que tienes la oportunidad estás haciéndole carantoñas al caniche de tu vecino. ¿No te remuerde la conciencia por comerte a un ser que tanto te gusta?

Paró de reír.

— Estás hablando en serio ¿verdad?

— Por supuesto. ¿Nunca has sentido un mínimo de vergüenza por esa costumbre tuya de comerte al mejor amigo del hombre?

Ella rió sonoramente.

— No seas tonto, no son perros de verdad. Lo único que tienen de perro es el nombre. Generalmente están hechos de desechos de carne de cerdo o de ternera. No de perros. Al menos… eso creo.

De repente, frunció el ceño pensando en aquellos subproductos desconocidos que componían los perritos calientes. Jamás se había planteado cuál era su verdadera composición.

Cinder reflexionó sobre las palabras de Steffy.

— ¿Por qué un alimento lleva un nombre tan engañoso?

— Cinder, sólo es un nombre. No creo que su inventor tuviera ninguna intención de hacer creer a los consumidores que era carne de perro.

— Los humanos sois muy raros.

— Los Shikars sí que sois los raros —hizo una pausa, suspiró, y finalmente dijo lo que le había estado molestando desde el momento en que se encontró con los Shikars.— Piensa en ello. La mayor parte de tu vida la has pasado protegiendo las Puertas contra la invasión de las Hordas y ¿para qué?. En vuestro pasado los Demonios se harán más listos y encontrarán la forma de moverse furtivamente por el mundo humano. Así que pasas el resto de tu vida rastreándoles para proteger al mundo de su amenaza ¿por qué?. No te gustan los humanos. Nos proteges, pero no te importamos ¿por qué lo haces?

— Siempre ha sido así para los de mi casta.

— ¿Por qué? ¿No te has preguntado nunca el motivo?

— Caramba, sí, al menos eso creo. Cuando uno es joven, siempre se pregunta esas cosas. Pero, a medida que va pasando el tiempo, el motivo va perdiendo importancia —permaneció en silencio durante un buen rato y luego soltó con una rapidez, casi a la defensiva.— Es mi deber, he jurado proteger a la gente contra la amenaza de las Hordas de los Demonios. Como tú bien has dicho, no debería importar el porqué. Simplemente, es lo que debo hacer.

— ¿Por qué estás tan resentido con los humanos?

— No estoy resentido con los humanos. No lo estoy —incidió— pero los de tu clase me confunden. No sois conscientes del mundo que os rodea. Sin saberlo, tratáis de cambiar todo lo que hay en vuestro entorno.

— Puedo asegurarte que la mayoría no hacemos las cosas sin pensar — dijo ella irónicamente.

—Pero lo hacéis. Hay muchas cosas maravillosas que desconocéis y mi raza es la menor de ellas. Pero preferís vivir ignorando todas esas maravillas. No os enorgullecéis de vuestra raza, sólo de vosotros como individuo. Parece que vuestra historia pierde toda su importancia una vez habéis salido de las aulas. Nada importa cuando se trata de satisfacer vuestros caprichos. Vivís poco tiempo y lucháis por ignorar ese hecho. De vez en cuando deberíais hacer un balance de vuestras vidas. Pero la mayor parte de vuestro tiempo lo desperdiciáis buscando cosas frívolas y sin sentido.

— Supongo que eso es lo que piensas de mí. Entretengo a la gente para sobrevivir. Gente que desperdicia su vida buscando placer, como acabas de decir.

—Yo no he dicho eso.

— Es lo que piensas.

— Tu música es brillante. Tú eres brillante. Pero mezclas la música de otros cuando podrías estar componiendo tu propia música. Y en vez de compartir ese don con todos, decides compartirlo con unos cuantos borrachos salvajes en un pequeño club situado en medio de ninguna parte.

— Hamburgo no está en medio de ninguna parte.

— Sabes perfectamente a qué me refiero. Tienes el potencial y aún así no haces nada para sacarle el máximo partido.

Steffy se quedó pensativa durante un momento.

— Tienes razón —su voz sonaba débil mientras hablaba— realmente no lo intento. Pero ya lo intenté una vez, me preparé, estudié con ganas, probaron a aleccionarme en un estudio de grabación para que tuviera una carrera profesional. Pero no resultó. Nada así resulta para la gente como yo.

— ¿Qué quieres decir con eso de para la gente como tú?

—Una Don Nadie. Una perdedora. Alguien que viene de la nada. De los desechos. Mi madre me abandonó cuando tenía tres años, sustituyó a su familia por una lista interminable de novios. No la he visto desde aquel día. Mi padre era un cabeza hueca que cada vez que podía me golpeaba, empezó a hacerlo desde que ella se fue, supongo que era para hacerse creer a sí mismo que realmente controlaba algo en su vida. Abandoné mi casa en cuanto pude, en el mismo instante en que acabé los estudios. Me fui tan pronto que ni tan siquiera tenía a dónde ir y vagué por las calles. Pensaba que yo sola lo conseguiría, que me iría muy bien, pensaba que era muy lista —inhaló por la nariz en un gesto burlón.

— No pasó ni una semana y ya estaba metida en asuntos turbios. Y en un par de semanas ya formaba parte de una pandilla callejera, un grupo de ladrones de coches. Era bastante buena. Tenía un sexto sentido para saber qué robar o para intuir si la policía estaba cerca. Me gustaba robar directamente a los concesionarios y distribuidores. Odiaba robar a las personas, así, como suena. En aquel tiempo robar piezas tan sólo era un juego. Todavía ostento la mejor marca de número de piezas robadas en una noche. No es que esté orgullosa de algo así — se apresuró a recalcar.

— ¿Cuándo decidiste alejarte de todo eso? —preguntó con cuidado.

— Un día desperté y comprendí que no me esperaba ningún futuro más allá de la cárcel, la violación, o de un cuchillo en mi estúpida espalda. Entonces cogí un poco de dinero que había ahorrado, me lo había ganado a base de robos y de desmontar coches, me inscribí en una escuela extranjera y salí en el primer vuelo disponible hacia América. Tuve suerte, fui muy afortunada, tenía cómo opción mi historial académico. La gente tiende a ignorar las faltas leves cuando se tiene el coeficiente intelectual adecuado.

— Estaba equivocado. No has desaprovechado tu vida. Has recorrido un largo camino y has progresado mucho. Lo siento.

Ella resopló con poca elegancia.

— Todavía tengo mi corazoncito. ¿Una disculpa? ¿Viniendo de ti? En este mismo momento deben haberse congelado las Puertas.

Los dos rieron a la vez.

— Pero tienes razón. Realmente no tengo ninguna meta. Pero me divierto, así que intuyo que algo de eso hay. —Ella le sonrió.

El coche empezó a sacudirse con fuerza mientras hacía unos ruidos muy extraños. Steffy redujo la marcha para intentar acelerarlo al máximo, pero no resultó. El coche tembló, carraspeó y, al final, expiró.

— ¿Qué diablos...? —intentó poner en marcha el motor, acelerando, para que la gasolina le diera vida de nuevo. El motor rugió, se mantuvo y de nuevo volvió a expirar. Steffy dio un golpe al volante y gimió cuando vio la aguja del indicador del nivel de gasolina, el tanque estaba vacío.— Maldita sea. Pensé que lo habían arreglado en el taller.

— ¿Qué ocurre? —la voz de Cinder sonaba alerta, listo para la acción.

— El maldito indicador de gasolina no funciona. Le dije al mecánico que lo solucionara. El muy idiota me cobró por el trabajo, así que debería estar solucionado.

— ¿De qué hablas? —le preguntó con cuidado, como si se estuviera dirigiendo a un niño quisquilloso.

Steffy lo miró airada.

— No tenemos gasolina. Y probablemente estamos a millas de distancia de la próxima gasolinera.

— ¿Y no puedes usar el teléfono móvil para pedir ayuda?

Steffy estaba frente a él. Cogió, en realidad arrancó, el móvil de su bolso antes de que Cinder acabara de decir la frase. Presionó un botón para iluminar la pantalla y leyó con un gemido el mensaje que aparecía.

— Fuera de servicio. Estamos demasiado apartados. Imagino que en esta zona no hay cobertura, o tal vez todas esas colinas interrumpen la señal.

— ¿Significa que estamos atrapados aquí? —gruñó peligrosamente Cinder.

— Tendremos que pedir ayuda.

— Por si no lo has notado, por este camino no hemos visto a nadie en millas. Sé que tengo mejor vista que tú, pero estoy seguro de que hasta tú te has podido dar cuenta de algo así.

— No me levantes la voz.

— No levanto la voz —dijo él casi gritando, mientras pronunciaba estas palabras cerró un puño para darle más énfasis.

— Estoy segura de que el camino tendrá más tránsito durante la mañana.

— No puedo estar aquí fuera cuando llegue el día.

— *Scheiße*. Lo siento. Estoy algo nerviosa, lo había olvidado. Bien —Steffy suspiró e intentó pensar.— Todavía es pronto, apenas son las ocho. Esperaremos unas dos horas y si no vemos pasar a nadie iremos a la casa más cercana. Todo el perímetro está salpicado de granjas. Tiene que haber una casa lo bastante cerca como para que podamos llegar fácilmente andando.

— Eres una inconsciente. Te dije que el viaje era una locura.

— Lo siento ¿de acuerdo? No hay motivo para pelearnos por ello. Nos adaptaremos a las circunstancias.

A pesar del creciente calor que expedía el cuerpo de Cinder, Steffy tembló. La dureza de las palabras de Cinder no podían compararse con la crudeza de sus propios pensamientos *¿Cómo pudo ser tan tonta?* Había puesto la vida de Cinder en peligro por querer partir. *¿Qué pasaría si no podían encontrar un refugio antes de que amaneciera?*

Se hizo una promesa. Saldrían de aquello. Cinder representaba demasiado para ella como para dejar que le pasara algo tan terrible sin antes luchar con uñas y dientes.

Abrió la puerta y salió del vehículo. En un inútil esfuerzo, caminó varias yardas por delante del coche con el teléfono en alto, para intentar captar alguna señal. Como vio que no había suerte, volvió sobre sus pasos y lo intentó de nuevo en dirección contraria.

Nada.

— ¡*Scheiße*! Maldita sea. *Scheiße* —Dio una fuerte patada contra el suelo y se estremeció. Tenía los dedos del pie entumecidos y doloridos, esa fue la única recompensa que obtuvo por su infantil gesto.— ¡Joder! —Gruñó

Con cuidado volvió hacia el vehículo y se dejó caer en el interior, estaba temblando de frío.

— No he podido conseguir ninguna señal —se quejó.

Alargó su brazo y cogió un viejo paquete tabaco negro que había en la

guantera. Tomó uno de los cigarrillos y lo colocó entre sus labios. Tenía los dedos tan fríos que casi se le cae el encendedor que había sacado de su bolso. Tras varios intentos por encenderlo sin éxito, gruñó con deje frustrado.

— No puedo conseguir que mis dedos respondan —le dijo a Cinder en tono lastimero. Él estaba observando todo el proceso con una pequeña sonrisa.

— Esta cosa estúpida no funciona —masculló haciendo que el cigarrillo saltara peligrosamente en sus labios.

Cinder extendió una mano y colocó la punta de su dedo índice en el extremo del cigarrillo. Apareció una diminuta chispa y una pequeña columna de humo empezó a ascender hacia el techo. Un poco acobardada por la demostración, echó mano del dedo para encender su cigarrillo, después él lo apartó.

— Gracias —dijo con voz ronca.

— A tu disposición —fue su delicada respuesta.

Tal y como esperaba, el cigarrillo sirvió para que entrara un poco en calor. El apacible perfume de la hierba llenó el coche de un aroma dulce y cálido que les daba la bienvenida. Se recostaron un poco en sus asientos y, mientras esperaban, seguían atentos buscando algún destello de luces que se aproximaran por el camino.

Capítulo 9.

— Tienes frío. Ven aquí, te haré entrar en calor. —Su voz era la perversión en estado puro.

— ¿Cómo puedes pensar en el sexo en un momento como éste? —dijo riendo mientras se le aceleraba el corazón.

— Dada la incomodidad de la situación ¿Qué mejor momento que éste para pensar en algo tan agradable?

Steffy resopló con debilidad. Su nariz estaba demasiado fría para responderle.

—Sé práctica. Piensa en ello como un esfuerzo por sobrevivir. Si emito demasiado calor chamuscaré tu asiento y, así y todo, no será suficiente para calentar el coche. No es que sea demasiado hermético. Hay demasiadas ranuras.

Extendió su mano y acarició suavemente la mejilla de Steffy con el ardiente dedo. La estaba tentando descaradamente poniendo como señuelo su calor.

— No tenemos sitio para hacer nada. El equipaje ocupa tanto el maletero como el asiento trasero.

— Hay suficiente espacio. —Empujó el asiento hacia atrás y acarició su regazo.— Ponte sobre mí. Te ayudaré.

Steffy soltó una risita nerviosa, *realmente era una risita nerviosa,* y se preguntaba si había perdido el juicio.

—Que… ¿me vas a ayudar?

— Ven aquí. Será divertido. Además nos servirá para relajarnos y pensar en un buen plan.

— Cuando te excitas eres tan dulce. —Rió y comenzó a desvestirse, después se lo pensó mejor.— Me voy a congelar.

— No vas a congelarte. Quítate la ropa, te mantendré caliente.

— ¿Me lo prometes? —Bromeó mientras se desnudaba.

— Te lo prometo —Mientras la miraba con una lascivia endemoniada, el blanco de sus dientes resplandecía en la oscuridad.

— No puedo creer lo que estoy haciendo. —Refunfuñó mientras se quitaba las medias rojas y las bragas de seda negra. Se dejó puesta la falda a cuadros rojos y negros con lacitos plateados, y se colocó encima de él.

— Ah, así me gusta —Aprobó suspirando. Mientras ella avanzaba con torpeza, le frotaba los muslos.

— Pensé que ibas a ayudarme —dijo ella en tono travieso.

Las manos de Cinder se dirigieron al cierre de sus pantalones, con poco esfuerzo liberó su miembro que prácticamente salió disparado. Sacó un preservativo de su bolsillo, a Steffy le asombraba que siempre estuviera tan bien preparado, y lo deslizó sobre la gruesa erección. Él la ayudó a colocar una pierna a cada lado, y sostuvo la base de su pene mientras ella descendía sobre él.

La suavidad resbaladiza y mojada del cuerpo de Steffy facilitaba el paso por el estrecho camino y ambos suspiraron de placer.

— Caliéntame, Cinder —susurró

Sus brazos la rodearon, y sus manos empezaron a moverse por debajo de la blusa colmándola de calor. Él siempre llevaba manga corta, no necesitaba llevar más ropa. Sus dorados músculos se hincharon cuando tiró de ella para acercarla. Sus manos recorrían lentamente la distancia que había desde el trasero hasta los muslos.

— Tienes las piernas más largas y excitantes que jamás haya visto. ¿Te lo he dicho alguna vez?

— Unos cuantos cientos de veces —se rió— pero no son suficientes.

— Sólo deseo ahogarme en ti mientras tus piernas rodean mi cuello.

Al escuchar esas palabras los pezones de Steffy se irguieron del todo.

— Me gusta que me digas esas cosas. —Jadeó apretándose más sobre la dureza de su miembro.

— Necesito ver tus pechos. —dijo con ansiedad, tenía los ojos fijos en sus senos como si con ellos pudiera reducir a cenizas la prenda que los ocultaba.

Steffy comprendió que probablemente sería capaz de algo así.

Sus dedos se movieron rápidamente para desabotonar la camisa de algodón y las manos de Cinder tiraron del encaje del sujetador para dejar los pechos al descubierto. Él suspiró y ocultó uno tras la palma de su mano.

—Son como duras manzanas en mi mano. —Gimió y dejó un caliente beso en el cuello de la mujer. Steffy se había arqueado ante su roce.

— Son demasiado pequeños.— Gimió. Comparados con las manos de Cinder todavía los sentía más pequeños.

— Son perfectos. —Sus dedos pellizcaron los excitados pezones.

El resbaladizo condón que llevaba Cinder se hundía cada vez más en su interior. La penetración era tan profunda que Steffy habría jurado que el pene prácticamente llegaba hasta su garganta. Sentía cómo la punta de Cinder empalaba su sexo. Era una sensación única y maravillosa que había estado esperando durante las dos últimas semanas como si fuera una adicta exasperada.

Apartó sus manos de los pechos para tomarla de la cintura y empezó a mecerla con aquel incesante ritmo. Quería llevarla hasta la locura. Vio cómo los pechos se bamboleaban frente a sus ojos y no pudo resistir la tentación de envolver uno con su boca. Mordisqueó y lamió el pezón con su ardiente lengua, la caricia húmeda de su aliento jugueteó con la piel de la mujer hasta conseguir que se estremeciera de placer.

Con manos temblorosas y desesperadas, Steffy le cogió del pelo para acercarle más, tirando de él. Sentía el pelo como seda entre sus dedos, era como un fuego platino destellando en la oscuridad. Cinder enterró la cara en su pecho. Las pestañas doradas le rozaban los senos, cosquilleándole, acariciando su piel con cada movimiento. Steffy se hundía con golpes secos, ahondando con su pelvis en lo más profundo de su ser. Ambos jadearon su respuesta estremeciéndose al unísono.

El sexo de la mujer latía y se cerraba alrededor de su miembro como un puño apretado y le cautivó la humedad caliente que se desprendía de él. Su glande había aumentado y la llenaba hasta tal punto que se oían los ruidos que provocaba cada una de las sacudidas a través de los fluidos. La sangre que recorría su pene estaba tan caliente que casi escaldaba el interior de Steffy. Sentía aquel calor golpeando su Punto G una y otra vez, llevándola de nuevo al éxtasis, gimiendo en voz alta como respuesta a cada uno de esos

golpes que taladraban su interior.

Cinder empujaba hacia arriba al mismo tiempo que ella descendía sobre su miembro, el coche se mecía con la fuerza de sus movimientos. Cómo si alguna vez hubiera sido amante del sexo duro, golpeaba su vagina con fuerza, como si le estuviera dando una paliza. Steffy gimió y se agarró a él como si en ello le fuera la vida. Cinder parecía una tormenta sobre ella, salvaje, indomable y feroz. Steffy gemía, lloraba, suplicaba… pero no gritaba.

— Grita para mí. —Le exigió moviendo su boca sobre la de Steffy. Le separaba los labios con la lengua como si de ese modo pudiera incitarla a la rendición.

— No —dijo Steffy. Temblaba. Ardía. Pero no iba a gritar para satisfacerle.

— Gritarás para mí.

Steffy apretó sus dientes contra el impulso primitivo, femenino, de obedecer a su hombre.

Le lamió los labios, su lengua parecía un cepillo en llamas. Steffy gimió. El fuego fluyó en su boca, le lamió lentamente los dientes y la lengua, exigiendo respuestas. Sus labios estaban inclinados sobre la boca de Steffy. Sus caderas la aporreaban con una ferocidad creciente y con las manos la derribaba sobre su miembro con dolorosa fuerza. Sus ardientes dedos bajaron recorriéndole las caderas, abrasándole la piel en el trayecto, y se clavaron en las nalgas.

Con el dedo frotó la entrada de su ano ampliando el placer que sentía, y ella se apretó más contra él. El pulso caliente y mojado de su liberación hizo que naciera en ella una urgencia imparable que la llevaba, sin pensar en las consecuencias, a adentrarse en el camino de aquella excitación que la consumía.

Pero no gritó.

Se tragó el impulso, lo aplastó en el fondo para que no escapara y darse a sí misma la satisfacción que su ego demandaba sin compasión. Un gemido burbujeaba en las profundidades de su cuerpo, era el sonido del más profundo éxtasis. Del triunfo. El triunfo que ella aplacaría cuando todo acabara, después de toda esa lucha había conseguido el éxito de conservar una pequeña parte de ella a salvo de su influencia.

Cinder gruñó, la castigó mordiéndole los labios. El amoroso mordisco sólo añadió más placer, ella tembló con la fuerza de su orgasmo. Duró un buen rato. Finalmente se derrumbó, como si fuera un montón de huesos, contra el amplio pecho de Cinder.

Cinder la reclinó con cuidado contra el salpicadero. Sus manos empezaron a moverse bajo su sexo. Sus dedos se impregnaron del río de humedad que salía del interior para gotear en el vello rizado de la pelvis. Separó tanto los pliegues de la vagina que el aire fresco acarició la sensible carne. Tenía su mirada fija en aquel rincón secreto del cuerpo de la mujer y tembló contra ella.

Al reclinarla, había conseguido dominar su cuerpo. En esa postura sólo él podía moverse para llegar a su interior. Cinder se inclinó hacia delante y dejó caer una buena cantidad de saliva encima de la sometida carne. Quemaba. Al caer chisporroteó como si les hubiera salpicado, pero enseguida se enfrió al ponerse en contacto con la humedad que emanaba de su sexo. Steffy alzó la voz como si quemara en ella, era una sensación de dolor y placer exquisitos. Sus miradas se encontraron lanzando un

presuntuoso desafío.

— No gritaré —dijo a la defensiva y con voz ronca.

— Estás rozando el límite cariño. —dijo él riendo peligrosamente.

Él metió su verga hasta el final y ella llegó una vez más al orgasmo. Mientras la mujer jadeaba y gemía, Cinder rió en silencio contra sus labios. La acarició con sus manos repetidas veces, extendiendo su calor desde el cuello hasta las rodillas, en señal de recompensa por la intensidad infinita de su respuesta.

Cuando Steffy se relajó un poco, empezó a acariciar y tirar de sus pezones de una forma impresionante, devolviéndola de nuevo a la cima de la excitación. Cinder hundió las caderas y, con su pene totalmente enterrado en ella, empezó a realizar movimientos circulares. Sin poder creérselo todavía, Steffy ahogó un grito cuando llegó otro orgasmo.

Tras la liberación del éxtasis, su cuerpo parecía un charco de dolor que iba creciendo. Sus sentidos se agudizaron tanto que el simple hecho de sentir la humedad del aliento de Cinder sobre sus labios ya era una auténtica tortura sexual. Temblando y débil, tan sólo podía quedarse allí mientras una y otra vez él asaltaba su cuerpo. Conocía todas y cada una de sus zonas erógenas, cada uno de sus deseos secretos, y los usó contra ella como si fueran armas de terciopelo.

Cuánto placer. Sus dientes le dolían como consecuencia de la tensión.

La punta de uno de sus dedos le presionó el clítoris, hizo que una nueva ola de calor creciera en su interior y sollozó mientras de nuevo tenía otro orgasmo. Pero no gritaría. Cinder profirió un juramento ante la nueva derrota y contraatacó fuertemente con su cuerpo y labios. Irritado, la embistió llevándola de nuevo al éxtasis, haciéndola enloquecer con la lujuria y el placer.

En el condón se derramó el fuego líquido que representaba la esencia de la liberación de Cinder. Steffy lo sintió abrasando en su interior, como si no hubiera ningún tipo de barrera entre ellos. Tenía las uñas clavadas en sus bíceps, dejando pequeñas señales sangrientas en forma de medias lunas sobre la lisa y tensada piel. Su cabeza cayó relajada hacia atrás cuando Cinder la acercó de nuevo a él.

— Follarte es como revivir en un mismo momento todos y cada uno de mis sueños más húmedos. —Murmuró él contra su garganta.

— Y montarte es como montar al mismísimo fuego. —ella intentó, aunque sin éxito, sofocar la risa mientras decía estas palabras. Era cierto, tenía que admitirlo.

— No gritaste —pareció dolido, tenía la mirada fija en ella. Su cara no reflejaba ningún tipo de pena, pero una duda le surgió al percibir un atisbo de dolor en su voz.

Tal vez la amaba un poco.

Steffy todavía no se atrevía a preguntarse a sí misma si le quería.

— ¿Por qué es algo tan importante?

Él no contestó de forma inmediata, simplemente la levantó, empujándola por el trasero, y retiró el condón de su pene que todavía mantenía unas dimensiones impresionantes. Los cristales estaban empañados y no podían ver nada más allá del interior del coche. Bajó la ventanilla y tiró en condón al exterior. El aire frío entró furtivamente y bailó sobre el sudor que

humedecía su cuerpo, refrescándola, antes de que Cinder volviera a subir la ventanilla del coche.

— Me gustaría saber que puedo inspirar ese tipo de entrega en ti. Te reprimes tanto, incluso cuando estás en pleno orgasmo —parecía que escogía sus palabras con cuidado antes de continuar— sin duda, si tu gritaras, yo sabría que he cumplido con mi obligación de colmarte de placer, de destruir todas tus barreras.

Steffy frunció el ceño. Si hiciera lo que le pedía, entonces ya no le quedaría ningún tipo de defensa contra él. Significaría que la habría sometido ¿Cómo podía entregarse hasta ese punto si jamás había sentido algo así?

— Simplemente no soy una mujer que grita. —dijo con fingida ligereza.

Los ojos de Cinder ardieron mientras le mantenía la mirada.

— Toda mujer grita con el hombre adecuado.

Ella resopló.

— Qué cosa más machista acabas de decir. No todas las mujeres gritan.

— Tú lo harás. Algún día gritarás para mí.

Steffy no dijo nada. Lentamente retrocedió hacia su asiento. Al menos ya no tenía frío. La temperatura del interior del coche se había elevado tanto que parecía un invernadero. Fue difícil, pero consiguió sus medias y zapatos desde los límites de su asiento.

Steffy pegó un brinco y gritó asustada cuando oyó que alguien golpeaba la ventanilla.

Capitulo 10

— ¿Entonces los demonios han dominado de algún modo el Viaje?— exclamó Cady.

—Eso temo. Zim y su equipo vieron al grupo contra el que lucharon anoche aparecer como de la nada. No son tan buenos como uno de cualquiera de los nuestros de la Casta de los Viajeros, pero son muy peligrosos con éste nuevo poder a su disposición.

— No puedo creerlo. ¿Cómo es posible? —Obsidian estaba incrédulo.

—Los Demonios son muy similares a nosotros. Era, probablemente, sólo una cuestión de tiempo antes de que desarrollaran sus rasgos de Casta. — dijo Tryton con desaliento.

Obsidian, Cady, Edge y El Viajero estaban sentados en los aposentos personales de Tryton.

Las inesperadas noticias de Zim los habían reunido a todos allí para un encuentro de emergencia donde discutir su próximo paso para controlar la amenaza de los Demonios.

— ¿Por qué son similares a nosotros, Tryton?

El Mayor de rubio cabello comenzó, claramente sin esperar tal pregunta. Lanzó un vistazo en dirección al Viajero y Cady se preguntó por los muchos secretos que sin duda había entre ellos.

— Simplemente lo son, supongo.

—Ah, Ah, ni hablar. Vi esa mirada en tus ojos. Sabes algo y no lo estás diciendo. —lo empujó sin piedad.— Escúpelo.

Tryton suspiró.

— Lo que elijo compartir con vosotros debería ser suficiente. No necesitáis saber más que eso, creedme.

— ¿Sabes algo acerca de los Demonios que no nos estás diciendo?— preguntó Obsidian sin una pequeña cantidad de sorpresa.

Cady creyó sin duda que se derivaba de la suposición de que su líder no había tenido secretos para él durante años. Era, después de todo, el guerrero en que más confiaba Tryton.

— Guardo silencio cuando lo deseo. Pero no me guardo secretos que podrían heriros. —dijo Tryton firmemente.

La tensión aumentaba por segundos. Expertamente, Cady los condujo lejos del peligroso asunto, sintiendo culpabilidad por que ella había sido la causa de todo.

Sabía que había hecho demasiadas preguntas. Pero todavía era humana en la forma en que pensaba las cosas... no siempre aceptaba las cosas a ciegas como parecían hacer los Shikars.

— Entonces, si esos Demonios pueden viajar, ¿qué significa eso para nosotros?

— Significa más peligro para nuestros guerreros en los Territorios.

Tryton parecía tan impaciente como ella por dejar de lado la conversación sobre los secretos. Pero Cady no era tonta. Sabía que volverían a él y pronto. Sólo esperaba que no se hiriesen sentimientos cuando el tiempo de las revelaciones llegase.

— ¿Únicamente en los Territorios? ¿Qué pasa aquí? ¿Pueden venir los Demonios aquí? —preguntó Cady, pensando enseguida en la seguridad de su hijo pequeño, Armand.

— No. Tenemos guardias fuertes aquí para protegernos de una amenaza como esa. Los antiguos hechizos nos protegen de cualquier invasión. Pero la superficie de este mundo no está tan bien guardada. Y las dimensiones que nuestros Viajeros frecuentan, también están en peligro. Aunque los Demonios parecen bastante contentos con devastar la Tierra y no éstos otros tan poco atractivos.

— Somos ya escasos en los Territorios. Hemos perdidos muchos guerreros en los meses pasados y sólo hace unos días perdimos un equipo entero en batalla. ¿Qué podemos hacer para encontrar y neutralizar esta amenaza? — suspiró pesadamente Obsidian.

— Debemos dividir nuestros equipos en unidades más pequeñas .—sugirió Tryton.

— ¡Pero eso es un suicidio! —jadeó Cady.

— Esta guerra se ha vuelto muy peligrosa demasiado rápidamente. — refunfuñó Tryton.— Debo tener tiempo para pensar y consultar con el Consejo. Sabía que ninguna decisión podría ser tomada aquí entre nosotros. Convoqué esta reunión simplemente para dejar que supieseis, mis más leales guerreros, a lo que os enfrentáis ahora.

— Te lo agracemos, Mayor. —dijo Obsidian con gran respeto por su amigo y líder.

— Debemos traer de vuelta a Cinder —dijo Edge, hablando por primera vez desde que había llegado.

— Lo sé. Y creo que Steffy tendrá que venir también. Ahora es su mujer. —sonrió Tryton.

— ¡Lo sabía! —dijo excitado Cady.— Eran demasiado tacaños como para no sentirse atraídos el uno por el otro.

— Sólo tú podrías asociar la tacañería con la atracción, Cady. —dijo Obsidian secamente.

— Calla, Sid. Sólo estás cabreado por que te lo dije y no me creíste.

— Creía que eras demasiado señora como para restregármelo por las narices —contestó él.

Cady resopló.

— ¿Es posible que pueda convertirse en una Shikar?

— No lo sé. —dijo Tryton sinceramente.— No estoy seguro de lo que hizo posible que Cady pasará a nuestro mundo como lo hizo. Sólo tendremos que esperar y ver.

— Quizás nuestra semilla no sea un veneno para los humanos después de todo, pero sí un elixir que pueda volverlos uno de nosotros. —dijo Edge pensativamente.

— No. —La voz de Tryton fue un trueno que resonó por todas las paredes de la habitación— Nuestra semilla es veneno para las mujeres humanas. De eso no puede haber duda.

— ¿Cómo lo sabes seguro? —lo desafió suavemente Edge.

— Una vez, hace mucho, una mujer murió en los brazos de su amante Shikar. Un resultado directo de haber yacido con él. Fue el primer momento

en que ocurrió una tragedia como esa. Y durante años hubo otras, solamente unos pocos agradecidos, que murieron. Eso es por lo que el Consejo ha prohibido el sexo entre nuestras especies. —los ojos de Tryton estaban sombríos.

— ¿Qué hay del sexo entre las mujeres Shikar y los hombres humanos? — preguntó Cady curiosamente. Nunca había oído a nadie hablar del tal cosa.

Tryton y el Viajero se giraron hacia ella. Sintió el peso de sus miradas y se preguntó qué era lo que había dicho para ganar una reacción tan fiera.

Las palabras de Tryton parecieron comedidas. Vacilantes.

— No hay ningún veneno en el abrazo de una mujer Shikar.

— Bueno, a pesar de todo, tenemos que recuperar a Cinder pronto. Si Stefany desea venir, entonces que sea bienvenida, digo yo —bromeó Cady.

Tryton asintió en acuerdo pero las oscuras sombras no abandonaron nunca sus ojos. Cady se preguntó que conocimiento o recuerdo se guardaba que pusiese tal mirada en sus profundidades. Dudo que le sirviese de algo preguntar. Tryton era muy buen guardando sus propios secretos.

Pero aún así… no podía evitar preocuparse.

* * * * *

Cady hizo girar su lengua sobre la espesa corona del miembro de su marido. Obsidian gimió contra su centro y se dobló aun más, empujándose más profundamente dentro de su boca.

Ella lo bombeó con sus manos y lo aspiró, lamió y mordisqueó. Ahuecó amorosamente en sus manos el pesado saco de sus testículos, haciéndolos rodar y acariciándolos de la forma que sabía que más salvaje le volvería.

Él gimió y se dobló más contra ella.

La boca de él trabajaba sobre ella, lamiendo, succionando y acariciándola hasta el dolor.

Sus dedos apretaron y separaron sus nalgas. Lamió el orificio de su ano y ella jadeó alrededor de su gruesa carne que llenaba su boca. Obsidian siempre había estado fascinado con su trasero, amándolo tan a fondo como el resto de ella.

Ella levantó los ojos para encontrar esos círculos negros que la observaban desde el otro lado de la habitación.

Grimm, gloriosamente desnudo, tumbado en su silla favorita a los pies de la cama, se acariciaba mientras los observaba. No sucedía a menudo que su amigo el Viajero tuviese tiempo para pasarlo con ellos, buscando tomar parte del amor que explotaba entre ellos.

Cady había estado, la primera vez, tanto incómoda como estimulada con su presencia.

Pero Grimm nunca se había tomado libertades con ellos. Se contentaba con observarlos.

Los ojos de Grimm observaban cada movimiento de succión sobre el miembro de su marido. Ella se retiró, decidida a darle un buen espectáculo, y lamió la corona con amplios y dramáticos movimientos de su lengua. Vio como Grimm exprimía su monstruosamente largo miembro y masajeaba sus testículos.

Ella sintió la lengua de Obsidian lamiéndole el ano, sintió sus manos pegándole suavemente en sus nalgas, antes de pellizcar y dejarlas sin duda de un brillante rojo.

Cady se tragó el miembro de su marido hasta que topó con el final de su garganta. La barbilla de Obsidian se movió contra su húmedo centro. Ella se movió contra su cara. Él contra la suya. Grimm jadeaba pesadamente mientras observaba.

Cady sintió la gruesa plenitud del Smyl, su juguete sexual favorito, cuando Obsidian lo deslizó dentro de ella. Las pesadas bolas que llenaba el eje del Smyl vibraron dentro de ella. El juguete se hinchó conforme a la forma de su canal, llenándola por completo, mientras temblaba y se movía en su interior. Las manos de Obsidian volvieron a sus nalgas, su lengua lamiendo desde donde la llenaba el Smyl hasta su ano.

Cady gimió alrededor del miembro de Obsidian. Se estaba corriendo. Miró a los ojos de Grimm, para dejarle saber que cerca estaba de satisfacerse. Su brillante cabeza negra cayó hacia detrás mientras observaba y su acariciadora mano aumentaba el ritmo. Ella meneó la cabeza más rápido arriba y debajo de la longitud de su marido.

Se corrieron a la vez. La salpicadura caliente de Obsidian inundó su garganta. Ella se tragó cada deliciosa gota. Su centro se apretó violentamente alrededor del Smyl y se corrió con un torrente en la cara de su marido. Él la limpió con su lengua, con un gusto y hambre, que simplemente hizo que se corriese más fuertemente. Vio la gruesa y cremosa salpicadura del orgasmo de Grimm chorrear sobre su vientre antes de que pudiese cerrar los ojos contra la fuerza de su maravillosa liberación.

Cady se dedicó al placer del abrazo adictivo de su compañero. Ni siquiera notó cuando Grimm desapareció, dejándolos tan silenciosamente como había llegado.

Capítulo 11

Cinder se puso rígido en el asiento y sudaba por el calor de él aumentado exponencialmente. La luz brillante de una linterna iluminó los límites del coche y Cinder se estremeció, sus ojos de Shikar eran demasiado sensibles a la luz artificial.

Steffy bajo la ventanilla de su lado del coche y, por primera vez, estuvo feliz de ver a un policía con su uniforme de policía verde.

— ¿Por qué continúa aquí? —preguntó correctamente el hombre, obviamente explorando el contenido de su coche.— ¿Tiene usted sus papeles del coche?

Steffy rápidamente le dio sus papeles del I.D. al oficial, agradecida de que el policía no hubiese llegado diez minutos antes.

— Nuestro coche está sin combustible y mi teléfono móvil no tiene cobertura aquí fuera. —Ella echó un vistazo al nombre sobre su insignia.— ¿Puede llevarnos a la estación mas cercana, Oficial Ehlers?

— Un momento, por favor. —Él fue para atrás, a su coche, donde su compañero esperaba, sin duda con la intención de verificar los antecedentes personales en su ordenador, en busca de cualquier autorización o violación. Ella agradeció a las afortunadas estrellas de que no tener ninguna. El policía habría asumido que todo el equipo que llevaba atrás en su coche podría ser robado. Unos minutos más tarde el policía apareció una vez más en su ventana y le devolvió sus papeles.

— Podemos llamar a un camión grúa para usted, Fraulein* Michanke pero estamos de patrulla y no podemos ofrecerle un paseo. Lo siento.

Los Policía y sus reglas; como los despreciaba Steffy.

— Un camión grúa me costará demasiado. Sólo tengo que reponer el combustible.

— Podría llamarle un taxi, pero pienso que sería muchísimo más costoso, de todas maneras, que viniera hasta aquí. —Le dijo el oficial con una risa desvalida, apologética.

— Llame al camión grúa —mandó Cinder al policía suavemente.— Pagaré por ello.

Steffy se agravió, sabiendo el dinero justo que Tryton le había dado para gastar aquí. Hasta no notaría el gasto. Pero lo importante del asunto era, el gasto de tiempo, dinero y el esfuerzo, lo que la molestaba. Ella bien podría permitirse el precio de un camión grúa; muy bien podría pagarla con lo que ganaba con su profesión, pero era notoriamente tacaña con su dinero.

— ¿Si le diera el dinero pueden ir ustedes a la gasolinera, y traernos combustible? Entonces podríamos conducir hasta la estación —preguntó ella, aferrándose a un hilo

— Lo siento, Fraulein. le ayudaría si pudiera, pero mi colega y yo debemos quedarnos en esta área, a no ser que, seamos retirados de ello. La gasolinera, no está en nuestra área asignada de patrulla.

— Maldita sea. —Stefany lo miró airadamente.— Bien. Llame al estúpido vehículo grúa

---

* palabra alemana cuyo significado es Señorita

Su mirada estaba perdida en el policía, cuando un angustiado grito sonó en el vehículo que lo esperaba. Todo pasó tan rápidamente que la cabeza de Steffy flotó. El policía, a su lado, sacó su arma con un rápido movimiento, fluido. La puerta de Cinder voló cuando salió del vehículo. Otro grito resonó, apagado en un murmullo y luego bajó misteriosamente silencioso

— Permanezca en el coche. —la orden del policía cayó como oídos sordos sobre Cinder, que dio un paso al coche.

— Cinder, haz lo que dice. —Steffy agarró sus manos y se estremeció cuando sus dedos se quemaron por el calor de su piel. El policía salió corriendo para investigar.

Su esquiva cabeza se echó hacia atrás en el coche y sus ojos brillaron peligrosamente.

— Esto no está bien. Soy tu guardia. Haz exactamente lo que te diga.

— ¿Qué pasa? —Su voz la sorprendió, estaba estable a pesar de su miedo repentino, aplastante.

Cinder no le contestó, simplemente miró hacia atrás en la noche, buscando en su entorno atentamente.

— Sal del coche, Stefany —le dijo, demasiado suavemente, con demasiado cuidado.

— ¿Qué pasa?

— Sal del coche, ¡maldita sea!. —Su voz era un áspero susurro.

Él no podía haberla asustado más si le hubiera rugido las palabras.

Ella salió del coche en el mismo momento en que oyó varios disparos a lo lejos. El segundo policía emitió un horrorizado grito de terror y dolor en la oscura y terrorífica noche. — Oh Demonios —gimió ella desvalidamente.

Cinder estuvo a su costado inmediatamente, arrastrándola a su lado cuando él corrió y se agachó detrás del coche.

— No hay ningún refugio en millas a la redonda.

— ¿Eso es bueno o malo? —preguntó ella, sabiendo desde el principio que no le iba a gustar la respuesta.

— No sabría decirte si es bueno o malo. Es bueno porque no veo a ningún Demonios tras nosotros. Es malo porque significa que no podemos ocultarnos de ellos. Solamente mató a aquellos hombres.

— ¿Qué te hace estar tan seguro que el Demonio esta ahí? —preguntó ella desesperadamente.

— Puedo sentirlos —murmuró él, todo el rato mirando alrededor con sus ojos, explorando su entorno como si temiera un ataque de cualquier parte, en cualquier momento. Pareció que tomaba alguna decisión después de varios segundos que pasaron en silencio.— Tú te quedas aquí. Voy a intentar sacarlo al descubierto, a cierta distancia de aquel coche. Si tienes cualquier problema, grita que yo te voy a escuchar.

— Definitivamente voy a gritarte si hay algún problema —le dijo ella.

Cinder se rió un poco.

— ¿Entonces es simplemente un Demonio lo que te hace gritar?

— *Scheiße* —ella respiró débilmente.— Pasa de eso, ¿vale?

Él le dirigió una sombría mirada difícil con sus ojos encendidos.

— Lo pensaré. Permanencia aquí. —Y luego se fue

Steffy sollozaba cuando se agachó detrás del coche. Odió el sentimiento de estar tan expuesta, no quería nada más que saltar a su coche y encerrarse ahí. Pero sabía que Cinder la había querido para una razón, aquí fuera donde ella tendría una posibilidad para escapar si fuera necesario.

¿Pero escapar a dónde? No había nada más que colinas, el maizal ocasional, y el pasto que se estiraba por millas a la redonda.

La luz de la lumbre de oro iluminó la noche a su alrededor, alarmante Cinder había encontrado a los Demonios. La luz se apagaba poco a poco y las manchas bailaban en su visión. Por la esquina de su ojo apreció un atisbo de objetos oscuros, grandes y pesados que se encontraban en la mediana de la calzada, con la persecución de Cinder detrás de ellos en la búsqueda inmediata.

—Como jode esta mierda de espera —murmuró Steffy y corrió, a toda velocidad, hacia el coche. Su ojo bien entrenado inmediatamente reconoció el turbo, el potencial de velocidad, del Mercedes de clase E cargado y lo encontró siendo más que satisfactorio

Casi se cayó al ver el cadáver sin cabeza de un policía.

— ¡Oh jodido infierno! —gritó e inmediatamente vació el contenido de su estómago a sus pies en el camino. Había vivido una vida algo difícil, había visto muchas cosas horribles pero nunca había visto un cuerpo mutilado antes. De hecho, nunca había visto un muerto antes de ese momento.

— Lo siento, señor. Es tan... muy, muy lamentable —gimió lastimosamente, sabiendo lo inútil que era pedir perdón en este punto, sin embargo el sentimiento de pesar cayó sobre ella, saber que tenía parte de culpa por ello, y todo debido a su estúpido aburrimiento y a la curiosidad, dio un paso por delante del cuerpo y de un tirón abierto la puerta lateral de conductor del coche

El otro oficial de policía, Ehlers, no estaba en ninguna parte, no se veía. Intentó no pensar en lo que esto podría significar.

Cerró de golpe la puerta, hizo funcionar el motor y ronroneo retumbando, lo que dio testimonio al poder del vehículo, quemando los neumáticos a través de la calzada. El coche rugió a través de la áspera hierba de la mediana, sin una sola queja, tan expertamente como ella lo dirigía en el mismo camino que habían tomado Cinder y los Demonios.

Una forma negra apareció delante de ella y gritó. Los faros destellaron la fangosa carne del Demonio. En vez de frenar, como era su primer instinto, empujó el acelerador a fondo. El coche atropelló de golpe al monstruo, enviándolo a volar por encima del coche y en la distancia de la noche. Steffy gruñía, pero mantuvo su pie sobre el acelerador.

Ahora sabía demasiado bien que los Demonios no podían ser parados tan fácilmente.

Vio una llama sobre la esquina del carril de enfrente y corrió. La inclinación, pero cuidadosamente manteniendo la rueda en movimiento mientras conducía, se lanzó con la puerta abierta de pasajeros y redujo la marcha de su velocidad.

— Apúrate, Cinder. ¡Qué llegan!

Cinder echó un vistazo atrás e hizo un doble asentimiento con la vista hacia ella en el coche. Él envió una llama de fuego a los dos Demonios que estaban delante de él y sin ahorrar una segunda mirada para ver si los había dañado, se zambulló en el coche cuando ella pasó, cerrando de golpe la

puerta detrás de él. Un Demonio apareció directamente delante de ellos, pero Steffy no gastó ningún tiempo en frenar o apartar el vehículo. Simplemente condujo hacia la bestia, lanzándolo sobre el techo del coche y volando por los aires.

— Pensé que te había dicho que te quedaras en el coche.

— Había más que solo esos dos. Golpeé a uno sobre el camino. Nos exceden en número y no quería esperar alrededor para averiguar solamente cuantos hay. —Sus palabras vinieron rápidas y furioso por el pánico.

— Por Grimm, ¿cómo llegaron hasta aquí los bastardos?

— No me preguntes, tú eres el experto sobre toda esta espeluznante mierda.

— Fue como si ellos solamente aparecieran. De la nada —murmuró él, como si hablara consigo mismo.

— Por lo general, ¿cómo llegan hasta aquí?

— Por entradas, agujeros en la Tierra.

— Tal vez hay uno cerca. —Sus ojos exploraron la calzada mientras volaba a lo largo de ella. No estaban realmente sus pensamientos sobre la situación al alcance de su mano. Demasiado ocupada estaba, aterrada sobre la idea que podría tener problemas con la ley si los cogían ahora. Dos policías muertos, mutilados, a lo largo del camino detrás de ellos y aquí ellos que se apresuraban a lo largo en el coche patrulla

Sin ninguna duda sobre ello, ellos estaban en una mierda muy seria.

— No suelo sentirme así. No soy un Cazador como Cady pero puedo sentir a los Demonios cuando están cerca y me sentí como... pero.... sería imposible.

— ¿Qué? ¿Qué sería imposible? —Su voz se elevó con alarma.

— Cady dijo que su presencia bajó y fluyó la primera noche que nosotros estuvimos en Hamburgo. Y esta noche fue lo mismo cuando los sentí. Al minuto estaban allí y al siguiente no. Casi como si Viajasen.

— ¿Qué es lo que dices? ¿Que estas cosas pueden aparecer siempre, en cualquier parte, donde quieran?

— No son lo bastante fuertes para hacerlo. Y solamente no puedo creer que puedan Viajar. Grimm ayúdanos, pero sentí algo parecido.

— ¡Ah jódeme.! —El motor del coche ronroneó más fuerte cuando aumentó la velocidad. Sus manos sudaron nerviosamente sobre el volante.

El coche tragaba las millas fácilmente, sin esfuerzo.

Cinder echó un vistazo tras ellos. Se giró. Entonces echó un vistazo hacia atrás una vez más.

— ¿Qué es eso?

— Nada.

Varios minutos pasaron. Cinder siguió echando vistazos tras ellos.

— ¿Cómo de rápido puede ir este coche? —le preguntó, de repente

— Bastante rápido —le dijo ella débilmente.— ¿Por qué?

— Ve un poco más rápido le dijo él con cuidado. Con calma.

Con Demasiado calma.

— ¿Por qué? —Su voz era casi un chillido.

Sus ojos quemaban los suyos, encendidos con ferocidad. Las luces del panel de mandos brillaron misteriosamente sobre su cara.

— Llega algo grande. Algo grande.

Steffy gimió y piso muy fuerte el pedal hasta el fondo.

Capitulo 12

La tierra se estremecía y temblaba, y el coche se habría desviado si no fuera por el recio control que mantenía sobre las ruedas.

— ¿Qué fue eso?. —Su voz estaba ronca debido al esfuerzo que le llevó el impedir que gritara.

— Debemos ir más rápido —gruñó él a modo de respuesta, lanzando furtivas y rápidas miradas tras ellos.

— ¡Vamos a 160 kilómetros por hora!

—No es lo bastante rápido.

— Oh, Dios. — Ella aumentó la velocidad hasta que el indicador de velocidad mostró los 185 kilómetros por hora.

La tierra tembló de nuevo.

Steffy miró en el espejo retrovisor.

—Oh, Dios mío, oh Dios mío, oh Dios mío

— ¡No mires atrás!

Pero ya era demasiado tarde. Lo había visto. El gigante… *eso*… que estaba causando que el asfalto tras ellos estallase como un géiser.

Lo que fuera que fuese, era enorme. Voluminoso. Y estaba excavando la tierra caliente y pesada tras su rastro, a pesar de su velocidad.

Cinder cogió la escopeta de caza armada que había bloqueado a la carrera. Una larga y resplandeciente espada de color rojo salió despedida de su dedo índice, cortando la cerradura como si fuera mantequilla. El olor a metal quemado impregnó el entorno.

Steffy sacudió la rueda de forma sorprendente. El coche se desvió de forma muy peligrosa sobre la temblorosa tierra antes de que ella lo enderezara de forma experta.

— ¿Qué fue eso?.

El sostuvo su mano y la brillante espada se retiró de nuevo a su carne.

—Una de mis cuchillas. No los uso muy a menudo.

— ¿Cuchillas? —preguntó ella débilmente. ¿Qué demonios era una cuchilla?

—Te lo explicaré más tarde —le dijo él impacientemente.— Sólo conduce. —Él situó la escopeta entre los dos asientos.

—. Steffy Esto va a ser realmente ruidoso —fue toda la advertencia que dio antes de comenzar a disparar.

El parabrisas trasero explotó violentamente.

Los oídos de Steffy tronaron y su cabeza se bamboleó aturdidamente. Apenas pudo mantener el control del coche. Cinder se recostó sobre sus asientos, cargó la escopeta, y disparó de nuevo. Y otra vez. Disparó hasta que Steffy perdió la cuenta, sus oídos ensordecidos por el ruido, entonces se volvió a girar.

— ¡Maldita sea, mujer, ve más rápido!

— ¡Voy tan rápido como este maldito coche puede ir! —gritó ella.

— Santa Horda —gruñó él, deslizando su pie hacia el de ella, donde descansaba sobre el acelerador.

— ¡Oh, si, como si eso fuera a ayudar! Ya lo había pisado hasta el fondo — El coche se meció peligrosamente mientras el pavimento que estaba alrededor de ellos se levantaba.— ¡Quita tu maldito pie!

Cinder lo retiró y Steffy oyó que la música de su cabeza alcanzaba un alarmante crescendo. Necesitaba pensar. Necesitaba idear un plan para superar la estrategia de la cosa que estaba acortando distancias con ellos. Dejó que sus instintos aflorasen, confiando en el sentido precognitivo que desesperadamente deseaba que estuviera allí, tal y como Tryton le había dicho, y sintió como su miedo desaparecía casi inmediatamente.

— ¡Continua! —rechinó ella.

Dejó el coche en punto muerto, quitó el pie del acelerador, y dio un tirón del freno de mano. El coche se deslizó en el controlado giro que Steffy había orquestado, haciendo casi un ángulo de 90º grados en un impulso ciego que acabó en un maizal lejos de la carretera principal. Quitó el freno de mano (sólo lo había necesitado para ayudarla a hacer detonar el cambio en un engranaje más bajo para conseguir una mejor tracción y pisar el acelerador hasta el fondo una vez más).

— Mierda. Ni siquiera había visto esta carretera. —dijo Cinder con sorpresa.

— Yo tampoco —admitió ella.

Cinder la miró con algo semejante a la sorpresa reflejado en sus ojos. Steffy lo ignoró, atravesando el camino áspero y estrecho al que difícilmente podrían llamar carretera.

— ¿Los hemos perdido? —preguntó ella.

Cinder miró hacía atras.

— No los veo.

— ¡*Scheiße*!. —Steffy gritó y dio un brusco tirón al volante para girar a la derecha. La cosa de alguna manera había aparecido delante de ellos a no más de unas pocas yardas. Apenas había tenido tiempo para reaccionar tras haber visto aparecer esa monstruosidad.

— ¡*Viajero*!— rugió Cinder.

El coche comenzó a dar tumbos y saltos de forma alarmante mientras ellos se deslizaban sobre los altos e infinitos tallos de maíz. El motor zumbó y chilló mientras la vegetación ahogaba su entrada de aire. El volante tembló peligrosamente en sus manos.

— Cinder .—Steffy susurró su nombre, presintiendo instintivamente lo que iba a suceder.

— ¿Qué? —dijo él de forma tranquila, como si también supiera lo que iba a pasar.

— Siento no haber gritado para ti. —Una extraña calma la envolvió.

— No dejaré que muramos de esta manera —dijo él, su voz sonando ya lejana para los oídos de ella.

— Deberías saber que te amo —admitió ella, sabiendo que era verdad y dándose cuenta que ahora, de todas las veces, era cuando importaba más que nunca que le dejara saber cómo se sentía.

El coche saltó y fue aerotransportado sobre una pendiente oculta en el suelo, y dio 3 vueltas de campana. El sonido chirriante de la rasgadura del metal y rotura de cristales llenaron el aire con una sinfonía de sonidos que se mezclaban y reproducían durante momentos interminables con la música de

la mente de Steffy. El dolor recorrió sus extremidades. La sangre se derramó en sus ojos. El coche dio otra vuelta de campana y después paró, casi despacio, a un lado.

Entonces todo se quedó inmóvil. Y hubo silencio en la noche una vez más.

Capitulo 13

— Stefany. Demonios, Steffy, despierta

Pero ella no quería despertarse. Ya que con la conciencia vendría el dolor, y ya había tenido suficiente. No necesitaba o quería más ahora. Gimió y busco la bendita oscuridad una vez más.

— Despierta.

Unas manos la tiraban, sacándola de los restos.

Sus ojos se sentían pegajosos y luchó por abrirlos. La sangre nublaba su visión y la hizo estremecer. Sus labios estaban hinchados, partidos y doloridos, pero habló con dolor.

— Estás bien —gruñó. Incluso su garganta se sentía magullada.

Una brillante hoja metálica roja paso como rayo y cortó el cinturón de seguridad que todavía la sostenía atrapada en el destrozado coche.

— Estoy bien. Ya me he curado. Es por ti por quien estoy preocupado —la liberó, puso un brazo en su espalda, otro debajo de sus rodillas y la sostuvo contra sí.

Corrió con ella, dentro del denso campo de maíz.

— ¿Dónde están los Demonios? —Su tono parecía soñador y drogado a sus oídos. Todo se sentía ahora de manera surrealista para ella.

Cinder la bajó gentilmente al suelo. Sus manos la recorrieron, buscando heridas y llenándola de calor, aliviando algunos dolores.

— Creo que tienes algunas costillas rotas y un hombro dislocado. Tu cabeza está sangrando. Mierda estás sangrando por todas partes —Su voz resonó a través de sus apretados dientes.

— ¿Dónde están los demonios? —repitió ella

Sus ojos brillantes la miraron. Cinder se estremeció al ver los cortes y las contusiones que estropeaban su cara

— No se. —Admitió con un gruñido.

Se callaron, escuchando a sus enemigos

— Sal de aquí antes de que vuelvan —dijo suavemente Steffy, viendo su preocupada cara en las sombras.

— Eres estúpida si piensas que te voy a dejar aquí —se retiró enojado y evitó mirar su forma herida.

— Cinder

Sus ojos se encontraron de nuevo.

— Vete. Por favor vete. Necesito… Necesito… —Tosió y la sangre cayó por su barbilla.— Necesito saber que estas a salvo —terminó con un resuello. El dolor que envolvía su cuerpo se intensificó y no estaba segura si eso era bueno o malo. Bueno porque eso significaba que estaba viva y podía sentir. Malo porque podría significar que no estaría viva por mucho tiempo.

— No. No te voy a dejar —gruñó Cinder, recorriendo su cuerpo con sus manos una vez más. El calor que dejaba, escapaba de su cuerpo por que lo rechazaba. Parecía que su cuerpo no necesitaba el calor.

Su cuerpo estaba empezando a apagarse, entrando en schock.

La tierra se estremeció debajo de ellos. Llamando su atención.

— Ya vienen —susurró Steffy.

— Tienen un Gusano Canker con ellos

Steffy estaba demasiado débil para preguntar que demonios era un Gusano Canker.

— Vete. Vete de aquí

— No —la levantó, sosteniéndose en sus pies aunque se sintieran vacilantes.— Los afrontaremos juntos

Mitad cargándola, mitad llevándola más profundamente en el campo.

— Estoy herida Cin. Solo te atrasare. Déjame aquí. Estoy tan cansada — gimió

Cinder no dijo nada, solo la apretó más a él y apresuró el paso. La tierra se estremeció y les envío una tropezadura pero Cinder simplemente la evito y siguió su camino.

— No podemos superarlos

— Lo se —dijo Cinder simplemente.

No habían recorrido más de la mitad del campo antes que una violenta y gigantesca criatura saliera de la tierra delante de ellos, grandes pedazos de tierra volaban al cielo cuando salió.

Steffy estaba muy débil para hacer nada más que temblar al ver a la criatura enfrente de ellos.

El Gusano Canker se elevó del suelo, su cuerpo medía al menos treinta pies* de diámetro. Su longitud encima de la superficie era quince pies*, si eso era una pulgada no podría adivinar cuanto mediría la parte de su cuerpo que estaba bajo tierra. Tenía la forma de una lombriz pero ahí terminaba el parecido. Su cabeza estaba dividida en dos partes y los estómagos profundos de sus bocas estaba llenos de colmillos marrones del tamaño del cuerpo de Steffy.

Su cuerpo era de un negro parduzco y su carne parecía una mezcal de escamas y fango. El rezumamiento de aguas hirviendo coció al vapor y corría con pus amarillo por todas partes de su forma, quemando la tierra donde estaba. El olor de carroña putrefacta llenó el aire y Steffy más allá del dolor, miedo o razón se tapó cuando el hedor lleno su nariz y su boca con su calor rancio.

Un Demonio grande estaba encima del gusano, como un humano montaría un caballo.

Steffy podría jurar que oyó y sintió el ritmo del pesado corazón del Demonio

Boom. Boom. Boom.

Resonaba con ritmo perfecto en su mente

— No lo mires Steffy —Cinder la apretó más, empujando su cabeza a su pecho en un gesto protector.

Steffy estaba tan cansada, tan atemorizada para hacer nada más que dejarlo. Sabía que iban a morir.

— *Eprish 'ald Horde, primarsandh*! —vino el grito de guerra del Demonio y su voz tenía el sufrimiento de mil almas malditas, el mal de un millón de corazones negros. Su ira, la de un ejercito infinito.

---

* 9'15 metros
* 4'57 metros

Los últimos vestigios de fuerza dejaron a Steffy ante tal odio oscuro. Se encorvó pesadamente contra Cinder, cayendo de rodillas, aun cuando puso sus brazos alrededor de su cintura en un esfuerzo para mantenerse de pie.

Pero Cinder permaneció de pie. Tan fuerte y feroz como siempre, el orgulloso guerrero Shikar siempre en medio de sus enemigos. Los Demonios se movieron flanqueándolos, rodeándolos y Cinder ni siquiera parpadeó. Afrontó a los Demonios y al monstruoso Gusano con serenidad tan casual y frío como si fuera a una cena.

Si Steffy no hubiera estado en medio de una tormenta de dolor y miedo se habría reído de la vista.

— Danos a Steffy y te mataremos rápido

Steffy sofocó un grito de terror. Oyendo su nombre salir de los pútridos labios del Demonios encima del Gusano, hizo que su corazón se detuviera en su pecho antes de que continuara su ensordecedor tartamudeo. *¿Cómo sabia su nombre ese monstruo?*

— ¿Por qué la quieres?

— ¡Dánosla! Arr'chenshidd'ald Horde. No invoques nuestra ira

— Ven por ella si piensas que tienes el coraje —lo desafío Cinder arrogantemente.

La tierra rodó. La carga del gusano se detuvo en el último momento por el Demonio encima de él… pero solo apenas.

— Morirás Shikar —sombras rezumaron sobre el cerebro de Steffy al escuchar la demoníaca voz del monstruo.

— Después de ti

Steffy se agarró a Cinder, sabiendo que hacía tal cosa como alarde. Él la miró y los demonios alrededor de ellos inexorablemente se iban acercando. Sus ojos se quemaron y un halo de calor los envolvió.

— Sujétate, cariño, sujétate fuerte

Había una intensa oleada de calor. Esto comió sus ojos y boca. Steffy cerró ambos y enterró su cara contra su muslo cuando se arrodilló contra la tierra. Más calor los tragó, atravesando a Cinder y a ella más allá.

Los Demonios se lanzaron con un grito poderoso.

La tierra alrededor del Gusano se estremeció y se llenó de fuego.

Detrás de sus párpados cerrados, Steffy vio un parpadeo brillante naranja crecer.

Entonces vino la elevación de calor agonizante. El rugido de la llama. El sonido crujiente de la vegetación quemándose. Y el grito de muchas cosas muriéndose.

Steffy abrió sus ojos, pero el calor y la luz la sumergieron.

Y fue tragada en llamas por el poder de Cinder cuando explotó en un resplandor que tragó el mundo.

* * * * *

Largos minutos, quizás horas, después; Steffy abrió sus ojos y vio las manchas que bailaban ante su vista. Sus manos dolían por haber sujetado a Cinder fuertemente y por tanto tiempo. Cinder respiraba fuerte, pero parecía que era lo único que tenía. El olor de pelo quemado lleno su nariz y vio que las puntas de su pelo habían sido chamuscadas.

Pero a pesar de eso parecía ilesa por las llamas de Cinder.

Sin embargo los Demonios, no tuvieron tanta suerte.

De hecho, ellos y el gusano habían desaparecido completamente. Quemados hasta las cenizas. Junto con varios cientos de yardas de maizal. Steffy jadeó al ver el daño que Cinder había causado a su alrededor. Estaban en medio de un masivo círculo negro, carbonizado. El humo todavía se elevaba en mechones perezosos de los tallos de maíz que todavía ardían sobre el campo.

Cinder había tenido éxito en devastar varios acres de tierra. Los redujo a basura con la explosión de su poder.

— *Scheiße* —dijo Steffy débilmente, mirando alrededor con asombro

— Por Grimm —dijo Cinder tembloroso— ¿En realidad hice esto? —Steffy vio que sus ojos se abrían con asombro.

— ¿No querías hacerlo? —gritó Steffy, un poco acobardada por la obvia sorpresa

— Yo nunca —suspiró— había hecho algo así. No sabia que podía

— Scheiße

Cinder quitó sus ojos del campo quemado con una expresión que parecía casi de horror. Steffy no encontró ninguna comodidad al saber que él estaba tan sorprendido como ella de los resultados de la liberación de su control. No, es que fuera ingrata por esos resultados ¿estaban vivos, verdad? Pero todavía desalentaba saber que Cinder no era consciente de su propia fuerza y poder.

Sus ojos se encontraron e inmediatamente se enfocaron sobre su situación.

— Vamos, tenemos que salir de aquí. Y necesitas asistencia medica

— Joder ¿Como demonios voy a explicarle todo esto a un doctor? —Se rió Steffy… y terminó tosiendo profundamente.

Su corazón y mente se acobardaron al ver la brillante sangre roja que manchaba sus manos.

Capítulo 14.

— No cierres los ojos, ¡demonios!. Quédate conmigo —Cinder la arrastró con él y corrió hasta el viejo camión estacionado negligentemente en el camino de grava de la casa de la granja.

— Estoy tan cansada —susurro— Déjame descansar

— Si te duermes ahora no despertarás —dijo con brutal franqueza. Miró su pálida cara cuando ella trató de apoyarse contra él y descansar. Apretó los dientes alrededor de una ola de pánico. Ella no iba a lograrlo.

Lo lograría, hizo un voto. La obligaría a vivir si fuera necesario.

— Hemos caminado durante horas —gimió Steffy lastimosamente

— Solo una hora. Tuvimos suerte de que este lugar no estuviera tan lejos —se acercó furtivamente al camión.

— No puedes conducir. Lo haré yo. —Sólo esperaba que no fuera tan difícil de dominar o ambos estarían acabados. Amanecería dentro de las dos próximas horas.

— Entonces espero que este trozo de chatarra sea automático—refunfuñó.

Cinder probó la puerta pero estaba cerrada. Maldijo negramente, y sacudió a Steffy cuando intento dormirse. Había estado sacudiéndola, más y más veces, en el curso de una hora. Rompió la ventana con su puño. Tan rápido como pudo, abrió la puerta y puso a Steffy dentro. La siguió, mirando alrededor, con cautela, para asegurarse de que nadie había oído el ruido.

— ¿Cómo lo enciendo?

— Ve bajo las viseras. Podría haber un juego de llaves de repuesto, aunque lo dudo —Steffy visiblemente luchaba por ayudarlo todo lo que podía. Las magulladuras y cortes que cubrían su cara y su cuerpo eran un contraste alarmante con la blanquecina palidez de su piel.

Y desde luego no había llaves de repuesto para ser encontradas.

— Sujétate —dijo Steffy y ebriamente se inclinó hacia abajo del entarimado, en los pies de Cinder. Tocó los cables indecisa y en minutos el motor del camión rugió a la vida. Steffy se inclinó hacia atrás con una risa turbia.— Solía encender un coche nuevo en menos de un minuto. Debo estar durmiéndome —suspiró y se inclinó pesadamente en su asiento.

La puerta de la casa se abrió y un hombre en ropa de cama salió corriendo hacia el camino moviendo sus manos y gritando.

— Mierda, ¿Cómo hago esto? —gruñó Cinder

Steffy se inclinó y cogió el cambio de marchas.

— Esto es la marcha atrás. Golpea el acelerador, ese pedal de ahí —lo señaló débilmente— y regresa al camino

De algún modo Cinder logró hacerlo. Los neumáticos lanzaban grava al enojado granjero cuando aceleró marcha atrás. Pisó los frenos al golpear el pavimento del camino, sacudiendo brutalmente el vehículo. Steffy alcanzó y movió la palanca.

— Eso es avanzar. Es todo lo que necesitas saber —sonrío alentándolo, pero fue arruinado cuando su labio partido comenzó a sangrar de nuevo.

Cinder pisó fuerte el pedal y se apresuraron por el camino. Primero era inestable, luego se acostumbro a manejar el vehículo, pero al menos, fácilmente, avanzaban millas, en su camino de regreso a la ciudad.

— No te duermas —dijo Cinder mientras los minutos pasaban, que se vio forzado a sacudirla varias veces aquí y allá para puntuar su orden.

La tos de Steffy se hizo cada vez peor.

— Pienso que mis pulmones están jodidos —dijo densamente y por el tono de su voz, Cinder sabía que no era consciente de cuanto. Había entrado en shock. Probablemente todo parecía surrealista, de ensueño. Estaba más allá del miedo y el dolor.

No era buena señal.

Tosió de nuevo y sonó mojado. Burbujeante. Gruesa.

— Estarás bien —murmuró, como si al decirlo se hiciese realidad.— Solo mantente despierta. Quédate conmigo

Alcanzó una de sus manos y la sostuvo. Su corazón palpitó al sentir la pequeña y fría mano, y la envolvió con su calor. El calor que se cernía debajo de su piel se movió para abrazarla, para protegerla con su calor. Empujó su poder sobre ella, temiendo lo que su frialdad creciente significaba.

No podía perderla. Preferiría morir mil muertes que estar sin ella un solo momento.

— ¿Te conté sobre la primera vez que utilice mi habilidad de Incinerador? —Preguntó sabiendo que no lo había hecho. Había sido tacaño con ella, rechazando compartir la mayor parte de su pasado con ella. Pero no más. Lo compartiría ahora con mucho gusto.

Con esperanza tendría una vida para compartir con ella.

Los ojos de Steffy estaban vidriosos cuando lo miró, pero podía ver la curiosidad nadar en sus profundidades así como el dolor. Vio que la curiosidad era buena señal. Una señal que mostraba que todavía estaba con él. Bastaría por el momento.

— Tenia nueve años de edad. Estaba con mi tía Desondra

— ¿Desondra es tu tía? —preguntó obviamente sorprendida

— Si —Se alegró al ver que volvía un poco su conciencia— Siempre fue totalmente fría, como diría Cady alegremente. Me gustaba pasar el tiempo con ella. De todos modos, estaba con Desondra cuando sucedió. Mi madre era miembro del Consejo y mi padre estaba fuera protegiendo las Puertas. Desondra y yo hacíamos tiendas de campaña con sábanas en su sala

Steffy se rió.

— Yo también hice eso cuando era pequeña

— Avanzábamos lentamente alrededor de ellas cuando de repente las sabanas solamente se encendieron. Recuerdo que mi piel se sentía hinchada, dolorida y caliente y entonces, ¡Poof!. Había llamas a mi alrededor.

— ¿Qué hiciste?

— Bueno, me asusté —admitió— Mi padre había sentido que yo seria un Incinerador pero realmente nunca pensé en ello, entonces estaba más que sorprendido cuando pasó. —Nunca había compartido la bochornosa historia con nadie. Desondra siempre fue la única que lo torturaba con la narración.— Grité como una niña pequeña y empecé a golpear las llamas. Pero cuando hice eso, las llamas salieron disparadas de mis manos y el fuego sólo empeoró. Desondra quedó atrapada en medio. Su pelo se chamuscó completamente hasta que sólo quedo un rastrojo, pero aparte de eso las llamas parecían no hacerle daño. No lo sabía entonces, pero estaba protegida del fuego, sobre todo, porque tenía el suficiente control sobre la

magia del fuego para mantenerla a salvo. Ahora estoy agradecido por eso. — Pensó en la anterior explosión de fuego y estaba doblemente agradecido de que Steffy no hubiese salido herida al perder el control.

Cinder había quedado tan sorprendido como ella por los resultados de la liberación de su poder.

Y pensar que no había soltado completamente el control. Se estremeció al pensar que pasaría si soltara de lleno su poder. Tryton había estado durante años con él para que intentara hacer eso… pero había rechazado hacer tal experimento. Bastante simple, no sabia de lo que era capaz.

— ¿Como apagaste el fuego?

— Tryton entró rápidamente al cuarto, levantó sus brazos, y apareció la lluvia sobre nuestras cabezas y apagó las llamas. Desondra y yo nos sentamos en el desastre de agua y sábanas carbonizadas, luciendo como un par de ratas mojadas. Pensé que de seguro estaba en grandes problemas, pero después de unos minutos Tryton estalló en risas. Fue la primera vez que lo vi reír. Y no sabía que pensar

Steffy sonrío pero Cinder estaba alegre de que se abstuviera de reír. No podría soportar el sonido de su tos en ese momento.

— Desondra no me habló durante un mes entero, pero cuando su cabello empezó a crecer de nuevo me perdonó. Y mientras tanto, Tryton me tenía entrenándome con uno de los Incineradores para que pudiera aprender un poco de control sobre mi poder. La querida Desondra le encanta contar la historia en reuniones sólo para avergonzarme. Me perdonó pero nunca lo olvidó.

— Tuviste una buena niñez. —dijo Steffy con una sonrisa

Cinder apretó sus dientes por el recuerdo de sus palabras en cuanto a su propia niñez. Cuando el peligro pasara… visitaría a su padre. No le diría sus intenciones. Dudó que Steffy quisiera enterarse de los detalles de lo que le haría al bastardo. O que los aprobara.

Mejor guardar los negocios sucios para sí mismo. Y el Viajero, quien sin duda le ayudaría a localizar al hombre cuando llegara el momento.

— Lo mejor. Nosotros los Shikar cuidamos de los nuestros. Nuestras familias son lo más importante para nosotros

— Y después de la familia viene la seguridad de la humanidad

— Si —Nunca lo había visto como un esfuerzo noble, pero cuando ella lo decía de esa manera hacia que su corazón se llenara de orgullo.

— ¿Que hay de tus padres? Cuéntame acerca de ellos

— Se fueron del mundo viviente. Juntos como estaba escrito. Cuando tenía quince. Hace mucho tiempo… aunque todavía los extraño

Estuvieron callados durante un largo momento. La cuidad surgió delante. Steffy lo miró y su corazón tembló al verla.

— Me estoy muriendo Cin —dijo simplemente.

— No —soltó severamente.— No, no lo harás. No te dejare.

— Algo esta roto dentro de mí. Pero no duele —parecía obligada a tranquilizarlo.— Estoy bien.

— Estarás bien… — su voz se rompió. Apretó los dedos en el volante y aceleró.— Te conseguiremos un sanador.

— No. Ningún doctor. Ningún Hospital. No quiero morir en un lugar extraño. Llévame a casa

— No puedo curarte, Steffy. No tengo esa habilidad. Necesitas un sanador

— Ningún doctor puede ayudarme —las palabras sonaron con un carácter definitivo y apacible.

— No te dejaré morir —se ahogó.— Sólo aguanta, hasta que pueda llevarte a una clínica o algo

— No estés triste, Cin. No es tu culpa. Es mía. No debí de haber salido esta noche. Fue estúpido. Perdón

— Puedes estar segura que te azotaré, tonta, una vez que estés mejor. Pero te prometo que te gustará… si sólo aguantas por mí ahora

— Me gustas mucho, Cinder. Eres demasiado bueno. —respiró una risa apacible— Necesitas saberlo. No te sientas mal por mi, ¿de acuerdo? —tosió un poco.— Llévame a casa —suspiró.

La llevaría a casa. ¿Cómo no podría? Sabía, aunque rechazara aceptarlo, que estaba demasiado herida para que cualquier sanador humano pudiera ayudarla.

Diez minutos después la llevaba en brazos por las escaleras hasta su apartamento. Toses sangrientas sacudieron su cuerpo hasta que tembló. Pero no había nada que pudieran hacer. Cinder envío un consolador calor a su cuerpo, esperando que le ayudara a disminuir un poco su dolor, luchando contra las lágrimas de desesperación que amenazaban por acudir a él.

Abrió la puerta de la casa de una patada y casi la dejó caer de la sorpresa.

El Viajero les tendió la mano, poniendo sus manos con cuidado sobre la frente de Steffy, y los llevó a casa.

Capítulo 15.

Cinder se paseaba alrededor del dormitorio lo que debía haber sido una milésima de tiempo. Echó un vistazo en el espejo que estaba de pie contra la pared, frente a su cama, observando la escena de detrás de él con una mueca de dolor. Steffy parecía tan pequeña en su enorme cama. Esto no ayudaba a aquellos dos altos Shikars a elevarla cuando la colocaron allí.

— ¿Por qué lleva tanto tiempo? —murmuró él.

— Ellos consultan tanto las habilidades de Obsidian y Ágata para curarla. Está bastante golpeada —dijo Cady con cuidado.

Había pasado más de una hora desde que el Viajero los había traído aquí antes de ir a recuperar a sus sanadores más talentosos, Obsidian y Ágata. Como el Viajero había sabido que debía ir por ellos, Cinder no lo había preguntado. No estuvo seguro de querer saberlo. La idea de que el Viajero tenga una conexión tan fuerte con él o Steffy era muy alarmante.

El Viajero era demasiado poderoso para su propio bien y esto hizo que Cinder se inquietara.

La mano de Obsidian sobre su hombro lo asustó. Él había estado tan ocupado con sus propios pensamientos que no notó a su amigo venir. Esto nunca le había sucedido antes y contaba solamente que cuando Steffy estuviese bien de nuevo, le importaría.

El dolor en los ojos de Obsidian envió un cuchillo de hielo a su corazón. Cinder no quiso oír lo que su amigo tenia que decirle.

— No podemos ayudarla —susurró Obsidian.

— No. Tienes que ayudarla —gritó Cinder.

— Ambos lo hemos intentado, Ágata y yo. Pero su cuerpo humano es frágil, tiernas criaturas. Lo sabes. Sus cuerpos no se reparan tan fácilmente como los nuestros. Lo siento.

Cinder extendió la mano y agarró la camisa de Obsidian por los cordones en su garganta.

— Regresa ahí y ayúdala, maldito.

Los ojos de Obsidian brillaron peligrosamente.

— Si no fueras mi amigo, te daría de patadas en tu trasero por haberte atrevido a tocarme lleno de cólera —le dijo suavemente.

Cady se precipitó para separarlos.

— Cinder no pensó nunca en ofenderte. Déjalo ir.

— Lo siento, mi amigo. Su cuerpo humano está demasiado herido para curarlo. Lo siento. —La voz de Obsidian era gentil una vez más.

Cinder se ahogó y estuvo asustado al sentir lo ardiente que quemaban sus lágrimas cuando rodaban sobre sus mejillas.

— Tiene que haber algún modo… no puede morir. No así. No ahora.

El Viajero apareció silenciosamente, furtivamente al lado de ellos. Como un fantasma.

— Podría haber una posibilidad leve para salvarla, todavía. —Su cara, como siempre, estaba cubierta de la capucha negra que llevaba, pero Cinder podría haber jurado que vio algo allí. Algo que nunca había esperado ver en su vida.

— ¿*Grimm*? —susurró, más allá del shock.

El Viajero tomó una rápida distancia, distanciándose del descubrimiento de Cinder. Pero Cinder simplemente sabía que estaba de pie en la presencia de una leyenda. El Viajero era Grimm… y había estado todo el tiempo. ¿Lo sabía Tryton? Desde luego que lo sabría sin duda, por qué él consultaba tan estrechamente con el Viajero. Pero,¿por qué mantener su identidad en secreto?

Él se separó de la impactante revelación y se centró en el momento actual.

— ¿Qué puedo hacer para salvarla? Haré todo lo que pueda para ayudar.

— Esto no lo decidirás tu Cinder —dijo el Viajero con su voz hermosa, oscura.— La opción será de Steffy.

— ¿Significa que piensas traerla? ¿Hacerla uno de nosotros? —Cady aspiró la maravilla, comprendiendo la intención de Grimm antes de que los demás pudieran comprender la situación.

— Bien, Cinder hará los honores, desde luego. —dijo Grimm secamente.— Pero deberé estar aquí e intentar y mantener su alma. Y desde luego, no haré nada si Steffy decide no escoger este camino.

— Pero tendré que hacer el amor con ella para traerla —dijo Cinder, sobresaltado por una sacudida eléctrica ante la idea. — También se hará daño con eso.

— Si decide hacerlo, puedo sostener su dolor. Solo sentirá placer. No dejaré que sienta ningún dolor.

— No puedo hacerlo. No puedo hacerle el amor mientras este herida…

— Entonces morirá. —Grimm lo dijo con mucha calma, como podría haber dicho que el cielo era azul.

— ¡No digas algo así, maldito! No hables sobre ella como si su vida no fuera importante.

— Ella es solamente una humana. Cuando muera, cien más nacerán para tomar su lugar.

Cinder no dejó de pensar en como las significativas palabras lo dañaban, las palabras de Grimm deliberadamente eran insultantes.

— No es solamente cualquier ser humano, Hijo de perra. ¡Es mi mujer! Y no la dejaré morir. No puedo.

— Entonces harás lo que debe ser hecho para salvarla.

— Sí, maldito seas. Lo haré. Yo haría cualquier cosa para salvarla.

— Déjennos —ordenó el Viajero a los demás en el cuarto. Al cabo de algunos momentos, Cinder y Steffy estaban solos con Grimm, la leyenda.

Él caminó hasta la cama y se sentó al lado de Steffy. Metió un enredado mechón salvaje de pelo rosado atrás sobre su frente.— Si podemos traerla a nosotros, su cuerpo todavía tendrá que ser curado de sus heridas físicas. Su cuerpo Shikar fácilmente será reparado por Obsidian o Ágata. Pero… ya anda por las sombras, de la mano de la Muerte. No tenemos mucho tiempo para salvarla.

Cinder se unió a él y casi gritó ante la mirada de muerte pálida en la cara de Steffy.

— Apresúrate, entonces.

— Haré todo lo que pueda, tal como tú. Pero Cinder. —Grimm tiró la capucha atrás de su cara, revelando los ojos morados iluminados por las

estrellas, ojos de viajero, que pareció capaz de mirar el fondo del alma de Cinder y destapar cada secreto oculto que se encontraba allí.— No puedo prometerte nada. ¿Lo entiendes? Incluso no estoy seguro que saldrá de lo que haremos aquí.

En otras palabras, ellos volaban por lo desconocido.

— Gracias. Por intentarlo. —Le tomó mucho esfuerzo conseguir que las palabras salieran de sus entumecidos labios.

El Viajero inclinado cerca del oído de Steffy comenzó a susurrar palabras las cuales Cinder no podía oír. E incluso si pudiera, probablemente no hubiera entendido la lengua más antigua y primitiva de su propia gente.

Las palabras que tenían varios miles de años.

Tan viejo como el mismo Grimm.

* * * * *

— ¿Tú vivirás, Steffy? ¿Vivirás como uno de nosotros? —Las palabras estaban en una lengua que no reconocía… excepto en su alma que las entendió y esto era lo más importante, supuso

— Estoy cansada. —habló ella de la única verdad que realmente conocía.

— Lo sé. Te estás muriendo. Pero puedes vivir si lo deseas. No como un humano pero sí como un Shikar.

— No soy un Shikar.

— Puedes serlo, si tú, realmente lo deseas.

— ¿Cómo? —La esperanza era que ella estaba demasiado débil, demasiado cansada para sentir. Pero estaba allí, en todo caso, esperaba que pudiese reunir bastante voluntad para comprenderlo.

— La semilla de Cinder puede cambiarte. Puede traerte a nuestro mundo.

— ¿Su semilla?

— Su esperma. Él podría estar contigo ahora, podría hacer el amor contigo ahora, y tu tendrías una posibilidad de una vida nueva.

— Pero estoy herida. No puedo…

—Tú puedes. Y sentirás placer. Me ocuparé de ello, si confías en mí.

— No quiero morir. —admitió ella libremente, sabiendo que el hombre que le hablaba, de una voz tan hermosa, nunca vería la admisión como un signo de debilidad o de cobardía.

— Entonces haré todo lo que esté dentro de mí para poder mantenerte con vida. Pero, en un primer momento, llegarás a odiarme por salvarte.

— No. No te odiaré. Nunca podría odiarte. —Su voz la envolvió en una calmante comodidad. ¿Cómo alguna vez podría ella odiar al dueño de una voz tan mágica? ¿Cómo podría ella menos que confiar en amar y reverenciar la esperanza de vivir?

— Espero que hables con la verdad. Ahora atrás la mentira y el sentido, no más dolor. Ningún dolor, sólo placer.

Ningún dolor…ningún dolor…ningún dolor. Las palabras susurradas por su mente muchas veces lograron que no sintiera ningún dolor. Sólo una oscuridad tranquila que la sumió en los bordes crueles del mundo, impidiendo sentir dolor. Lejos de la muerte.

* * * * *

Los ojos morados de Grimm encontraron a Cinder.

— Ella sentirá sólo el placer de su unión. Pero debo quedarme y sostener su espíritu anclado dentro de su cuerpo o la perderemos. —Él se elevó y se colocó detrás del poste de la cama. Él bañó un dedo en la sangre que todavía se rezumaba de muchas heridas sobre su cuerpo y lo levantó a sus labios. Inhaló el olor profundamente, lamiendo la esencia de su sangre vital de sus dedos y contemplaron a Cinder.— Tengo su olor; ella no nos evitará. No le dejaré evitarnos. —Ahueco sus manos alrededor de la cabeza de Steffy, estuvo silencioso durante un largo momento, luego buscó a Cinder e inclinó su cabeza.

— Ya es la hora. Su vida está en tus manos ahora, amigo mío.

Capítulo 16

Cinder le acarició uno de sus pechos. No se había percatado del momento en que le había quitado la ropa. ¿Se habría dormido? Se sintió en un estado de ensoñación y con una pesadez física, que le daban la sensación de estar fuera de la realidad. Seguro que se había dormido.

— ¿Estas nervioso? —le preguntó en broma.

Los ojos de él se movieron hasta los suyos, sosteniéndole la mirada y haciéndole ver en ellos, algo parecido a la sorpresa.

— ¿No lo estas tú?

—No, tonto. Aunque adiviné que eras lo bastante viril como para acobardarme. —dijo riéndose suavemente y tan contenta, que hasta ella noto el tono seductor de su propia voz. — Al menos un poco.

Cinder miró sobre su cabeza, como si viera algo allí. Ella siguió su mirada, que permanecía fija por encima de la cama, pero solo vio sombras. Estaban en su habitación, en su casa Shikar. Se preguntó durante un instante como podían haber llegado allí, pero el pensamiento se deslizó fuera de su mente antes de que pudiera tomar forma. Eso no importaba, lo realmente importante es que estaban juntos.

— ¿Que miras? —le preguntó, mientras le acariciaba los músculos que ondulaban su pecho y su estomago.

— ¿Tu no puedes…no puedes ver?

— ¿Ver qué? —Se rió ella. — ¿Lo equivocado que estás, tonto?

Sus ojos pasearon sobre sus rasgos, como si fuera la última vez que pudiera ver su cara.

— Nada. No pasa nada malo.

Sus palabras sonaron precisamente a lo contrario……pero no sabría decir por qué. Su subconsciente le impidió profundizar en un tema tan potencialmente peligroso y se concentró, sin embargo, en el cuerpo desnudo de Cinder, en como este brillaba y quemaba sobre el suyo.

Sus labios paseaban suavemente sobre su frente, chamuscándola donde tocaban, hasta que se retorció con la creciente excitación. Pareció encender una luz dentro de ella, con besos que eran pura suavidad, mientras se paseaba por su cara y su cuello, llegando por fin a su boca. Paladeó el divino sabor de sus labios, con necesidad. Parecía que había pasado una eternidad desde su último beso.

¡Y era tan tierno!

Cinder nunca era tierno. Siempre había sido un amante brusco y exigente en la cama. Pero ahora la sostenía con tal ternura, que sintió como se llenaban sus ojos de lágrimas. Parecía querer demostrarle, con cada beso y cada caricia, lo preciosa que era para él. Ah, cuan profundamente le amó por eso.

Y sabía, sin ninguna duda, que lo amaría siempre.

Sus manos viajaban, como suaves plumas agitadas por un cálido viento, sobre las curvas de su cuerpo. Su piel vibró deliciosamente. Sus pezones se endurecieron y se hincharon, cuando sus palmas se deslizaron sobre su pecho con una delicadeza avasalladora. Él se dedicó a acariciarla desde la cabeza, comenzando por su pelo, hasta terminar en la planta de sus pies.

Poco después, cuando ella suspiró y se estiró bajo sus mágicas manos, él pareció relajarse, sentirse menos desesperado en su demostración de cariño.

Su pelo fue un toque fresco en su carne afiebrada, cuando él acercó su cabeza lo suficiente como para sentirlo. El duro pico de su pecho resbaló hacia sus calientes labios cuando ella se arqueó contra él. Sus dedos masajearon la amplia extensión de sus hombros, apretando y comprobando la resistencia de sus fuertes músculos.

— Eres tan malditamente atractivo —gimió.

Sus ojos centellearon por encima de los suyos y una sonrisa burlona e infantil apareció en los contornos demasiado serios de su cara.

— Tú también eres muy atractiva…supongo. —Le contestó, bromeando.

Ella le mordió el labio como castigo.

— ¿Supones? —dijo con un puchero fingido. Descaradamente frotó su caliente sexo contra su dura inflamación.

— No. No atractiva. Más que eso.

— ¿Qué entonces? —Le gruñó.

— En serio, deliciosamente preparada para mí —gruñó, tomando sus labios en un profundo beso que hizo entrechocar sus lenguas.

La risa tonta que burbujeó de su boca terminó en gemido, cuando le acarició uno de sus pezones con una maestría que la aturdía. Era un mago cuando se acercaba a su cuerpo. Parecía conocer exactamente que le gustaba, cuando le gustaba y simplemente, cuanto podía tomar de él, antes de que explosionara en mil puntos de luz.

Sus rodillas se separaron ampliamente y él se colocó entre ellas fácilmente. Estaba tan mojada, que su pene resbaló y se deslizó contra ella, cuando se movió haciendo resbalar sus labios desde su boca a su mandíbula y de ahí a su cuello. Moviéndose contra él, jadeó cuando el placer aumento a un nivel cercano al dolor. Sus manos volaron hacia su trasero, sintiendo, casi, como si se quemara, debido a la cantidad de calor que él emitía.

Él lamió uno de sus pezones con su lengua, después movió la cabeza para repetir la decadente caricia sobre el otro pezón. Con un gruñido masculino, depredador, tomó su pecho entero con la boca y chupó despiadadamente. Los dedos de una mano pellizcaron y tiraron de su pezón libre, con la misma energía con la que chupaba el otro, para que no se sintiera descuidado, mientras que con su otra mano sostenía su propio peso para no aplastarla, en una demostración fácil de su fuerza.

Su boca abandonó su pecho, dejándolo húmedo y frío al quedar expuesto al aire, pero continuó arrastrando sus calientes y mojados besos hasta el estomago. Su lengua investigó en su ombligo, provocándole sacudidas de calor con cada movimiento rápido de aquel diabólico accesorio. Su mano se arrastró hacia abajo, entre sus muslos, atormentándola al acariciar alrededor de su vagina, sin llegar a su centro, hasta que ella abrió aun más sus piernas. Él se rió entre dientes ante su triunfo y pellizcó su ombligo como premio, lamiendo, besando y mordisqueándola hasta que ella gritó lastimosamente ante el salvaje placer.

Aquellos, malos y conocedores, dedos recorrieron los hinchados labios de su sexo, jugando con los tejidos internos que encontró allí, hasta que ella estuvo segura de que sus jugos inundaron el colchón que había debajo de ella. Tenía tanto calor, estaba tan desesperada, que si él no la tomaba

pronto, se iba a poner a gritar.

¿Y eso no lo haría feliz?

— Por favor —gimió.

— ¿Por favor qué? —Murmuró la pregunta en la cima de su vientre y esto provocó que su voz, al retumbar en ella, pareciera una caricia recorriendo todo su cuerpo.

— Follame—dijo, tirando de él hacia arriba y empujando perversamente con su mojado sexo.

— No te follare, pero sí haré el amor contigo —dijo, con unos ojos brillantes y juguetones, que la miraban por encima de su posición, entre sus muslos.

— Entonces haz el amor conmigo. —Le ordenó riéndose y frotándose contra él.

— Estas tan mojada —le susurró, mientras bañaba un solitario dedo en su humedad.

Ella gimió y se retorció de nuevo.

— ¿Cómo puedes estar tan mojada… así… en un momento como éste?

Ese indefinible y perturbador *algo,* siguió intentando meterse en sus pensamientos, estaba allí, al descubierto, en su tono de voz. Ella lo apartó, prometiéndose que nada arruinaría el mágico momento que estaba disfrutando con él. En sus brazos, nada importaba más que el darse placer el uno al otro.

— Te amo, Cin —dijo suspirando y sintiéndose obligada a decírselo.

— Yo también te amo, cariño —le contestó, impresionándola.

Su dedo la acarició una vez más antes de elevarse, colocándose entre sus piernas y situando su miembro en su entrada. Sin protección, desnudo, aterciopelado, oscuro y liso, sin su condón. Se preguntó sobre ese comportamiento extraño y durante un momento, inconscientemente, vaciló al borde de una realidad espantosa. Pero cuando Cinder entró suavemente en ella, en un largo empuje, gritó y se dejó tomar por el olvido.

Él la estiró. Moviéndose en ella como una tormenta de fuego y llama. Su pulgar acariciaba y rodaba sobre su clítoris, untando con su humedad su carne inflamada, para poder deslizarse fácilmente. Suavemente. Entonces empujó dentro de ella, llenándola tan profundamente, que pensó que eran, realmente, un solo ser, en el momento en que alcanzó el mismísimo centro de su corazón.

— Ah, Cinder —suspiró y gimió en una letanía.

— Voy a hacer algo por ti. Algo para poder mantenerte conmigo. Siempre te amaré, Steffy. Siempre. —Le susurró sinceramente en su boca, cuando bajó lentamente hacia ella para darle un beso.

Estaba tan duro dentro de ella. Tan grueso, largo y fuerte; y se movió con tal cuidado en su interior, que lloró ante la belleza de su demostración de ternura. Con cada empuje de él, Steffy le sujetaba más deseosa y desesperada, con sus manos. Con sus piernas le rodeó la cintura, cruzando los tobillos sobre la curva, que bombeaba en ella, de sus nalgas. Sus brazos se apoyaron a los lados de su cabeza, sus manos sostuvieron su cara cuando él profundizó cada beso, hasta no quedó ningún espacio entre ellos para el aliento o las palabras.

Cuando su orgasmo la tomó, fue tan suave que la consumió por completo.

Fue inundada por un éxtasis que aumentó de manera gradual hasta hacerla inconsciente ante todo lo que la rodeaba, excepto al placer que sentía. El tiempo no significaba nada en aquel lugar de placer infinito, y perdió todo el sentido sobre ella misma y las consecuencias. Se convirtió en luz. Se convirtió en amor.

El diluvio caliente de Cinder la llenó cuando él estalló, llevándola más profundamente al punto culminante del placer. Las lagrimas dieron un gusto salado a su boca, cuando el gimió contra sus labios, al encontrar su propio placer.

Sus caderas se mecieron con cuidado entre las piernas de ella, bombeando hasta la última gota de su liberación en lo más profundo de su cuerpo. Y cuando ella, después de un tiempo infinito, bajó del cielo en el que había estado, se dio cuenta de que las manos que se apoyaban sobre su cabeza no eran de Cinder. Miró hacía abajo, hacia el espejo que había en la pared a los pies de la cama, y vio una figura oscura, imperceptible y altísima sobre ellos.

El jadeo que comenzó a emitir se detuvo cuando se dio cuenta de que el hombre había permanecido sobre su cabeza mirándolos y protegiéndolos, en silencio. Gritó ante la sorpresa, pero se ahogó cuando su aliento se congeló como el hielo en sus pulmones.

No podía respirar.

Cinder abandonó su cuerpo y la frialdad de sus pulmones se extendió por sus miembros. Esto la consumía. Tomaba todo de ella. Hasta que quedó únicamente la helada oscuridad esperándola para reclamarla.

— Agárrate, Steffy. Por favor, solamente tienes que respirar. Respira. — Oyó la voz de Cinder, pero le pareció que estaba a mucha distancia.

Escuchó otra voz más profunda, uniéndose a ella para luchar contra el frío que corría por sus venas.

— Quédate con nosotros. Quédate con nosotros, Steffy. Quédate. Quédate…

Ojos oscuros, profundos e insondables, llenos del brillo de las estrellas plateadas, inundaron su visión. Ojos inmortales. Eternamente jóvenes.

— Hace frío —se oyó decir en un susurro, sabiendo que, finalmente, iba a morir.

¿Pero viviría más allá de aquella muerte? ¿Cruzaría aquel umbral y se convertiría en otra cosa que no fuera humana? Escuchó a Cinder gritarle algo, pero las palabras se perdieron bajo la orden incesante de aquella otra voz. Y ella supo que no le importaba lo que pasase después… solo lo mucho que anhelaba vivir.

Un destello de luz la cegó. Una entrada se abrió ante ella, una entrada que la llevaba a un mundo vacío en el que el dolor, el sufrimiento y el *sentimiento* serían un recuerdo en su memoria. Sabía que si atravesaba el umbral de aquella puerta, jamás tendría que volver a preocuparse por nada. Todo era sereno, tranquilo, al otro lado de la puerta.

Más allá de aquella puerta estaba la muerte. Y toda su parafernalia eterna.

El frío que impregnó su cuerpo, golpeó en ella como la picadura de mil cuchillos helados. Si cruzaba aquella puerta, el dolor se marcharía. Lo sabía, y sería tan fácil dejarse ir.

La entrada la atraía.

Se acercó un paso hacía ella, pero algo bloqueó su camino. Era una mujer, rubia, alta y encantadora, a pesar de su nariz torcida. Una nariz rota que, recordó Steffy, la mujer había recibido cuando fingía una pelea con la musculosa de su hermana mayor.

— Raine.

— Vuelve Steffy. Debes volver. —Su voz era solamente un eco de su anterior energía.

— Ah Raine. Te he echado tanto de menos.

— Lo sé. —La risa de la mujer era triste, pero llena de una luz, cálida de amistad verdadera y cariñosa.— He estado contigo. Y tú has estado conmigo en mi oscuridad. Siempre estaré contigo, Steffy. Pero ahora debes volver. No te dejaré pasar.

— *Steffy*. —La voz del Viajero la llamaba en la distancia. Estaba a su espalda, viniendo detrás de ella.

— Continúa, boba. No quieres estar aquí. Vuelve con tu hombre. —La voz de Raine sonaba tanto a como era antes, que Steffy sintió como las lagrimas caían sobre su cara.

— Te amo, Raine —gritó hasta que recorrió la distancia que separaba la oscuridad de la luz. Esperó que su amiga la hubiera oído, pero estaba demasiado lejos como para ponerse a buscarla alrededor y averiguarlo.

Todo quedó en negro. El dolor y el calor la sumergieron, dándole la bienvenida de nuevo a la vida. Abrió los ojos para ver a Obsidian, a Ágata y al Viajero, que había trabajado sobre ella, curando y protegiendo su cuerpo roto. Miró alrededor buscando a Cinder y se estremeció ante el bombardeo de las asombrosas imágenes que la asaltaron.

Ver con los ojos de Shikar no se parecía a nada de los que se hubiera imaginado.

Inmediatamente sintió la mano de Cinder, cálida y fuerte, en la suya. Y sabía que nunca tendría que dejarla si no quería.

Y nunca querría.

Capítulo 17

— ¿Cómo puedes concentrarte con este continuo ruido infernal? —Rugió Edge por encima de la música que sonaba de su Stereo.

Steffy lo miró airadamente a través de la habitación de prácticas y le sacó la lengua. A ella le gustaba Edge, lo encontraba bastante divertido de vez en cuando a pesar de su seriedad, pero aprender el arte de las hojas de metal bajo su tutela no era como ir de picnic, o por lo menos era lo que ella estaba descubriendo.

— Esto me ayuda a mantener mi ritmo.

— Por Grimm, pues a mi me da un tremendo dolor de cabeza.

— Déjalo ya, grandullón. No es culpa mía que no tengas absolutamente nada de gusto en música.

— Sigamos con la rutina una vez más y lo dejamos por hoy. No puedo aguantar esto por más tiempo.

Steffy y Edge se enfrentaron situándose en lados opuestos de la enorme habitación. Steffy apretó sus puños, flexionó sus músculos y empezó a sentir el cosquilleo de las hojas de metal mientras cambiaban de forma debajo de su piel, desde lo más profundo de sus huesos skikar. Ella se apoyó en sus piernas separándolas y adoptando una postura bélica, dejándose guiar por el ritmo de la música.

Elige tus armas por Fat Slim Boy[*]*.* Como si fuesen escogidas a propósito, pensó con una sonrisa burlona. Con una simple flexión de sus músculos salieron dos largas y afiladas cuchillas a la altura de sus muñecas, encorvándose con maldad sobre sus puños. A ella le encantaba mirar la apariencia de sus sables de esta manera.

En el transcurso del pasado mes se había convertido en un formidable miembro de la Casta de los Maestros del Metal.

El Pobre Cinder había estado tan decepcionado porque no había mostrado las mismas capacidades de incinerador que tenía Cady. El equivocadamente había asumido que todos los humanos adquirían capacidades de incinerador cuando dejaban de serlo. Había tenido que consolarlo para que abandonara su negro humor, envolviendo sus labios alrededor de su polla y chupándolo hasta dejarlo seco.

Ahh, los deberes de una esposa Shikar no tenían precio.

— Préstame atención, Steffy —La voz de Edge interrumpió sus pensamientos.

Ella sintió como ponía esa sonrisa tonta de enamoradiza que inmediatamente maldijo entre sus labios. La música golpeaba en ella y se lanzó contra su compañero en un ataque mortal.

Sus láminas se encontraron y saltaron chispas. Edge se movía con una gracia y velocidad infinita, movimientos tan rápidos que apenas se percibían. Steffy lo seguía como si fuese su sombra, intentando encajar cada movimiento. Era difícil, pero conseguía mantener el ritmo. Ellos danzaban su reel [*] mortal y atacando y retirándose al ritmo de la música.

---

[*] Grupo de música americano.

[*] Baile escocés.

Steffy se giró y lanzó una de sus hojas de metal contra Edge con poca precisión. Edge la detuvo en medio del ataque, ejecutó una dramática voltereta hacia atrás, y vagamente pudo evitar ser cortado por la cuchilla azul plateada. El boomerang en forma de sable fue esquivado por una larga cuchilla que salió disparada de la punta del pie calzado de Edge, desgarrando ampliamente la suela de su bota.

— No me extraña que las costureras Shikar se estén quejando siempre del infinito trabajo.

La cuchilla rebotó y voló por encima de la cabeza de Steffy. Ella mostró su brazo, el que en un principio había lanzado la cuchilla, y había intentado no estremecerse cuando la recuperó. La hoja de metal volvió a su dueña, adaptándose con facilidad a su brazo sorprendentemente sin dolor.

— ¡Deja de estremecerte, mujer! ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Las cuchillas regresan sin perjudicarte. No pueden herirte tus propias cuchillas. —la amonestó él.

— Lo siento —Lloriqueó por centésima vez. — No lo puedo remediar. — Ella bailó una giga al ritmo de la música, relajando sus cansados músculos por el ejercicio lo mejor que podía.

— ¿Por favor podemos apagar este maldito ruido?

— No. La necesito. —Steffy se había aficionado a torturar a su profesor durante las pocas pasadas semanas. Él estaba tan gracioso cuando lo irritaba. Había logrado traspasar el elegante escudo exterior que él llevaba puesto.

La negra gabardina revoloteó sobre su arruinada bota con volátiles movimientos.

— ¿Preguntaste a Ágata si había terminado mi gabardina cuando las vistes antes? —preguntó

Ella, mirando su abrigo con una lasciva mirada. ¡Maldita sea, pero le gustaba su abrigo!. Y no podía esperar hasta conseguir el suyo.

— No. Estuve demasiado ocupado encargándole mi propia ropa.

— ¡Qué pena! ¿Cuántos cambios de ropa vas a hacer de todas formas? — le preguntó ella, mirando los andrajos de ropa negra que habían cortado sus hojas de metal.

— Solo necesitaba botas nuevas y abrigos.

— ¿Qué significa eso?

— Antes de que comenzara a entrenarte, solía luchar desnudo bajo mi abrigo. Pero Cinder no quería nada de eso. Me amenazó con hacerme barbacoa si yo continuaba con los brazos desnudos —dijo él con irritación. — Independientemente de lo signifique la barbacoa del infierno. Sin duda algo que sólo un Incinerador entendería.

Steffy gimió de la risa. ¿Desnudo? ¿No me lo creo? ¿El pétreo y serio Edge?

— Ah esto es demasiado bueno. —Ella se rió a carcajadas.

— Puedo asegurarte que “bueno” sería la última palabra que recordarías si me vieras desnudo —dijo él misteriosamente, con los ojos brillando peligrosamente ante su regocijo.

— Pero eso nunca lo sabremos, ¿verdad Edge?

La voz de Cinder no cesaba nunca de provocarle un caliente deseo líquido entre sus piernas.

Steffy sonrió abiertamente a su compañero y se lanzó a sus brazos. El calor de Cinder la envolvió mientras él la balanceaba encima de sus brazos agarrándola fuertemente.

Sus ojos enviaron una mirada de advertencia, por encima de ella, a Edge.

Edge puso sus ojos en blanco y levantó las manos en gesto de desesperación.

— No consigo cambiar de forma. Te puedes quedar con ella y su maldita música. Guardaré mis encantos para un compañero más digno. De hecho, un digno compañero me espera en Egipto mientras hablamos. Así que si me perdonan.

— No en este momento, Edge, me temo. Tryton te quiere en sus habitaciones inmediatamente.

Edge inmediatamente resopló.

— ¿Para qué?

— No pregunte.

Sin más palabras, Edge los dejó para encontrarse con Tryton.

— Al fin solos —dijo Cinder y la besó profundamente en los labios.

— Aquí no. Alguien podría venir y vernos.

— ¿Y qué? Déjales mirar. Así tal vez aprenderían algo nuevo.

-— ¡Estás loco! —Ella se echó a reír.

— ¿Serías más feliz aquí con un chiflado Shikar como compañero?

Ella rió.

— Por supuesto que sí. Esperaré para verlo.

— ¿Te molestará dejar la vida que tenías arriba? —Aunque sus palabras fueran serias, sus manos jugaron provocadoramente sobre su cuerpo mientras él se acercaba más.

— Todavía trabajaré los viernes por la noche en el club, al menos un ratito, así no lo dejaré de repente.

— No me gusta la idea de que trabajes, incluso auque sea una noche a la semana.

— Mi pobre cariño. Pero si estarás conmigo para asegurarte de que no habrá ningún problema.

— Será mejor que creas eso. —Entonces él empezó a reír con maldad. De las yemas de sus dedos se extendió una roja hoja de metal, cortando la camisa que llevaba puesta con una chamuscada línea. Esta desapareció en un suspiro y ella jadeó. — ¿Recuerdas la última noche, cuándo te presenté el Smyl?

¿Cómo podría ella olvidar aquella increíble experiencia? Ella asintió, sintiendo que su excitación se incrementaba hasta que estar prácticamente mareada.

— Pues bien no traje el Smyl. Pero traje algo más. —Él sacó un pequeño juego rodeado de parches iridiscentes.

— ¿Qué es eso?

Él extendió la mano y los reventó en sus desnudos pechos. Sus pezones inmediatamente ardieron al máximo cuando sus ojos se posaron sobre ella.

Él colocó los parches sobre sus pezones, sus dedos jugando provocadoramente mientras lo hacía. Los parches, parecían calientes bocas mojadas, que aspiraban, tiraban y mordían sus pezones tan sensual y eróticamente que ella fue inmediatamente la esclava de un ardiente deseo sexual.

— ¡Scheiße!

—Mmm. *Scheiße*, más. Y mientras esas Pinzas chupan y lamen tus deliciosos pezones, mi boca chupará y lamerá tu delicioso chochito. —Él se arrodilló ante ella, bajando sus pantalones hasta los tobillos e hizo lo que le había prometido.

— Siéntate y pon tus tobillos alrededor de mi cuello —le ordenó él maliciosamente.

— ¡Oh si! —dijo ella entrecortadamente y se movió para hacer lo que él le había ordenado.

Su boca se colocó sin preámbulos sobre la carne de su coño. Él hundió profundamente su cara contra ella, usando su lengua como si fuera una polla para follarla. Sus dedos se introdujeron a la misma vez que la lengua, uniéndose a la humedad de ella, y fue descendiendo lentamente con mucha suavidad hasta hundirse en su ano. Steffy gimió y se apretó más a él.

Sus dientes chasquearon repetidamente contra el centro de su vulva. Las Pinzas aspiraban sus pezones hasta que se volvieron duros, sensibles y doloridos. Sus pechos botaron mientras ella montaba la cara de su marido y sollozó cuando se deshizo de sus pantalones. Sus dedos se agarraron desesperadamente a su pelo, buscando un ancla para la tormenta que la arrastraba y recorría todo su cuerpo.

Su dedo se hundió profundamente en su ano, acariciando algún lugar secreto y mágico dentro de ella con una experta facilidad.

— ¡*Scheiße*!— gritó ella otra vez.

— Grita para mí, Steffy. No me pararé hasta que grites esta vez, — gruñó él por encima de su coño.

Steffy miró hacia abajo y vio el ardor en sus ojos Shikar, llenando con su boca su húmedo sexo. Su boca llena con su sexo.

— Hazlo —gimió ella entre risas, apretando más su coño contra su cara con un abandonado desenfreno.

Él sorbía ruidosamente su clítoris contra su boca. Mordiendo y chupando hasta que ella se estiró y tembló contra él.

— Fóllame —jadeó ella.

— Eso —dijo él alrededor de su clítoris.

Empujando su dedo una y otra vez. Su lengua lamiéndola una y otra vez, bebiendo de su humedad. Sus labios presionaron y mordisquearon contra ella despiadadamente.

Solamente cuando ella pensó que se rompería, cuando pensó que se corría, él se retiró.

— Aún no. Todavía no has gritado para mí.

— Oh dios mío —sollozó ella, sabiendo que estaba a punto de hacerlo ahora.

Él se sentó sobre sus talones, tirando de ella con rudeza hacia él y sonriendo abiertamente con una endiabla sonrisa burlona. Steffy gimió. Él la

levantó hasta que sólo sus hombros, cuello y cabeza tocaron el suelo. Ella casi estaba de pie sobre su cabeza. Con un sencillo movimiento, él tiró de sus caderas hasta acercarlas a su boca y empezó a lamerla como si fuera un helado o una rica paleta.

Ella enrolló sus piernas alrededor de su cuello y se agarró como si la vida le fuera en ello.

Él se arraigó contra ella, moviendo su cara hacia adelante y hacia atrás como si fuera un perro con un hueso. El entusiasta movimiento impresionó a Steffy con un grito, hasta que su lengua se hundió profundamente en su canal. Él la llenó con su lengua, lamiéndola profundamente. Él probó el corazón mismo de ella con un hambre infinita, insaciable.

Su calor la llenó, su poder fluyendo dentro de ella descontroladamente.

Ella rechinó sus dientes contra un grito.

Las Pinzas tiraban de sus pezones hasta casi hacerla correrse.

Cinder la ancló a él con un brazo alrededor de su cintura. Él retiró su lengua y empujó con tres largos dedos en las profundidades de ella. Él se movió hacia abajo… él no podría…

Pero lo hizo.

Él enterró su cara entre las nalgas y clavó su lengua dentro de ella.

Steffy explotó.

Sus gritos se repitieron por los pasillos de la subterránea ciudad Shikar.

* * * * *

Grimm sonrió para si mismo mientras los gritos de Steffy se metían en sus pensamientos meditabundos. Él estaba contento de tener a otro humano unido a sus filas. Pero su risa se desvaneció tan rápidamente como había venido. Cosas más oscuras que Steffy y el placer de Cinder lo ocuparon ahora.

La había visto.

Hubo un momento cuando él había visto el destello de su cara en la mente de Steffy mientras había sostenido su alma anclada a su forma física. Lo había impresionado, lo habían confundido. Entonces, cuando ella había evitado su asimiento y la había seguido al más allá… la había visto otra vez. Steffy la conocía.

Su rubia Venus. La mujer que había ocupado sus pensamientos sin cesar desde la primera vez que la vio: la noche que había salvado a Cady de su muerte humana. La mujer a la que también había salvado, o había pensado enviar de vuelta al mundo del que procedía.

¿Ella había muerto en ese momento o más tarde, después de que él la hubiera enviado de vuelta?

Él no podía llevar eso, este dolor. Sólo había sido capaz de aguantar su creciente soledad estos pocos años pasados por que acunaba el conocimiento de que esta mujer estaba ahí en algún sitio. Quizás, después de que haya cumplido con su deber con Tryton y su gente podría tener alguna posibilidad para encontrarla. Para estar con ella.

Pero ahora eso era imposible. Ella ahora moraba en la tierra del más allá, lo que significa que ella verdaderamente se había alejado de él. Él podría intentar perseguirla en aquel reino, no estaba lejos de su poder hacer tal cosa, pero dudaba si podría tener éxito en una búsqueda tan idiota.

Ella estaba perdida para él ahora.

Él apretó sus dientes contra el dolor de aquella pérdida. Bien…. era tonto por entretenerse en primer lugar con esas fantasías, supuso. Él no era el tipo de hombre que dejaba fácilmente los lazos de su gente por los problemas de una mujer humana.

Él tiró la negra capucha hacia atrás para despejar su cara y se preguntó irónicamente si él la llevaba cubierta para protegerse de los demás o de él mismo.

El fuego en la rejilla ante él ardió con un rugido y la forma de Tryton apareció, una nebulosa forma entre las llamas. Su líder lo llamó. El deber lo llamaba. Y eso estaba realmente bien.

El deber era todo lo que le quedaba ahora.

Epílogo

— Listo. Tú acompañarás a Edge a París esta noche y buscareis cualquier signo de Demonios. Después os trasladareis a Ontario y luego a Nueva York. Mis exploradores me han enviado un informe donde se aprecian signos de las Hordas en cada uno de estos sitios —dijo Tryton con un suspiro de cansancio.

— ¿En cuanto a los demás?

— Steffy esta todavía aprendiendo. Aún no puede luchar con nosotros, entonces tendré a Cinder de patrulla controlando las puertas para que él pueda estar cerca de ella. Cady y Obsidian explorarán en San Francisco, Tokio y Kathmandu, donde también se han enviado informes de que se han encontrado signos de Demonios allí.

— Que afortunados somos.

— ¿Sí, pero de que forma? Durante siglos hemos estado en tablas con las Hordas. Pero ahora estamos por fin abiertamente en guerra y no sé quien podrá ser el vencedor.

— ¿No serviría yo mejor a nuestra gente intentando buscar al líder de las Hordas? —Él abordó el tema conociendo el dolor que atravesaba a su amigo y líder. Pero él no podía continuar esta nueva misión, una vez más, ofreciendo sus servicios para encontrar al líder de las Hordas.

Daemon. El mismísimo, el Señor de la Hordas

Tryton suspiró.

— No, viejo amigo. Lo has buscado durante demasiados largos años, ya. Él no será encontrado nunca. No estoy seguro de si realmente existe después de tantos años en las sombras. Debemos encontrar el frente de la amenaza. Debo enviarte a los Territorios.

— Como desees.

— Si encuentras a cualquier Demonio debes hacer un informe y enviarlo aquí a la mayor brevedad. Los monstruos se están volviendo demasiado astutos, demasiado fuertes. No te pondré en peligro, ni a ninguno de mis guerreros, abandonándolos para luchar en un grupo tan reducido. En cuanto encuentres algún miembro de las Hordas, regresarás a pedir refuerzos.

— Como desees —repitió él.

Tryton miró fijamente hacia las sombras de su habitación, recapacitando. Grimm se unió al silencio, sabiendo que su amigo necesitaba la comodidad que su compañía podía darle.

— Buscaremos las puertas traseras. Creemos que los demonios se han tomado muchas molestias para ocultarnos las puertas que conducen a la Tierra —Tryton se rió pero el sonido estaba desprovisto de cualquier alegría.

— Ahora buscaremos los signos de Demonios viajando por los Territorios. ¿Cómo llegaron a esto?

— Es cuestión de tiempo que las Hordas se muevan contra nosotros. Contra la gente de La Tierra. Tú sabias que ellos no estarían contentos de permanecer siempre atrapados en sus fronteras.

— Recuerdo los tiempos cuando no habían monstruos. Ni ejércitos de las Hordas.

— Eran tiempos más tranquilos. Pero los años tranquilos no duran — murmuró Grimm. — Todo progresa. Todo se vuelve más complejo conforme pasan los años.

— Odio el progreso —dijo Tryton y su tono era casi irritable. Esto era sorprendente viniendo de un hombre tan serio y respetable.

Grimm asintió.

— Por eso estamos aquí. Ocultados a mucha distancia del mundo que una vez fue nuestro y ahora de los humanos.

— Pero el progreso nos encontró. El mundo se mueve y nos movemos con él.

— Esto cambiará alguna vez las cosas.

— Tú eres una comodidad para mí, mi viejo amigo.

Un destello de pelo dorado y ojos azul lavanda ardían en la mente de Grimm.

— Y tú eres una comodidad para mí también, Tryton —dijo él con voz ronca.

— Míranos. Dos ancianos, incubando nuestras desgracias. —Tryton forzó una sonrisa. —Nosotros velaremos por estos oscuros tiempos, Tú y yo. Como siempre hacíamos. Y perseveraremos.

— Ganaremos esta guerra, Tryton. Hasta el último guerrero, lucharemos hasta que esto termine.

— Y eso, Grimm, es lo que me asusta más. ¿Dónde estaremos cuando el último hombre quede en pie? ¿Y de qué valdrá que nuestro último hombre quede en pie contra las Hordas? El final de nuestra raza. El final de ellos. ¿Y para qué?

— Por honor, Tryton. ¿Qué mejor razón que ésta?

Tryton rió mientras él visiblemente calmó su espíritu.

— Que la mejor razón no decida eso. De hecho no hay ninguna, amigo mío.